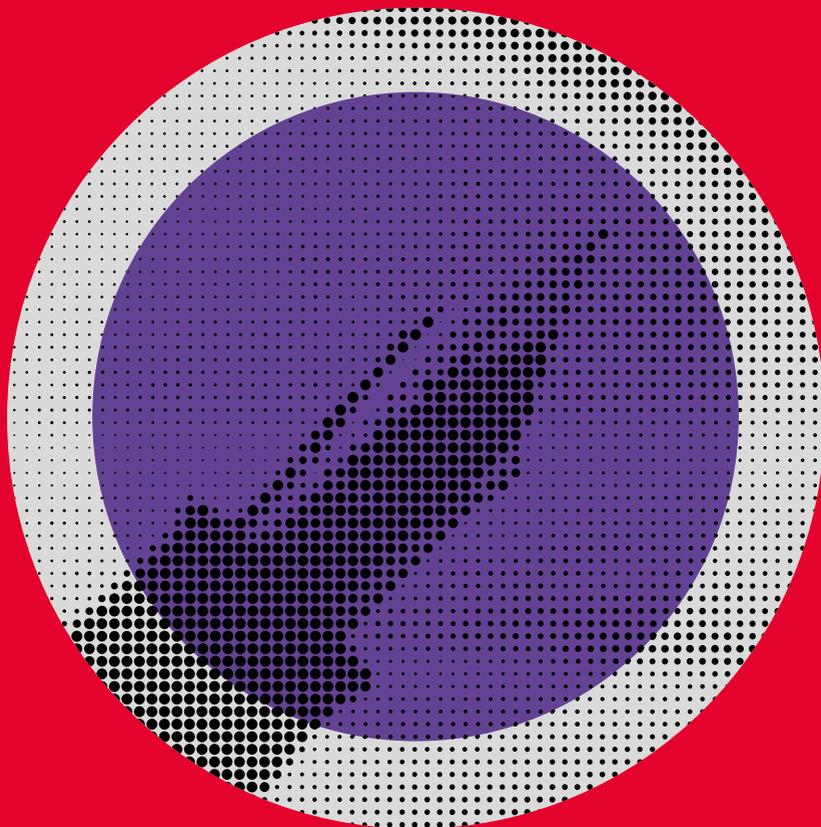


CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD



Cooperación
Española
CULTURA / MALABO

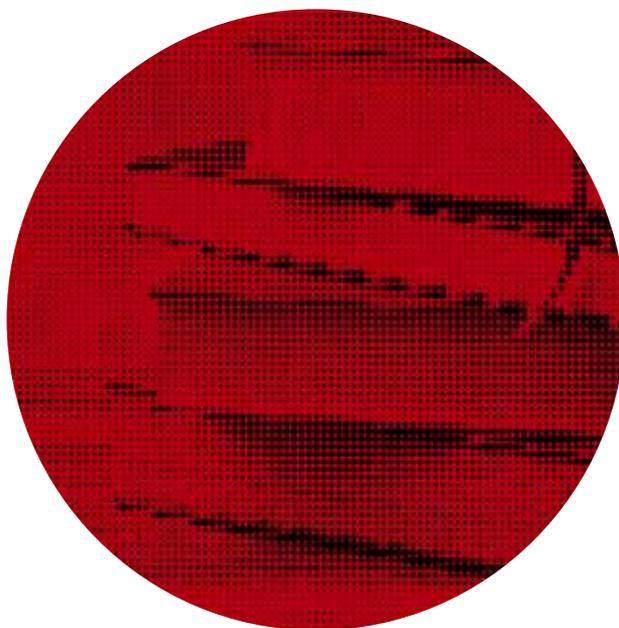
2019

CERTAMEN LITERARIO



*12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD*

2019



Derechos de Edición

- © de la edición, AECID, Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo
- © de los textos y fotografías, sus autores

Catálogo general de publicaciones oficiales

Publicaciones oficiales: <http://publicacionesoficiales.boe.es>

Biblioteca Digital de la AECID- BIDA: <http://bibliotecadigital.aecid.es>

Créditos

- Corrección de estilo: José-Fernando Siale Djangani
- Maquetación: Capa Identidad Creativa
- Coordinación de la publicación: Carlos Nvó Obama
- NIPO en línea: 109-20-003-4
- NIPO impreso: 109-20-002-9
- ISSN de la serie Certamen 12 de Octubre: 2664-1577
- ISBN: 978-84-09-17328-0

Consejo Editorial

- D. Ignacio Sánchez, exdirector del Centro Cultural Hispano-Guineano
- D. Armando Zamora, académico de la AEGLE
- D^a Trifonia Melibea Obono Ntutumu, escritora
- D^a Carmela Oyono Ayingono, escritora
- D. Joaquín Mbomio Becheng, escritor ecuatoguineano

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma no refleja necesariamente la postura de la AECID.

ÍNDICE

BIOGRAFÍAS

- MAXIMILIANO NKOGO ESONO | 9
- MARÍA JESÚS ASANGONO EVUNA | 10
- TERESA CASANDRA ABENG ESONO NCHAMA | 11
- LEONCIO MÁRQUEZ MERINO | 12
- HERMINIO TREVIÑO SALAS | 13

TEXTOS

NARRATIVAS

- DE BATA A EVINAYONG EN COCHE DE LÍNEA | 15
- LA GRAN DESAPARICIÓN | 55

POESÍAS

- DESDE ABAJO | 79
- CANTOS DE SANGRE Y DOLOR | 91

SECCIÓN ESPECIAL “RAQUEL ILOMBE”

- NARRATIVA: LA TUMBA | 101
- POESÍA: EN CLAVE POÉTICA | 135

PRÓLOGO

El año pasado conmemoramos la existencia de cuatro décadas de cooperación entre España y la República de Guinea Ecuatorial a la par que el 30º aniversario de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID).

Todo ello no es casual ya que la AECID, tal y como la conocemos hoy en día, es heredera de varias instituciones veteranas entre las que figura la extinta Oficina de Cooperación con Guinea Ecuatorial, uno de los organismos pioneros de la Cooperación Española en su salida al exterior.

En paralelo a ese contexto de conmemoraciones, el “Certamen 12 de Octubre” cumplía sus 35 años desde que fuera convocado por primera vez como gran premio nacional en 1985 “con motivo del Día de la Hispanidad y de la fecha de proclamación de la independencia de Guinea Ecuatorial”, por el entonces Centro Cultural Hispano-Guineano.

Se trata, en definitiva, de una iniciativa consolidada que ha marcado a varias generaciones de escritores y que contribuyó de modo decidido a lo que el profesor Anacleto Oló Mibuy ha denominado el “*Periodo de Ilustración*” de la República de Guinea Ecuatorial.

Como resultado de la experiencia adquirida a lo largo de estos años y ya encarrilada la segunda década del siglo XXI, el “Certamen 12 de Octubre” ha evolucionado para convertirse a partir de ahora en un gran llamado editorial con vocación regional, dirigido a hacer accesibles las letras africanas en español y lograr que estas obras naveguen por los mares de Guinea Ecuatorial y trasciendan allende sus fronteras.

Una transformación que cumplimenta las conclusiones del I Encuentro de Hispanistas África-España (Las Palmas de Gran Canaria, 2019) de trabajar en ofrecer visibilidad a la llamada “otra hispanidad”, la africana, y dar a conocer mucho mejor la producción de literaturas africanas en español.

Esperamos que disfruten de esta selección de nueva literatura, preludio y compromiso de las próximas convocatorias.

Guillermo López Mac-Lellan | Embajador de España



Maximiliano Nkogo Esono. Nacido el 12 de octubre de 1972 en Evinayong. Sus estudios primarios y secundarios los realizó en el país y los superiores en la Universidad Complutense de Madrid (España)

Es Diplomado en Gestión Laboral y Seguridad Social, licenciado en Filología Hispánica y Máster en Prevención y Protección de Riesgos Laborales.

Ha publicado cuatro libros (narrativa): *Adja-Adja y otros relatos*, *Nambula*, *Ecos de Malabo* y *Una defunción en Bata*.

Vive actualmente en la ciudad de Bata y es funcionario del Instituto Nacional de Seguridad Social (INSESO)



Maria Jesús Asangono Evuna. Nacida en enero de 1969, en el Distrito Urbano de Nkumekien, Yebekuan, Mongomo, Provincia de Wele-Nzas. Desde muy pequeña se traslada a vivir a Estados Unidos, donde hará sus primeros cursos. Realiza sus estudios secundarios entre España y Guinea Ecuatorial en la rama de Ciencias. Consigue una beca para la República Popular China con el fin de realizar estudios de Ciencias de la Información.

Es actualmente Directora General del Ministro Encargado de Misiones de la Presidencia de la República. Es presidenta de la ONG Cáritas Felices, Asociación dedicada a incentivar la Educación Infantil y Juvenil y Empresarial.



Teresa Casandra Abeng Esono Nchama. Nace el 7 de marzo de 1999 en Efulan- Obuk, Acurenam. Inicia sus estudios primarios en su poblado natal, actualmente está cursando su primer año en la facultad de Filología Hispánica en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial (UNGE).

Datos literarios: En la edición 2019 del Concurso Guinea Escribe, gana el Tercer Premio con el relato *Esperanza*, forma parte de una comunidad literaria dentro del colectivo Locos Por Cultura (LPC), un colectivo que busca dar visibilidad a los jóvenes escritores y promover el amor hacia la literatura



Leoncio Márquez Merino. Nacido el 10 de junio de 1995, en Bata y con residencia actualmente en Malabo. Estudiante de periodismo en la Universidad Nacional de Guinea Ecuatorial, Técnico Superior en Contabilidad Financiera en el centro de formación profesional Mpá Sipaco. Es miembro del colectivo literario “Más Letras”.



Herminio Treviño Salas. Natural de Ánghanjji, nace en la ciudad de Palea (Annobón); es profesor de lengua y literatura española de secundaria, auxiliar bibliotecario y excoordinador del Laboratorio de Recursos Orales de la ONG CEIBA entre los años 2010-2017; idealista y co-creador de la biblioteca y posterior Centro Cultural Fílótxiga en su Annobón natal.

Tiene publicado los siguientes libros: *Búdjigél* editorial Sial/Casa de África (Madrid 2008), *Cancionero Oral Annobonés* por CEIBA Ediciones (Barcelona 2008) y *Una Flor para ti* por la editorial Círculo Rojo (Cádiz 2019). Ha sido merecedor de varios premios de poesía, sobresaliendo los primeros premios 23 de abril 2007 de CCEM y Miguel de Cervantes de la AEGLE 2017.



Narrativa

DE BATA A EVINAYONG EN COCHE DE LÍNEA

Maximiliano Nkogo Esono

El taxi me deja justo en la entrada de una pequeña carretera de tierra accidentada, perpendicular a la vía principal por la que hemos venido. Miro la pequeña carretera y veo con la imaginación cómo serpentea con baches entre construcciones de madera y cemento, árboles de mangos, aguacates y atangas, y llega al desnivelado patio de quien fuera obispo de la línea ortodoxa, y de quien se comenta que hacía más conjuros que oraciones y que en sus últimos años de vida estaba más imbuido en la medicina tradicional que en los asuntos de prelados relacionados con Cristo.

Doy la espalda a la pequeña carretera de tierra porque tengo que cruzar la calzada para dirigirme al lado opuesto. Atravieso la calle principal y me adentro en el mercado que llaman La Fina, o mercado de Nkolombong. Recorro una angosta vía que comparten vehículos y peatones. A ambos lados hay puestos de venta de artículos diversos. Muchos de esos puestos están cerrados todavía. Al parecer, es aún muy temprano. Me voy a la estación de coches de línea. Se debe sobreentender que si no fuera por el programa que me he fijado para hoy, yo también seguiría en casa, quizá roncando o discutiendo otra vez con mi esposa, que cree tener yo la vida gracias a ella, y que por ello le asiste el derecho de provocar peleas conmigo en cualquier momento, como lo hace estos días, y se dirige a mí con notable desdén y sin ningún respeto, como si yo fuera el culpable de que no tuviera satisfechos todos sus caprichos.

He tenido que madrugar para viajar a Evinayong. Tengo que visitar al delegado del gobierno de ahí. Quiero que la mía sea la primera audiencia que conceda esta mañana. Ya está bien de tener a tanta gente en casa sin trabajo. A ver si él me ayuda ordenando a una de las empresas de su jurisdicción que contraten a uno de mis hijos, sobre todo al mayor, que no hace nada más que beber y tragarse telenovelas, como si fuera una mujer, desde que terminara el bachillerato. No vaya a ser que se meta en una de esas bandas de jóvenes viciosos que salen por la tele y se me vaya a pudrir en la cárcel o le peguen un tiro en alguna parte con el pretexto de que le habían pillado robando, ya que ahora está permitido que se le corte los tendones a cualquier ladrón que pillen con las manos en la masa, sin que nadie responda por ello ante la justicia. Entonces puede ser que alguien a quien le caiga mal mi hijo aproveche para inutilizármelo y luego venga con milongas para justificarse. Aunque al final se pruebe que mi hijo no estaba robando, ¿quién le repondría los tendones? Entonces, en vez de que yo lo abandone a su suerte, mi deber como padre me obliga a usar los medios que tengo al alcance para alejarle de los círculos viciosos y de los riesgos de posibles imputaciones malsanas. Debo ayudarle a encontrar algo útil, algún trabajito, el que sea, para que esté ocupado y pueda él mismo solventar algunas necesidades personales. Y no se me ha ocurrido más que acudir

a mis amigos y conocidos con cargos importantes. Por eso me voy a Evinayong, a encontrar a un viejo amigo. He pedido permiso en el centro, me han dado dos días y he dejado a alguien para cubrir mi horario, como siempre lo hago cada vez que me ausento por un día o más.

El actual delegado de gobierno de Evinayong me conoce; nos conocemos muy bien. Estudiamos juntos aquí en Bata. Aunque nos peleamos en una ocasión por culpa de una chica, creo que cuando le digan que soy yo la persona que desea verle, me recibirá enseguida, pues no puede hacerme esperar, a no ser que haya adquirido el hábito de muchos, de que cuando ya tienen un cargo importante se vuelven altaneros y se olvidan de los amigos y compañeros de antaño, y se ciñen al protocolo estricto, muchas veces inventado por ellos mismos, e imponen que sus nombres propios y sus apodos sean sustituidos por la denominación del cargo que ocupan. Pero no creo que la persona a la que voy a ver sea de aquellas, por más que digan que los cargos cambian a las personas y las convierten en seres raros, engreídos e insolidarios con aquellos que no los tienen. Creo más bien que cuando me vea, o cuando nos veamos, nos fundiremos en un prolongado y emocionante abrazo y antes de que le exponga el motivo de mi visita, recordaremos brevemente las historietas de cuando estudiábamos juntos, los chistes de los profesores, las anécdotas sobresalientes entre compañeros y todo lo que pueden recordar dos condiscípulos cuando se reencuentran al cabo de mucho tiempo. Nos preguntaremos cosas y comentaremos otras. Le contaré que me hice profesor y ahora estoy destinado en “Carlos Lwanga”; que al final no me casé con la chica por la que él por poco me descerrajaba la mandíbula con un puñetazo; que ya tengo ocho hijos y dos nietos, que vivo en Bata con la familia en una chabola de mi propiedad, y que tengo siempre presente lo que dijera una vez un ministro de educación en un encuentro con los docentes:

Como profesores que son ustedes, nadie espere construir rascacielos ni tener coches de alta gama, porque quien ha optado por la docencia, ha optado por la indigencia.

Por su parte, el delegado del gobierno me contará a mí, si no le importa, lo que ha sido de su vida desde que dejara de ser alumno. Él se fue muy antes que yo del instituto, y esto era de esperar, pues se notaba fácilmente que sus aspiraciones no eran las de ser docto o exhibir títulos, sino las de ostentar cargos. Y lo ha conseguido, afortunadamente, y esto es una buena prueba de que el hecho de no haber ido mucho a clase no es siempre sinónimo de fracaso. Pues mi condiscípulo, al que conocí muy bien, es ahora delegado del gobierno y esto desde hace mucho. Y le voy a ver precisamente para que haga uso de sus prerrogativas y me ayude.

En esto creo que le picará la curiosidad de saber, ante todo, en qué lado estamos, mi hijo y yo; es decir, si estamos en el mismo partido que él o no —parece que el multipartidismo trajo más recelos que confianza—. Aunque no me lo diga directamente —la experiencia y la amistad exigen a veces cierta diplomacia—, es una información que tendré que le tendré que dar antes de plantearle mi problema. Si me lo pregunta él mismo, bien, y si no, me adelantaré para sacarle de las dudas. Le diré en el preámbulo que se descuide por esta parte, porque llevo la antorcha pegada en la solapa desde siempre. A mi edad, no puedo ser tan imprudente como para nadar contra la corriente, aunque por esto algunos de los que me han querido llevar a las filas contrarias sin éxito me han tachado de cobarde. Pero no importa. Sé que en el paro, en las cárceles así como en los cementerios, hay muchos valientes. Yo, al menos, sigo ejerciendo como profesor tanto en los centros públicos como en los privados, y tengo un salario —exiguo, pero mejorable, como todo en la vida humana. En cuanto a mi hijo, por nada del mundo voy a tolerar que deje nuestro movimiento de masas para militar en las filas enemigas. Si mi hijo fuera uno de ellos, yo mismo sería el primero en practicarle sesiones de desintoxicación, para persuadirle de que se desengañe y rectifique. Además, no me movería yo, como lo estoy haciendo ahora, para encontrarle alguna ocupación. Hasta lo expulsaría de mi casa, como lo hacen otros padres con sus hijos en situaciones de esta índole.

Con estas aclaraciones previas y sinceras, creo que mi viejo amigo estará seguro de que mi hijo y yo estamos *sanos* y no *contaminados*, y entonces podremos hablar de cualquier tema y me podrá atender favorablemente en mi petición, si quiere.

La última vez que fui a Evinayong hace unos meses para pasar las vacaciones con mis hijos tuve que acortar la estancia porque mis hermanos y conocidos me empezaron a asfixiar con sus sablazos. En mi pueblo, aparte de que se tiene la sensación de que no hay mucha gente —por el éxodo de gran número de jóvenes a las grandes urbes—, no se registra dinamismo ni perseverancia en nada. Buena parte de los habitantes ha dejado de ir al bosque para cazar y a los ríos para pescar como lo hacían en otros tiempos. En cambio, andan pensando que lo saben todo y que todo lo que desean va a venir a encontrarles en sus casas sin que hayan movido ni un dedo. Pero no sé si se dan cuenta del error en que están al pensar de este modo. Y para colmo, dan lecciones de todo, hasta de lo que no saben, porque se consideran muy inteligentes cuando, en el fondo, no son más que eruditos a la violeta y más ligeros que hojas de árboles caídas. Algunos de ellos, por las tardes y por las mañanas, van con pequeños receptores pegados al oído, haciéndose ínfulas de estar informados de todo lo que pasa, como si las noticias interesadas y rancias de las emisoras de radio sirvieran para arreglar el mundo. Y son más abúlicos, chismosos y chivatos que emprendedores y

creativos. Esperan que algún día se despierten de sus sueños con las alas puestas y vuelen hasta las nubes. Y a la espera de tamaño milagro, se han hecho pedigüeños. Cuando ven a algún paisano suyo de viaje en el pueblo, le ven como alguien que tiene la obligación de solucionar todos sus problemas y le piden de todo: dinero, bebida, comida, ayuda para su familia y otras mil y una cosas que tú no les puedes dar, porque, al igual que ellos, tampoco tienes lo suficiente.

Dame algo de dinero, quiero comprar aunque un pitillo; mi hijo está enfermo, quiero llevarlo al hospital; tengo a la mujer en una curandería y ahí me piden una palangana blanca y una botella de coñac, pero ahora yo mismo estoy sin ni un duro; no he comido desde ayer, dame aunque solo para un kilo de chicharro; chico, búscame aunque un quinientos, quiero comprar pan a los niños. Etcétera.

En mi último viaje, lo único que hacía era comprar algo de vino y malamba en algunas ocasiones y compartirlo con los que estaban presentes. Y a las mujeres, mis tías, abuelas, sobrinas, cuñadas, y otras, les compraba chicharro y alas de pollo blandas. Porque si no haces ni esto, te convierten en su enemigo y te meten en el mismo paquete de aquellos a los que culpan de ser los autores de su miseria, de su paro, de su escasez de medios, del ostracismo que dicen sufrir por su lugar de nacimiento. Aquella vez me llevé casi todos mis ahorros –que tampoco eran millones– y me los gasté en menos de dos semanas. Y ahora que voy sin nada en el bolsillo, a ver si me aguantan, aunque tampoco tengo intención de quedarme para mucho tiempo. Solo voy para solicitar audiencia con el delegado de gobierno y punto. Si me recibe pronto, hoy mismo regreso a Bata, y si no, ya veré qué hago. Pero si acaso tengo que pasar la noche ahí, no pienso ir a la casa de nadie; tampoco haré que vengan a la mía, aunque es fácil decirlo pero difícil materializarlo, porque no le puedes decir a nadie del pueblo que no entre en tu casa sin que hayáis tenido antes algún problema. Si lo haces, todos se vuelven contra ti. Sin embargo, ya se sabe: no hay peor cosa que los tuyos, aunque necesitados, te critiquen y te den la espalda.

En la estación ya hay coches con destino a Evinayong. Los conductores de coches de línea sí madrugan. Al verme con mi carpeta bajo brazo, algunos jóvenes salen a mi encuentro. Están ahí para disputar clientes.

– Papá, ¿Evinayong?, ya estamos para salir. Ven con nosotros a subir a este coche, tiene aire y no paramos en el camino; vamos sin escala hasta Evinayong.

Sigo caminando sin hacerles demasiado caso. Me quieren hacer subir a un pequeño

coche, de esos que cuando hay muchos clientes, en vez de los cinco ocupantes para los que están hechos, introducen hasta siete u ocho y todos vais como sardinas en lata, o peor, ya que las sardinas, aunque vayan apretadas dentro de la lata, al menos ya están muertas y sumergidas en bastante aceite para lubricar la fricción entre ellas. Pero viajar las personas de esta manera es horrible, y con la velocidad que suelen meter esos conductores, apodados “*corazón colgando de la nalga*”, que es como decir conductores suicidas, que no conocen la magnitud del riesgo de llevar un coche con una velocidad supersónica, y soportando las fragancias que emanan del cuerpo y orificios de cada viajero, y la música que ponen a todo volumen, sin que nadie tenga voz para decir que la quiten porque no agrada; y, si hay bebés o niños menores o bordo, sus lloriqueos y sus vaciados estomacales, sin hablar del aroma que de vez en cuando viene del equipaje del maletero; todo eso hace de algunos turismos un medio de transporte no apto para viajeros hipertensos como yo. Así que debo elegir otro coche para ir un poco más cómodo. Por suerte, al cabo de unos minutos aparece un minibús que aparca donde le parece mejor. Nada más bajar, el conductor se enzarza en una discusión con una comerciante que estaba tendiendo en el suelo, sobre un extenso plástico transparente, sus artículos, chancletas y zapatos de mujer. Ella se queja de que cada mañana el buen conductor la envuelve en el humo negro del escape de su maldito coche. Recuerda que ya le tiene dicho que esté aparcando en otra parte pero el buen señor no le hace caso. Y parece que hoy es el acabose.

– Aparte de que me tapas el negocio, también me estás intoxicando con el humo. ¿Por qué no pones tu coche en otro sitio?

– Señora, todavía es muy temprano para discutir. ¿Por qué siempre me buscas problemas? Que si humo, que si tal, que si lo otro. Enséñame dónde más debo poner el coche. Es como si te dijeran a ti que quites ahora todo eso que pones en el suelo, ¿adónde lo llevarías? Deja de molestar, mujer –le contesta el que ha bajado del coche. No se sabe si es el propietario o no del vehículo, pero va dando vueltas con gestos de presumido, con una mano en el bolsillo del pantalón mientras con la otra tiene agarrado un móvil.

– ¿Así me respondes? Muy bien. Te pones de fanfarrón cada vez que te digo que tu coche me molesta; entonces tú y yo lo veremos aquí en el mercado. Cogeré una piedra o lo que encuentre y te voy a romper los cristales, a ver si así me haces caso. No me importa, llevarás el asunto donde quieras –conmina la mujer.

– Hablas como si fumaras algo que te enajena. ¿Crees que puedes romper

este coche, el único medio que tengo para dar de comer a mi familia, y todo queda como si no hubiera pasado nada? Inténtalo algún día y verás lo que te pasa. Uno debe decir lo que puede hacer y no hablar solo porque se tiene boca.

– ¿Qué me vas a hacer? ¿Qué me puedes hacer? Te crees lo que no eres, pero tú no eres nadie. A esta hora los demás van a la oficina, en coches más bonitos, vestidos con corbata y chaqueta; pero mírate a ti, engréido, amenazando a las mujeres e impregnando todo el mercado con el humo de tu cacharro... Y encima me amenazas. ¿Quién te has creído que eres?

– En esto tú y yo somos iguales, pues a esta hora también hay mujeres que van a la oficina en coches de lujo y vestidas con elegancia, con tacones, bolsos y oliendo a buen perfume; pero tú, aquí, envuelta en no sé qué tipo de harapos y extendiendo cosas baratas por el suelo para poder comer. Y a pesar de todo esto, la boca la tienes como una playa.

– Te refieres a la tuya, que ni siquiera lavas.

La discusión va subiendo de tono y hace que se congreguen muchos curiosos alrededor. Cuando les falta poco para que pierdan completamente la paciencia y lleguen a las manos, se consigue calmar al hombre y alejarle del lugar con consejos constructivos: “No te pelees con una mujer. Las mujeres solo hablan y lo hacen sin freno ni respeto. Te pueden meter en un gran lío por una cosita. Déjala, no le hagas más caso. Debe ser de estas que cuando ya está a punto de morir, buscan a alguien para que sea éste el culpable de su muerte”.

Mientras el chófer del primer minibús anda en discusiones con una comerciante, otro minibús estaciona justo al lado del primero. Su conductor, sin apearce, grita:

– ¡Evinayong, Evinayong, sin escala, salgo ahora! Evinayong sin escala, llego pronto sin prisas.

Me fijo en él y la impresión que me transmite su aspecto es bastante grata. Puede que me equivoque, pero sé que la primera impresión que te da una persona cuenta mucho y muchas veces coincide con lo que es en realidad esa persona. Viajar en coche es un riesgo y en un coche con un conductor aparentemente irresponsable, que puede ir a tiraros en un barranco cualquiera, es otro riesgo. Así que elijo este último coche, cuyo chófer me parece buen hombre.

Para entrar en el coche, pasas por una especie de oficina instalada bajo un cobertizo, donde una persona, después de entregarle el importe del trayecto: tres mil quinientos Francos CFA., registra en un cuaderno tu nombre y apellidos así como el destino. Y luego te da un pequeño trocito de papel escrito con bolígrafo como comprobante de haber pagado. He hecho ya esta formalidad y estoy sentado ahora en uno de los asientos traseros del monovolumen, que se ve todavía en buen estado. Con el tiempo otros clientes van subiendo hasta completar el aforo cuando apenas si son las ocho de la mañana. Hombres, mujeres y niños. Todos estamos ya embarcados, listos para salir de Bata.

En los tiempos que calificaron de “vacas gordas”, Bata era una ciudad agitada y llena de gente porque albergaba el abundante flujo tanto del éxodo rural como de los habitantes venidos de otros países; pero en la actualidad se tiene la sensación de estar ante la tendencia –si bien tímida– contraria. Gente que parece huir de las duras condiciones de la vida citadina, retorna con cara inquieta al pueblo, como si de ahí fuera a sacar de la magia los alicientes que le faltan para seguir viviendo con esperanza, ignorando que hoy hasta los campos se esquilman por el denominado cambio climático, que no es otra cosa que la reacción de la naturaleza ante determinadas actitudes humanas y que, por tanto, en el pueblo como en la ciudad, no se saca nada de donde no hay.

Ruge el motor y el minibús empieza a rodar. Al lado del conductor, dos pasajeros, o tres según se mire: una mujer con un bebé en el regazo y un hombre con un palillo en un extremo de la boca, o será un fósforo. Mucha gente tiene esta manía de ir a todas partes enseñando el palillo que tiene en la boca como si esto fuera algo bueno, como si fuera un toque de elegancia o un signo de distinción. Hasta los hay que usan ese palillo en público para quitar restos de comida de entre sus dientes y esos restos los escupen al suelo directamente, o, después de cogerlos con el pulgar y el índice, se los llevan otra vez a la boca, seguramente para tragárselos, sin darse cuenta que, para muchos observadores, esto es de muy mala educación, es asqueroso y repugnante.

En el coche nadie tiene puesto el cinturón de seguridad, ni el conductor ni siquiera yo mismo, que en mi mocedad hice un cursillo en el extranjero sobre conducción en circuitos de seguridad y aprendía la necesidad e importancia de sujetarte con esa banda por si pasa algo. Es que vivir en un ambiente como el que me ha tocado, en el que la falta de conocimientos sobre muchas cosas y la desidia son casi la norma, hace que uno termine siendo igual que sus semejantes.

El bebé de la mujer sentada al lado del conductor rompe a llorar desconsoladamente. En vez de calmarle con palabras dulces o cantarle alguna nana, la mamá le recrimina como si el neonato se hubiera propuesto llorar para molestar y tuviera conciencia de lo que hace. “Pero ¿qué te pasa? ¡Cállate! Acabas de mamar ¿qué quieres más? No has llorado lo que va de la mañana, ¿esperabas que subiéramos al coche para montar este numerito?”. El llanto del bebé resuena en todo el habitáculo y a medida que pasa el tiempo me llega como martilleos al fondo del corazón. Soy muy sensible a los lloros de los bebés y los niños. Se me ocurre pedirle a esa mujer que intente consolarle dándole de mamar de nuevo, por favor. Y se lo digo en voz alta, casi gritando, para que se entere, ya que estoy sentado en el último asiento de atrás. Otra voz masculina de entre los pasajeros secunda lo que he dicho. Luego nos llega una respuesta decepcionante de parte de la madre del bebé: “No mama teta sino biberón” –contesta la mujer, como si quisiera añadir “Además, a vosotros ¿qué os importa?”.

– Pues es lo mismo –replico–. Dale el biberón y se callará.

Una inexplicable pena invade todo mi ser cuando la mamá contesta que al bebé no le queda leche para prepararle el biberón. Deduzco que la criatura estará llorando por hambre, a pesar de que su mamá haya dicho que acaba de mamar.

– Pero al menos, dale chupete –le pido otra vez a la señora.

Ella responde que el chupete lo tiene en la maleta, y la maleta la han colocado en el techo del coche, sujeta a la baca con goma entre otros equipajes. “Esta mujer debe de ser una descuidada”, pienso yo. ¿Cómo se le ocurre viajar con un recién nacido sin leche para prepararle el biberón pero sabiendo que la criatura no come de su pecho? Lo que es más: ¿cómo se le ha ocurrido meter el chupete en la maleta en vez de colgárselo al bebé del cuello, como hacen casi todas las madres? Me entra la gana de propinarle un sopapo que le haga ver estrellas, para que aprenda a no hacer sufrir a su bebé de esta manera. Bueno, también puede ser que se haya olvidado de sacar el chupete de la maleta cuando entregó el equipaje para guardarlo. También es posible que la acusada falta de leche del bebé sea por falta de dinero para comprársela. Sé que hay madres que cuando lloran sus hijos por hambre, ellas también lloran porque han hecho todo lo posible para conseguirles alimento pero no han encontrado nada. No hay nada más doloroso que ver llorar a los niños por hambre sin que se les pueda dar de comer. Y muchas veces me pregunto para qué traer al mundo a un bebé si no estamos en condiciones de darle siquiera el biberón cuando lo necesita. Algunos creen que todo el mundo tiene lo suficiente

para llevarse al estómago succulentos platos, como carne de caza, sabroso pescado sacado de los mares más limpios, mariscos, embutidos, frutas diversas; pero no pueden imaginar que hay seres humanos que se alimentan diariamente de *arroz blanco*, es decir, arroz sin aceite y sin mojarlo con ninguna sopa, sin comerlo con nada. Es la comida más barata. Y hay niños que van a clase hambrientos y cuando vuelven a casa tampoco encuentran nada para llevarse a la boca. Son los hijos de la plebe, los condenados de la tierra, los que siempre se tragan la saliva cuando ven a los demás comer, niños cuyos padres luchan día y noche contra el destino para que, pese todo, coman, crezcan y por su cuenta puedan superar todo esto el día de mañana. El bebé sigue llorando hasta que el coche llega a la primera barrera. Es la barrera del kilómetro diez, carretera interior.

Sin que nadie nos lo diga, ya sabemos los pasajeros que debemos bajar todos para cruzar a pie. En un extremo de la barrera hay militares, con pistolas, mesa, fusiles y todo. Casi a cero metro del puesto, en un pequeño poste de madera está clavado un trozo de chapa rectangular con un anuncio que pretende acabar con el soborno. No se sabe si alguien hace caso: “Prohibido a los militares pedir dinero a los conductores y pasajeros. Prohibido a éstos dar dinero a los militares”. Debajo del enunciado, dos números de teléfono de contacto. ¿De quién o de quiénes serán números? ¿Cuándo y para qué habrá que marcarlos? Se comenta que la idea de los letreros es buena pero lo que prohíben no se puede dejar de hacer así por así, porque el pedir dinero y el darlo en las barreras ya es, en general, una costumbre bastante arraigada. “Simplemente es una materialización tímida de una idea bastante sana, pero conociéndonos como nos conocemos, verás que muy pronto estos letreros van a desaparecer”, dijo alguien.

Debemos desfilar delante de la mesa que hay a unos metros de la barrera para enseñar a los que visten caqui y portan armas nuestra documentación. Los nativos presentan el documento de identidad personal. Lo llaman DIP. Si no se tiene, se abona quinientos para pasar. Por más que uno hable español o fang con acento auténtico para hacer ver que es nativo, tiene que pagar si no tiene el DIP. Para los extranjeros, los precios varían en función de su situación: con la documentación en regla, dos mil Francos CFA., con la documentación caducada, diez mil francos; sin ninguna documentación, ni en vigor ni caducada, el asunto se complica. Se puede proceder a su detención, ordenar encierro, darle una multa gorda, o llevar a cabo otros procedimientos en su contra, pero en todo caso, en el supuesto de no tener absolutamente nada que le identifique pone fin a su trayecto automáticamente; no se le deja cruzar la barrera. Son individuos indocumentados, que dejan sus pueblos y se lanzan a la aventura de ir a países extranjeros pero sin siquiera un

salvoconducto para poderse identificar. Cuando se les pilla en un control, sea policial o militar, se les puede tomar por ladrones, asesinos, terroristas, espías, mercenarios, o todo lo que la imaginación les permita a los agentes de turno. Y así iban muchos ecuatoguineanos a Gabón en el régimen que hoy se llama de “triste memoria”, cuando el hambre, la miseria y el trato brutal contra la indefensa población se habían vuelto insoportables. En ese sálvese quien pueda, la gente huía día y noche al país vecino solo con lo puesto. Y una vez en el país de destino, eran perseguidos otra vez por la policía y sometidos a tratos vejatorios. Y todo esto por ser extranjeros y estar indocumentado. Y el mundo es así, ¿qué le vamos a hacer? El hecho de no tener la documentación personal en regla es un delito cuando se vive en un país ajeno, y en esta situación hay que estar preparado para lo que la suerte depare. Pero, al parecer, en nuestro coche no hay ningún extranjero. Para dejarte pasar el control, tienes que decir tu nombre y apellidos en voz alta, o responder a una pregunta del militar, o en español o en fang —ésta última, una de las lenguas nativas, si no la hablas, muy pocas amistades puedes hacer en el interior, y hasta es posible que a más de uno le caigas fatal— y luego presentar el DIP. Todos hemos pasado el control sin ningún problema. Somos todos nativos y tenemos en vigor el DIP que lo demuestra. Creo que en este país la gente se va dando cuenta, poco a poco, de la necesidad de estar documentado y llevar esa documentación encima a todas partes. El coche ha cruzado también la barrera, únicamente con el conductor a bordo. Nos esperaba al otro lado. Ya le conocen los militares porque pasa por aquí casi todos los días y ya no hace falta que le pidan presentar nada.

Pero antes de arrancar de nuevo, el conductor se da cuenta de que falta un pasajero. Mira aquí y allá, nos lo avisa y todos desde nuestros asientos nos disponemos a colaborar buscando con los ojos al pasajero en cuestión. En poco tiempo lo localizamos. Desde la ventanilla se le ve hablar con un militar donde está el puesto de control. La distancia entre el lugar y nuestro minibús no nos permite oír lo que dicen, pero por los gestos parece que discuten. El tiempo de espera se hace insostenible, sobre todo para mí, que quiero llegar al destino cuanto antes. Ante esta situación, el conductor decide bajar para ir a saber lo que está pasando. El conductor tarda también lo suyo en regresar hasta que, por fin, vuelve con el pasajero.

— No entiendo a esa gente —se queja en voz alta y con rabia el pasajero que estaba siendo retenido y exhibe un trozo de papel mientras el coche reinicia la marcha y se reincorpora a la vía para reemprender el viaje—. O sea que este resguardo no vale; pero me lo entregaron ellos mismos y ahora tengo que pagar. Ni siquiera hacen caso al letrero que prohíbe coger dinero a los pasajeros en la barrera. “Tú

resguardo no vale, Tu resguardo vale”. Y ¿qué?, ¿Fabrico yo resguardos?, ¿No son ellos mismos quienes dan resguardos y pasan mil años sin entregar el documento? “Si no pagas, no pasas”. ¡Y una mierda! Esto se llama abuso de autoridad, sí, abuso de autoridad, y en vez de garantizar la paz esto puede provocar guerra. Si no fuera porque me ha convencido el conductor, yo hubiera preferido volver atrás a darles de esta manera el dinero de mi sudor. Intimidan e imponen porque llevan armas, pero esas armas se volverán contra ellos mismos en el día de la verdad.

Estamos callados todos, escuchando cómo descarga la rabia contenida el pasajero que discutía con el militar. Se le nota muy disgustado por haber pagado en la barrera un dinero contra su voluntad. La mañana va rayando poco a poco mientras avanzamos hacia las montañas. A ambos lados de la carretera se ven niños dirigiéndose a la escuela; están uniformados y tienen cuadernos, y algunos los adultos, hombres y mujeres, dirigiéndose a sus labores. El pasajero que ha sido retenido en el puesto de control es tan repetitivo que sigue farfullando sobre el episodio hasta conseguir que su vecino de asiento comparta sus quejas.

– ¿Cuánto te pedían? – quiere saber su vecino.

– Quinientos, quinientos Francos, y yo no estaba dispuesto a darles nada. Hubiera preferido volver a mi casa si no hubiera venido el conductor y me hubiera convencido pagar.

– Dios les dará lo que se merecen. Saben que hay crisis pero se inventan historias para quedarse con lo poquito que tenemos los más pobres.

– Hay que ver si Dios se encarga de esas pequeñas cosas. Nosotros mismos hemos creado aquí en la tierra unos problemas que nadie nos va a resolver.

– Tienes razón.

– Así es. Dios no hizo el dinero. Es el mismo hombre quien lo fabricó y le dio tanto valor, que para algunos incluso el dinero es dios.

– Así es.

– Por eso cada uno lo busca como sea. Algunos lo consiguen trabajando duro, con mucho sudor y honestidad, pero otros, sin apenas trabajar, a base de robos y otros métodos no muy decentes, lo tienen amontonado en sus casas y en otros sitios que solo conocen ellos mismos.

Sigo de cerca la conversación, pues los que hablan están sentados justo delante de mí. Cualquier tema, abordado de cualquier manera, es bueno para no aburrirse. Supongo que no tienen ninguna intención de sentar cátedra, sino simplemente hablar de cualquier cosa y de cualquier manera para que el viaje les resulte más corto y agradable. Pero oyéndoles hablar de dinero, me doy cuenta de que no soy el único que piensa que este mundo está un poco al revés, o si no es así, al menos, esto es lo que parece. Pues, ¿cómo es posible que quienes se matan día y noche buscando el pan no lo encuentren, o si lo encuentran, solo sean mendrugos, mientras que, en cambio, hay gente a la que le sobran no solo panes sino los demás víveres? Yo mismo soy un buen ejemplo de ello: llevo al menos veinte años de profesor, preparando clases, explicando lecciones, gritando todos los días, soportando apodosos y burlas y haciendo exámenes a unos señores que al principio parecen torpes pero al final llegan a tener muchísimo más que quien les enseñó a leer y a contar: cargos, dinero, coches, mansiones. Los docentes deberíamos ser unos de los mejores pagados, porque damos la materia prima para que haya licenciados y doctores; pero desgraciadamente somos los que menos comen del erario público. Muchos andamos a pie, pregonando honestidad y buenos modales, pero sin siquiera un cochecito oficial como reconocimiento de nuestra ardua labor; nuestro salario es permanentemente magro; hacemos malabarismos para llegar a fin de mes andamos con deudas a cuestas. Al cobrar, todo el sueldo se lo llevan los acreedores, y a veces, tienes que inventarte historias de mucha pena para que algún acreedor entienda que no puedes pagarle este mes lo que le debes. ¡Qué ironía! Esto es como si formarse para docente fuera sinónimo de prepararse para pasar apuros.

La señora que tengo al lado saca un bocadillo y lo está engullendo con apetito. Un olor a mortadela invade mi nariz y probablemente la de otros pasajeros. Menos mal que las ventanillas están abiertas y el viento que entra por ellas se lleva una buena parte de ese olor que habrá despertado el hambre a más de uno de entre nosotros. Uno de los que se sientan delante de mí cambia el tema y se dirige a su compañero de al lado:

– Esto ya es otra cosa, ¡eh! –Refiriéndose a la cuesta por la que estamos subiendo–. Recuerdo que en otros tiempos se hacía bajar a los pasajeros aquí mismo porque el coche no podía subir cargado, sobre todo en época de lluvia, cuando la carretera estaba más resbaladiza; pero ahora estamos en otro momento, todo asfaltado.

– Es verdad –corroboras su compañero–, las carreteras han cambiado; y también los coches. Y todo esto ya no es bosque, sino ciudad. ¿Te acuerdas de

cuando este tramo olía a podrido?

– Sí, me acuerdo muy bien –admite el otro–, en setenta y nueve.

– ¡Exacto!

La conversación me hace recordar a mí también el momento al que se refieren. Era en mil novecientos setenta y nueve, finales de julio, principios de agosto. Todo el tramo de la carretera del monte Bindung era irrespirable porque se descomponían los cuerpos que habían caído en la contienda que libraron los defensores del antiguo régimen contra aquellos que deseaban cambiar y mejorar las circunstancias, aquellos que habían decidido acabar con el hambre, la miseria y los malos tratos contra la indefensa población civil (y la providencia quiso que estos últimos fueran los vencedores, puesto que los mercenarios del bando enemigo, al darse cuenta de que estaban luchando por una causa perdida, capitularon). En aquellos momentos, por no haber nada, no había ni servicio social que pudiera encargarse de recoger tantos cadáveres para llevarlos a donde correspondiera. Se comentaba que los del lado contrario, ayudados por expertos asiáticos, instalaron armas a lo largo de este tramo y esas armas disparaban automáticamente gracias a un mando a distancia. Así causaron muchas bajas y consiguieron que varios vehículos se revolcaran con las ruedas reventadas.

– Cuentan que los que más cayeron fueron los del otro bando –comenta uno.

– Esto sí que no se sabe a ciencia cierta –objeta otro–, pues esta parte de la historia aún está por escribirse. Además el historiador es tan parcial como el periodista y el abogado. Son todos iguales. Uno dice que escribe sobre la verdad de lo que había pasado, pero leyéndole muy bien se descubre que no es así. El otro pregona que informa de manera objetiva, pero cuando sabes lo que realmente ha pasado y escuchas o lees la noticia, te das cuenta de que la pregonada objetividad no es una falacia. Y no se hable del abogado, que interpreta leyes según sus intereses.

Estoy a punto de intervenir para decirles que la única profesión noble y honesta, aunque también ingrata, es la del docente. El docente enseña con amor y paciencia, a todos por igual. Pero no digo nada. Me quedo callado. Solo escucho. La que se sienta a mi lado se ha zampado todo el bocadillo como si estuviera en una carrera, y ahora, para rematar la faena, saca una lata que parece ser de un refresco, la destapa, ¡pufff!, y la vacía en grandes sorbos en cuestiones de segundos. Luego, mediante un sonado eructo seguido de otro con menos gas que el primero, inicia

una conversación conmigo, pero cuando comía y bebía ¿no sabía que alguien estaba sentado a su lado?

– ¿También vas a Evinayong o bajas antes? –me pregunta.

–Sí –la respondo, escueto y un poco ambiguo, solo para que me deje en paz. Con mi respuesta, no puede saber si voy hasta Evinayong o bajo antes.

A ojos, es una mujer muy joven, en relación con mi edad. Pero su físico no me resulta atractivo, pues es un poco gorda y bajita, con lo cual no digo que sea fea. Solo que a mí las mujeres de esta clase no me dicen nada. Con una así puedo compartir la cama, sin que ninguno de los dos lleve ropa, y no se me ocurre ni pensar tocarla, ya no digo otra cosa. Soy así desde siempre, desde que empezaron a gustarme y a disgustarme las mujeres. En mi mocedad, las delgadas y negras de estatura mediana, tendiendo a la baja eran mi debilidad y, aún hoy, siguen siendo mis favoritas a pesar de que ya soy abuelo y ya no debo andar exigiendo ni la estatura, ni el color ni el tamaño.

– Yo también –me dice ella–. Voy para asistir a mi hermanita, que dio a luz hace dos días. Un niño grande, que dicen ha cogido la cara de su abuelo, mi padre, que en paz descansa. Celebraremos ese nacimiento el sábado. Si quieres, puedes venir a casa.

Me habla como si me conociera de antes y detesto que ella me dirija de esta manera. Pero creo que no debo manifestarle directamente el rechazo que siento por su aspecto. Ya soy mayor y las personas de mi edad deben caracterizarse por su capacidad de aguantar hasta lo más molesto.

–Temo que no voy a estar. Voy para una cosa concreta y urgente; si termino a tiempo y aún hay coches, regreso hoy mismo a Bata –la contesto.

– Bueno, te lo pierdes. Otros comerán y beberán por ti.

– ¿No podrías reservar mi parte? –Le pregunto en plan broma y ella me sonrío de forma socarrona.

– Reservar tu parte, claro que sí. Luego pasarás por ella en la casa que ya conoces y cuando el bebé objeto de ceremonia tenga cincuenta años.

Me doy cuenta de que la rechoncha no solo tiene kilitos de sobra sino también

bastante sentido del humor. Y esto no es malo, sobre todo cuando se tiene una figura como la suya. El humor es algo que la gente de acá o no tiene o tiene muy poco. De hecho, con la edad que tengo, no he visto ni un solo espectáculo de humor, no conozco humoristas nuestros que hayan organizado un espectáculo invitando al público a reírse de sus chistes. Todos vamos con la cara arrugada, o cuando nos reímos lo hacemos realmente porque las circunstancias nos hayan traído algo gracioso, no porque nosotros mismos hayamos inventado historietas de risas. No tenemos comediantes profesionales. Lo que tenemos son individuos que en un momento dado, en un bar de copas o en un encuentro de amigos, aprovechan su estado ebrio para recordar anécdotas que no son de risa general. Pero el humor, profesional o no, puede hacer milagros, puede hacer reír al que está triste; puede hacer que resulte atractiva una persona fea; puede conseguir que a alguien se le conceda un favor que en un principio le iba a ser denegado, y hasta puede una persona con sentido del humor conseguir dinero y relaciones que no esperaba.

No tengo ninguna duda de que esta mujer, a juzgar por su forma de dirigirme, la voz que pone y los gestos que hace, me está invitando a una conversación que no estoy dispuesto a mantener con ella. No porque yo sea casto o huya del trato de las mujeres en general, sino por lo que he dicho antes sobre su físico, que no me atrae para nada. Pero por razones de caballerosidad, aunque se trata de una caballerosidad ya rancia, le sigo el juego.

– Podrías guardar mi parte para dárme la en otro momento donde quieras –le propongo.

– No sé a qué momento más te referes ni a qué lugar. Me has dicho que vas a Evinayong como yo y ahí hace frío. ¿Otro lugar y otro momento son más propicios para disfrutar de una invitación? Y luego diréis que las chicas de Evinayong son tacañas.

¡Toma ya! Más claro no se puede. Parece que se me ha declarado. Quiere un acercamiento, busca compañía, por lo visto necesita a alguien que la proteja del frío que hace en Evinayong. Pero no sé qué ve en mí. Un trasnochado amargado y sin nada que ofrecer a ninguna mujer, y que viaja para pedir favores a un ex compañero de clase, ¿qué tiene de atractivo? Puede que, por su aspecto y forma de ser, no se le han acercado muchos hombres en su vida y quiere rellenar este hueco conmigo, justamente porque me ve como uno que no puede elegir. Habrá oído por ahí lo que se dice de los hombres de mi edad, esto es, que no tienen opción

en cuanto a las mujeres, sobre todo cuando éstas son aún jóvenes. Pero también es posible que, a pesar de mi edad, yo la atraiga de una forma especial. Es que en cuestiones de gusto, no hay nada escrito. No todas las mujeres ven en un hombre lo que el mismo hombre cree que es. Algunas te subestiman, otras te sobrevaloran y cada una tiene sobre ti la apreciación que le permiten sus emociones, determinadas por su sensibilidad natural. Quizá cree que conmigo puede estar a gusto en la ceremonia del nacimiento de su sobrinito, o piensa que podemos hablar en privado sobre otras cosas. En todo caso, la experiencia que tengo en el mundillo ese me hace pensar que ella quiere de mí algo más que una simple conversación. Por eso mido mis palabras y mis expresiones antes de pronunciarlas, pues no quiero caer en la tentación, no quiero que me malinterprete y piense erróneamente que estoy de acuerdo con sus insinuaciones. Y su intuición ha debido ya descubrir mi perplejidad o mi rechazo encubierto.

Mientras tanto, los que están sentados delante de mí han cambiado de tema y hablan ahora de fútbol. Discuten sobre clubes y equipos, de partidos y de jugadas, de ligas y de competiciones extranjeras, de copas y de balones de oro, de penaltis y de goles, y de todas esas cosas del deporte que dicen rey pero que a mí ni me va ni me viene. Quizá porque ya soy mayor o por no ser aficionado. Prefiero ocuparme de mis hijos, casi siempre necesitados, y de mi mujer, que últimamente se queja de todo. Prefiero hablar de cosas de mi entorno a discutir, apostar y perder el tiempo delante de una pantalla de televisión viendo cómo juegan al fútbol personas que ni me conocen, ni tienen ningún interés en conocerme, ni siquiera me darán un solo franco de las millonadas que embolsan. Para librarme de la *bubuta* —que es el nombre al que se le conoce a las del sexo femenino con carnes de sobra—, simulo estar concentrado en la charla sobre el fútbol, pero mi refugio es descubierto y violado al cabo de un tiempo: ella reanuda la conversación. Por lo visto sigue con las ganas de hablar conmigo.

— ¿A ti también te gusta el fútbol? —me pregunta para atraerme de nuevo a su redil al observar mi mutismo.

— ¿Como a quién? —le devuelvo la pregunta para que la precise y también para marear la perdiz, pues sé perfectamente a dónde van sus tiros.

— Como a esos que hablan —aclara—. Para mí, el fútbol en sí no tiene ningún problema, podría haberme gustado; pero cuando oigo las cosas que dicen los hinchas y veo las que hacen, me quedo perpleja. Creo que el fútbol es como una religión. Dios mismo no es problema, pero la forma que utilizan algunos para

llegar a Él sí que sorprende y aleja del culto a gente como yo.

– Totalmente de acuerdo contigo –le confieso.

Empieza a invadirme la sensación de que esta chica debe de ser guapa en el interior. Su opinión sobre el fútbol y su sentido de ironía no pueden venir de una persona que nunca fue a clase, asocia ideas y asimila conceptos. Realmente me está sorprendiendo. Y puesto que es así, creo que podemos seguir hablando.

– Y como el fútbol es religión y enajena –prosigue ella–, verás que algunos hombres abandonan incluso a sus mujeres para seguir un partido. Para ellos lo primero es el fútbol y luego, todo lo demás. Cuando una mujer le quiere ser infiel a su marido, fanático del fútbol, sin que aquel se entere, le basta con esperar el día en que juegue su equipo favorito. Porque durante los noventa minutos del partido, el muy cabrón estará ante la pantalla, gritando como un energúmeno e insensible a todo lo que ocurre a su alrededor. Se me ocurre preguntarle si no es el fútbol, cuáles son entonces sus aficiones, si las tiene; pero me inhibo, porque me doy cuenta enseguida de que no debo hacerle esta pregunta. No vaya a creer que estoy interesado en conocer cosas de su vida privada y se me pega más. Ya está bien con lo que llevamos de conversación. Ella sigue hablando, revelando facetas de su vida personal. Me dice de quién es hija y se me viene a la memoria la imagen de su padre, un hombre de estatura mediana en otros tiempos bastante influyente en Evinayong. Yo le conocí aunque no de cerca. Sin embargo sé que, como casi todos los hijos de esa localidad, en vida recibió más críticas que expresiones de gratitud de parte de sus paisanos, ya que le tildaban de envidioso y chivato y le acusaban de haber hecho caer a muchas personas en desgracia, sobre todo en el momento en que estaba llegando al interior las sacudidas de la corriente multipartidista. En aquellos tiempos muchos jóvenes, adultos, hasta mujeres y niños, mordieron el polvo gracias a aquel señor. Y cuentan que por ello los ancianos, como expresión de disgusto por sus obras, o para vengarse, se reunieron secretamente para maldecirle como mejor pudieron. Pero el hombre tenía mujer e hijos y quizá su familia no llegó a ver la clase de persona que en realidad era. En general una persona ofrece dos tipos de imágenes, la imagen que se le tiene en casa y la que tienen de ella los de fuera. No sé qué dirían de aquel sus allegados, familiares y amigos, pero desde luego que muy poca gente –por no decir nadie– en Evinayong lloró por su muerte. Falleció en un accidente de tráfico, él mismo al volante, y se fue con una chica embarazada a la que estaba forzando aquellos días a pesar de la oposición que expresaban los padres de ella, que no estaban de acuerdo con que un hombre de su edad y de sus andanzas se uniera en intimidad con su hija. Pero no pudieron

hacer nada para impedirlo porque su posición social era muy inferior a la del yerno fanfarrón, que se creía incluso por encima de la ley, aunque en aquel entonces no había leyes que prohibieran ni el acoso ni una relación no consentida. Se resignaron y le confiaron el caso al Todopoderoso. El accidente que le costó la vida fue muy comentado por quienes lo conocieron y muchos de ellos se alegraron de su desenlace fatal, considerando el hecho como un alivio, pues se habían librado para siempre de un demonio, de un virus que amargaba la vida de sus conciudadanos, en la ciudad así como en los pueblos, aprovechándose de ser no sé qué y de hacer buenas migas con los de arriba. Pero los más indulgentes rogaron a Dios para que perdonara los pecados de la chica que estaba con él, pues en vida la pobre no podía más que resignarse para evitar que su negativa a entregarse la metiera a ella misma y a sus progenitores en serios problemas.

Pero no creo que conozca esta historia esta que se sienta a mi lado. Si conoció a su padre en vida, lo debió conocer como un buen padre. Pero no creo que lo conociera. A juzgar por la edad que creo tiene, cuando su padre estaba en apogeo, ella sería una criatura, o diría yo incluso que no había nacido aún. Esto sí me atrevo a preguntarle; me pica la curiosidad.

— Me has dicho el nombre de tu padre; él fue una persona muy conocida en Evinayong, pero ¿llegaste a conocerlo?

—Bueno, no —me contesta titubeando y con esto confirmo para mis adentros que yo tenía razón—. Cuando se nos fue yo tenía dos años, al menos esto es lo que me ha contado mi madre. Y me han dicho que fue una buena persona, que ayudaba a mucha gente y siempre quiso lo mejor para el distrito de Evinayong, pero desgraciadamente sus hermanos le miraban con muy malos ojos, le atribuían cosas que no sabía y le hicieron la brujería que acabó con su vida.

Entiendo enseguida que estoy hablando con una criatura de ayer, que no puede saber de su difunto padre más de lo que le han contado su madre y otros sujetos que por estar beneficiándose de su influencia no podían ver, o desvelar, el lado oscuro de su personalidad. Me sigue contando lo que ni le he preguntado ni me interesa, que si vive en Malabo, en una de las casas que dejó su padre; que si estuvo mucho tiempo en Europa y regresó porque echaba de menos a su país; que si de momento no está con nadie, porque su chico, uno de esos locos que a la hora de conquistar es miel pero que después de obtener lo que quiere le hace a la chica tragar amarguras, se ha ido hace un par de meses; que si ahora prefiere estar solita a empezar de nuevo una relación que le dé más disgustos que felicidad; que si el viernes pasado los

ladrones consiguieron entrar en su casa mientras ella estaba de paseo y le quitaron casi todo; que si en Evinayong, después de la ceremonia de cantar canciones al neonato, va a quedar para un tiempo, comiendo y bebiendo, pues no tiene porqué volver a Malabo con urgencia, y otras cosas más. Con todo esto, no hay duda de que tengo al lado a una chica extrovertida. Mientras sigue soltando el rollo, hablando sola e intentando sin mucho éxito hacerme partícipe de las vicisitudes de su vida privada, los que están sentados delante de nosotros conversan de forma interminable sobre asuntos varios. De repente se oye un estallido bastante fuerte y el coche hace unos movimientos bruscos y todos nos asustamos y estamos callados. En el coche como en el avión, cuando a los pasajeros se les entra miedo de una forma general, porque intuyen que algo no va bien con el artefacto en el que viajan, todos suelen callarse de golpe, y hasta algunos rezan para sus adentros o en voz alta, para que el Señor no quiera que les pase nada malo. Enseguida se percibe un ruido raro, como un chirrido, que vendría de debajo del coche y un rodaje anormal del mismo. El conductor realiza unas maniobras como mejor puede para parar fuera de la calzada, en un espacio que se llamaría arcén pero sin que esté señalizado como tal. Baja él y realiza una inspección ocular al coche. Al final, nos anuncia que se ha producido un reventón y tenemos que bajar todos para cambiar la rueda.

Hablo en silencio conmigo mismo y me digo que he hecho bien en elegir este coche, porque de ser otro, igual se estaría hablando ya de otra cosa. Pues un reventón en plena marcha puede provocar desgracias descomunales, sobre todo si el coche llevaba mucha velocidad. Pero a nuestro conductor le he identificado esta mañana a simple vista como un hombre sereno y responsable y está demostrando que lo es. De hecho, desde que hemos salido de la estación, ni ha pisado el acelerador hasta el fondo ni se ha mezclado en las conversaciones de los pasajeros, como lo hacen muchos de los que ahora se dicen conductores pero sin saber conducir, y muchos de los cuales, además, ni siquiera llevan ruedas de repuesto. Tampoco se le ha visto llevarse nada de alcohol a la boca. Nuestro conductor y un chico que se ha ofrecido a ayudarlo tienen que remover parte del equipaje de la baca para sacar la rueda de socorro. De la que ha estallado solo se recuperará la llanta, ya que su cubierta está totalmente desgarrada e inservible. Mientras se cambia la rueda, aprovecho para recordarle a la mujer del bebé que coja el chupete donde ha dicho que lo tiene guardado, ahora que el coche está parado y tenemos tiempo hasta que termine la operación de cambio de rueda. El bebé ha dejado de llorar y descansa sobre el hombro de su mamá sujetado con una mano de ésta. Parece que se ha refugiado en un profundo sueño después de haber pedido comer sin obtener comida. Cuando se

despierte al menos tendrá chupete, si me hace caso su mamá y lo saca de la maleta. Los pasajeros conversan entre ellos. Algunos fuman, otros manipulan sus teléfonos móviles y otros se deslizan entre la vegetación para achicar las vejigas. Uno de los que están cerca de mí le recuerda al otro que en este tramo de la carretera perdió la vida su amigo de infancia, un destacado sacerdote, en un accidente de tráfico. Su interlocutor le hace ver que no fue en este tramo sino en uno que está más adelante todavía. Hacen comentarios rememorando aquel trágico accidente. El sacerdote iba en una moto después de celebrar una misa en un pueblo de esos y sufrió una caída de regreso a su casa. Algunos decían que fue por un fallo de la motocicleta; otros, que fue atacado por mandanga, es decir, por moroso, por importantes deudas impagadas. No faltaron quienes comentaron que su desenlace infeliz se debió a que alguien decidió quitarle del medio para que no volviera a hablar con el Papa, pues decían que tenía su teléfono y hablaba con él regularmente de asuntos secretos. Sin embargo, la versión más difundida fue la de un ajuste de cuentas, perpetrado por un hombre que quiso reparar su honor de aquella manera después de haber pillado en su propia cama a su esposa con el cura intercambiando intimidades. Se sabe que cuando un hombre sorprende a su esposa en una situación así, quien sufre el agravio no es la propia mujer —que pone su dignidad en juego— sino su marido. Y si es un marido con las bolas bien puestas, no hay mejor recurso que la venganza para quitarse los cuernos: su coche le dio a la moto por detrás, “¡Puum!”, el motorista con sotana salió catapultado hacia arriba y en caída libre aterrizó forzosamente en el asfalto. Fue arrastrado por la inercia a lo largo de varios metros y se quedó inmóvil en un punto de la calzada. La moto fue a impactar contra la cuneta y la Biblia cayó abierta en otra parte. Para rematar la faena, el coche dio marcha atrás, cual una apisonadora, tantas veces como le pareció mejor para dejar bien molido el cuerpo del adúltero caído. Luego se echó a la fuga. Desde un punto de la espesura del bosque cercano un hombre del pueblo vecino, que vendría de sus quehaceres, había observado atónito el suceso. Pero decidió no revelar nada, probablemente por miedo a las consecuencias si se llegaba a descubrir que era él la cámara oculta que lo había filmado todo. Y ahí quedó esto. Lo último que se comentó sobre el caso fue que los familiares del finado quisieron llevar el cuerpo a su pueblo para darle allí la santa sepultura y se opusieron frontalmente los del obispado, quienes esgrimieron argumentos basados en cánones y metafísica para encargarse ellos del sepelio, ya que —dijeron hablando en cristiano— el fallecido era un destacado ministro de la iglesia católica y es ésta la que tenía que asumir su funeral.

La bruma matinal se ha despejado por completo y la claridad del ambiente anuncia

un día caluroso. Dicen los que saben de esas cosas que los días de ahora son más soleados que los de otros tiempos, sobre todo cuando estamos en el litoral. Pero a medida que se va adentrando en el interior, cogiendo más altura sobre el nivel del mar, la temperatura va bajando y extendiéndose el frío a los pueblos enclavados en medio del bosque, donde afortunadamente no ha llegado todavía la devastadora plaga de la deforestación. Al cabo de unos minutos, casi media hora, el conductor nos invita a volver al coche. Él y su ayudante han terminado de cambiar la rueda. Reemprendemos la marcha y vamos pasando pueblos, grandes y pequeños. En algunos hay paneles que indican sus nombres y en otros, solo casas y personas paseando en el patio. Todas las casas tienen el tejado recubierto con chapas de cinc, después de la campaña nacional de eliminación total de tejados de nipas tradicionales. Las nipas eran usadas principalmente por gente de escasos medios, y con ellas los niños y los más jóvenes aprendían cómo se cubrían las casas en la antigüedad; pero con su eliminación mediante un decretazo, se tiene tejados de cinc pero se ha dicho adiós a una importantísima faceta de la tradición que probablemente no conocerán las generaciones venideras. La carretera principal por la que estamos circulando, en el momento de reconstruirla, dejó de lado a algunos pueblos y partió en dos a otros. Los habitantes y el ganado de estos últimos deben prestar especial atención antes de cruzar, porque si no lo hacen, pueden ser atropellados fácilmente, como ha ocurrido en muchas ocasiones y los conductores se han echado a la fuga.

– Si no fuera por este maldito reventón ya habríamos llegado –dice mi vecina de asiento, como dirigiéndose a mí para que yo añada algún comentario a su pronóstico. Pero me quedo callado. Creo que está exagerando un poco en sus cálculos si se tiene en cuenta la larga distancia que aún nos queda por recorrer antes de llegar al destino y el poco tiempo que ha durado el cambio de la rueda.

– ¿Por qué estás tan serio? ¿Estás recordando algo o a alguien que te hace estar tan pensativo? –me pregunta la chica de al lado de una forma directa, como para rescatarme del ensimismamiento.

– Ah, hija, a mi edad, los problemas se te llenan la cabeza y te embargan –le contesto para hacerle ver que ella y yo no estamos en la misma onda.

– Bueno, si lo dices, tus razones tendrás; pero no creo que los problemas sean tan proporcionales a la edad como para decir que a más edad, más problemas tiene uno. Hay jóvenes con mil problemas en la cabeza y personas mayores sin ningún problema que resolver.

No sé si ella dice todo esto para hacerme olvidar durante un momento las cosas en las que estoy pensando, o acaso para deslumbrarme con su brillantez. Pero, como fuera, pienso una vez más que es una mujer especial por su forma de razonar. Admito lo irrefutable de su argumento. Muchas veces hablamos sin pensar dos veces en lo que decimos y nos damos cuenta de nuestros errores de fondo solo cuando alguien con otra visión nos los señala. Es como cuando decimos que los viejos tienen más experiencia que los jóvenes. Esto era así en otros tiempos, cuando aún no había ni televisión, ni teléfonos, ni libros, ni internet. Pero con la invención de todo esto y su irrupción en la turbulenta vida diaria de los seres humanos, todo ha cambiado. Hasta ya se da casos de veinteañeros, por ejemplo, con más experiencia que adultos de más de medio siglo de vida. Aquí en nuestro país, hay jóvenes que han aprendido de los libros cuentos, leyendas, refranes y otras cosas relacionadas con su cultura y mayores que, en cambio, a pesar de su cabeza con canas, desconocen aspectos básicos de sus tradiciones; jóvenes que en el terreno sentimental son iguales que actores del porno y mayores que ni han besado en la boca a ninguna mujer; jóvenes que tienen trabajo, cargos, negocios, personal doméstico, relaciones varias a nivel social, y por tanto, jóvenes con mil y un asuntos que resolver, mientras que en los bares y chiringuito expendedores de *malamba* y otros productos abundan personas con muchos años de vida pero sin más historias que lamentar su fracaso, criticar a los demás y beber para olvidar sus penas.

Mientras voy cavilando sobre la forma en que el mundo está cambiando y las cosas que antes ocurrían de una forma y que hoy suceden de otra, para sorpresa ora grata ora amarga de quienes se habían acostumbrado a una sola manera de hablar y de actuar, dirijo la mirada hacia la ventanilla y me topo con un puesto de venta de carne de caza. Son piezas colgadas de unos palos puestos allí para esto, al borde de la carretera, en la entrada de un pueblo. A pesar de la velocidad del coche, identifico antílopes, monos, higuanas, ratas, tortugas terrestres y pájaros grandes. Pero sobre todo destaca una enorme boa que creo mediría seis metros. Alcanzado este tamaño, este reptil ataca y se traga perros, ganado y hasta personas enteras, no hablemos de los animalillos con los que comparte el hábitat natural. Así de largo costaría un dineral. Los que comen la carne de ese ofidio dicen que es blanca y especialmente sabrosa. Cuentan también que sus huesos, empezando con los de la cabeza, sirven para aplicaciones diversas en la medicina tradicional, sobre todo en su uso contra la impotencia, dolor de articulaciones y embrujos.

El coche sigue avanzando con un ritmo que a todos nos parece normal, al menos esta es la sensación que tengo. Todos los pasajeros no han visto las piezas de carne que he visto yo. Ni siquiera han mirado algunos hacia ese lado. En muchos puntos

de la carretera se ve animales colgando de unos palos al lado de la carretera. Los que pueden, compran, aunque, por costumbre, cuando se va al interior, no se compra carne en el camino. Se supone que en el destino habrá algún familiar cazador que proporcionará carne al huésped. Y si el cazador no fuera familiar, el recién llegado al pueblo, si quiere comer carne, la puede comprar más barato en el mercado local o cuando algún niño del vecindario o del pueblo cercano pase por la carretera con una palangana sobre la cabeza con trozos de carne en venta. Pero entre nosotros no parece haber nadie dispuesto a comprar nada. Alguien le habría pedido al conductor que pare. O esperan que sigamos alejándonos de Bata para comprar, porque cuanto más lejos se está de esa gran urbe, más barato sale cualquier comestible que se exponga a la venta, productos agrícolas, carne de bosque o pescado de aguas dulces. Antes de empezar a subir la cuesta de *Nkoomidji*, que se tradujo al español como *Monte Raíces*, se ve un coche en la cuneta con las ruedas hacia arriba y algunas personas con las manos en la cabeza como lamentando mucho por algo. Sin duda alguna se trata de un accidente. Normalmente cuando uno se encuentra con un accidente de esta magnitud, no debe pasar, sino parar para ver si puede ayudar en algo. Y puede ser que en el coche accidentado iba algún familiar. Así que nuestro conductor traduce el deseo de todos y aparca para que podamos bajar e ir a ver qué ha pasado. La escena es horrible: cuerpos inertes tirados aquí y allá; personas heridas y con fracturas diversas llorando desconsoladamente; maletas, bolsos, yuca, maíz, plátanos, tomate y demás desparramados por la calzada y fuera de ella; también por el suelo hay animales de caza, que ya estarían muertos antes del accidente. En medio de la tragedia algunos marcan sus teléfonos portátiles y hablan no se sabe con quiénes, o con las autoridades o con los servicios de emergencia. Menos mal que en este tramo de carretera hay cobertura telefónica, pues hay tramos donde no la hay. El coche accidentado es un Toyota Dina 100. Se ha volcado no sabemos el porqué y hay gente atrapada en la cabina, desde donde salen alaridos desconsolados de un niño pequeño, o de una niña. No se sabe si los demás que viajaban en la cabina están vivos. Detrás del nuestro se para otro coche cuyos ocupantes se nos suman y todos estamos muy consternados ante una escena tan desafortunada. Esperamos que llegue un vehículo de emergencia pero sabemos que los servicios de socorro, vengan de donde vengan, de Bata o de Niefang, no pueden llegar con la prontitud que se desea, por la distancia. Y si a esto se añade lo que pasa casi siempre, que no está el conductor de la ambulancia, que no hay combustible, que no se localiza al director de no sé que para autorizar la salida según las últimas instrucciones, etcétera, etcétera, la ayuda que se desea ahora no va a llegar, o si llega, no lo hará antes de un siglo, y esto es demasiado tarde para quienes por su estado requieren asistencia médica inmediata.

Pienso en el objeto de mi viaje e imagino el tiempo que vamos a estar aquí contemplando lo ocurrido pero sin poder hacer nada. Todos estamos lamentando la situación y cada vez paran más coches, tanto los que vienen de Bata como los que proceden del interior, pero ninguno se ofrece para transportar al menos a los heridos al centro médico que le parezca cercano. Quizá porque todos los coches que llegan están llenos; llevan pasajeros. Si sus conductores deciden llevar a los heridos, ¿qué harían con los pasajeros que transportaban, que además han pagado dinero? ¿Abandonarlos en el camino? En cuanto a los cadáveres, algunos comentan que no se les puede tocar hasta que lleguen las autoridades competentes para hacer el levantamiento. Pero la providencia resuelve las cosas a su manera cuando los propios humanos se ven imposibilitados para hacerlo. Cuando estamos rumiando la impotencia entre los lamentos y los lloriqueos de los más sensibles, sin saber de dónde se va a sacar ahora vehículos de socorro y coches fúnebres para transportar tantos cuerpos al hospital y a la morgue, y mientras algunos estamos intentando en vano abrir una de las puertas del coche accidentado para sacar los cuerpos atrapados en la cabina del vehículo accidentado, aparecen con dirección a Bata dos de los camiones que transportan cemento, arena, varillas y otros materiales para las diversas obras de construcción que se llevan a cabo en determinadas zonas del interior. Se paran. Sus conductores, con facciones orientales, se unen a nosotros y en sus rostros hay una expresión de asombro y de lamento. No hace falta que pregunten ni que se les explique nada. Todo está claro: ha habido un accidente de tráfico con consecuencias muy lamentables. Aunque en otros momentos esa gente de facciones orientales son esquivos e insensibles, en circunstancias extremas como éstas los humanos son más bien comprensivos y solidarios con otros, por la conciencia que todos tienen o tenemos en común a la hora de nacer –aunque algunos, por sus inclinaciones, parece que la han perdido por completo.

De entre la multitud que se agolpa en el lugar del accidente –pasajeros de los coches que vienen de Bata y otros que regresan del interior– sale uno a hablar con los conductores de los camiones cuyos chóferes son aparentemente del Extremo Oriente. Hablan con ellos en una jerga que suena a chino, pero no sé si mandarín u otro. Dicen que algunos guineanos ya hablan muchas lenguas asiáticas con bastante fluidez y es posible que sea cierto. Uno de los conductores con facciones orientales saca su móvil y habla. Al cabo de un rato, el negro que hablaba con ellos nos informa en el idioma nuestro de que se ofrecen llevar a los heridos hasta el hospital que se les diga si alguien les ayuda a meterlos en las grandes cavidades traseras de sus camiones. Muchos de los jóvenes presentes se presentan voluntarios para ese trabajo de celadores de emergencia. Saben que no van a recibir

nada a cambio. Lo hacen por solidaridad. Si a veces no somos solidarios es porque no queremos. Meten a los heridos en los camiones. A algunos de esos heridos se les mueven las manos y las piernas como muñecos sin articulaciones, o como si éstas estuvieran colgadas de un hilo, pues sus huesos tienen evidentes fracturas; están hechos añicos. El lugar donde estaban tirados en el suelo se parece a un matadero, por la cantidad de sangre que se observa, y de ese lugar a los camiones, regueros impresionantes. El conductor de nuestro coche dice que nos vayamos. No podemos hacer más de lo que ya hemos hecho. De nuevo en el minibús, continuamos el viaje. No somos un equipo de salvamento sino simples pasajeros que tienen sus cositas que resolver hoy. En el momento de salir algunos se están esforzando inútilmente para sacar al pequeño o niña pequeña cuyos lloros siguen desgarrando hasta los corazones más insensibles. Pero teniendo en cuenta la posición del coche accidentado, ni mil hombres lo sacan de ahí; solo una grúa como las que embarcan y desembarcan vehículos en el puerto.

Cuando se les dice a los conductores que por precaución no pisén el acelerador hasta el fondo y que es necesario revisar constantemente el estado del vehículo, sobre todo cuando ya no es de primera mano, no hacen caso. Sin embargo, las consecuencias suelen ser muy lamentables como en este caso: muertos, heridos, daños, dolor, aunque también es verdad que cuando se trata de un accidente, ninguna medida de precaución sirve para evitarlo. Y no se sabe, tampoco, qué es lo que en realidad ha provocado este accidente.

Sobre un suceso tan calamitoso, no pueden faltar comentarios para quienes, como nosotros, lo hemos vivido en directo y nos hemos implicado de alguna forma en el trabajo de rescate de los heridos.

– ¡Pobre gente! Cada uno tenía su programa para el día de hoy, pero por culpa de un maldito accidente... A veces me pregunto si realmente se debe creer en la bondad de un ser superior con poder ilimitado, que lo determina y lo decide todo con bondad. Si existiera ese ser, ¿por qué se le ocurriría permitir que sufran de esta manera hasta niños pequeños? –reflexiona en voz alta la que se sienta a mi lado, con la cara recubierta de pena, como si fuera a llorar enseguida.

– No solo se sufre por accidente –comenta otro viajero, como dándole la razón a mi vecina de asiento–. Hay tanto sufrimiento, que se hace difícil creer que este mundo sea un regalo de Dios, como suelen decir.

– Y parece que solo sufren algunas personas, mientras otras se lo pasan siempre

bien –añade otro.

Escucho callado. Lo que dicen me trae a la mente a un cantante que se pregunta en una de sus canciones titulada *África* si Dios es solo para algunos. Si fuera para todos –deja sobreentender el artista– no toleraría que algunos sufran y otros no, no permitiría que algunos pisoteen a otros sin que les pase nada. Entonces al ver que algunos tienen y gozan y otros no tienen nada y sufren, es porque, aun cuando se diga que todos somos hijos de Dios, los unos son más hijos suyos que los otros. O simplemente esos otros no lo son. Es la conclusión a la que puede fácilmente llegar cualquiera que sufre, por el motivo que fuera, y no encuentra alivio. Pero también esto mismo debería ser el principio de fe: admitir que todo lo que hace Dios lo hace para el bien de todos. Sí, para el bien de todos. Cuesta mucho creerlo, pero hay que tener fe en este dogma y en las bienaventuranzas. Para mí el sufrimiento es común a todos. Es como la muerte. Nadie puede estar toda la vida sin sufrir en ningún momento. Todos sufrimos, algunas veces juntos y otras, por turno. Catástrofes, accidentes, miseria, enfermedades, agravios, injusticias, engaños. También es verdad que algunos sufren más que otros, según el tiempo y el espacio.

Acabamos de pasar el peaje que da acceso a la ciudad de Niefang y, a unos metros, hay una barrera, otra barrera militar. Pero entre el peaje y la barrera cruza una carretera transversal por la que transitan principalmente camiones llenos de madera en rollo, es decir, enormes troncos de árboles que se cortan en nuestros bosques vírgenes y se llevan a embarcar en el puerto para diferentes destinos allende los mares. Estamos obligados a parar para esperar que terminen de pasar la caravana. Es toda una atracción ver cómo desfilan tantos camiones, uno tras otro, rugiendo como monstruos y levantando polvo. Todas las casas y vegetaciones cercanas están cubiertas de polvo porque estamos en época de sequía. Ese polvo lo respira la gente y también la gente inhala el dióxido de carbono que se desprende de la tala indiscriminada que se realiza desde hace más de medio siglo. Pero para mí ver pasar a tantos camiones de madera levantando polvo ya no es ningún espectáculo. Empecé a verlos desde muy joven, en mi pueblo, tanto los que iban cargados como aquellos que regresaban vacíos para cargar de nuevo. Lo que en cambio me resulta curioso ahora es que hasta la fecha sigan pasando todos los días, después de tantos años. Si no fuera porque ya hay estudios que demuestran lo contrario, yo seguiría pensando que los árboles de nuestros bosques no terminarían.

En esta barrera, se repite la operación de bajar, cruzar desfilando ante el puesto militar, donde se enseña el documento de identidad personal, e ir a subir de nuevo al coche. El conductor, una vez más, está exento de esto. Él cruza con el coche vacío

a esperar a los pasajeros al otro lado de la barrera después de haber informado a los militares del trágico accidente que hemos encontrado en el camino. En esta barrera no se le ha dicho a nuestro pasajero que su resguardo no vale, a pesar de que es el mismo resguardo que ha presentado en la barrera de Bata. Simplemente se lo ha enseñado al militar y éste le ha dejado pasar sin hacerle ni una sola pregunta. Es que a veces uno llega a pensar que los criterios de controlar a los pasajeros no son unánimes en todos los controles. Parecen estar más bien al gusto del agente o de los agentes de turno.

Ya estamos todos de nuevo en el coche. Pero me ha hecho especial gracia el intercambio de palabras que ha habido entre uno de los militares del puesto y la chica que me ha precedido en la presentación de la documentación, que no ha sido otra que la que se sienta a mi lado en el minibús. El militar le ha exigido que aparte de su documento de identidad, que le presente el resguardo de su inscripción en el censo de población recién realizado de cara a las elecciones municipales y legislativas anunciadas. Ella, con la sorna que ya creo la caracteriza, le ha contestado que de momento no es nadie para censarse, sino una simple mujer que, no obstante, se censará en el futuro, y ha añadido que le presentará al militar el resguardo que le exige cuando los hombres empiecen a considerar a la mujer como un sujeto con derechos propios. El militar ha debido captar a tiempo la dirección de ese ataque velado y se ha excusado diciendo que la exigencia del comprobante del censo era una broma: “¡Pasa, pasa! La mujer nunca sabe lo que es”, y algunos han sonreído, como si esto hubiera sido un chiste. Y a esta indirecta del militar no ha contestado mi vecina de asiento, o porque no ha cogido el sentido de las palabras del hombre ataviado en caqui o simplemente ha optado por el silencio, que también es a veces una manera elocuente y ofensiva de hablar.

Atravesamos la ciudad de Niefang y tomamos la carretera de Evinayong. Apenas nos hemos alejado del puente Triana que se extiende reconstruida sobre el río Wele, nos topamos con otro control militar. El conductor nos avisa de que no hace falta que baje nadie, pues aquí –nos informa– el control no es tan rígido como en otros sitios. En efecto, un militar armado se acerca al vehículo y llega a la ventanilla de nuestro chófer; intercambian algunas palabras, echa una mirada torva al interior chocando sus enrojecidos ojos con los ojos de algunos pasajeros. Está rumiando algo. ¿Un chicle, cola, bitacola, u otra cosa? Tras intercambiar de nuevo algunas palabras con el conductor, el militar hace un gesto a su compañero de servicio y éste abre la barrera –un tronco alargado de caña-veral colocado encima de dos toneles vacíos puestos a uno y otro lado de la calzada–. Seguimos nuestra ruta. Desde mi asiento, por el viento que entra por la ventanilla y me golpea el rostro, tengo la sensación

de que el conductor está pisando el acelerador más que antes. Estará pensando que se acabó el paso de tortuga y conviene recuperar el tiempo perdido, sobre todo el tiempo que hemos pasado en el lugar del accidente. Yo no tengo ninguna objeción en que avancemos un poquito más rápido. No sé porqué pero confío en ese conductor. Me inspira seguridad. No le veo como a uno que puede ir a una velocidad que comprometa nuestra seguridad y le haga perder el control del coche. Estamos subiendo una cuesta que se anuncia larga y hay un cartel que indica que se trata del monte *Chocolate*. Cada vez que paso por aquí y veo ese cartel me pregunto de dónde diablos sacaron el nombre de *Chocolate* quienes escribieron esto. Estudié en su tiempo la orografía de mi país, especialmente la de la Región Continental, y nunca me enseñaron que hubiera un monte llamado *Chocolate*. Pero aquí lo ponen. Creo que tradujeron equivocadamente *Bibôbindúa* por *Chocolate*. Tenían que haber puesto simplemente “Monte Bibôbindúa”, porque este monte se llama así. Pero decir *Monte Chocolate* cuando chocolate no es *Bibôbindúa*, me parece una adulteración tremenda. Pero tampoco pasa nada. Muchas cosas están como están y no vale la pena calentarse la cabeza intentando corregirlas, porque en vez de recibir agradecimientos por tu sana intención de enmendar lo que evidentemente está mal –con el ánimo de aplicar el ideal de “hacer el bien y evitar el mal”– te puedes ver envuelto, sin haberlo pretendido, en una situación embarazosa. En un punto de la cuesta ha cerrado ya todo un carril un montículo de tierra, de la que se desprende de la ladera que se hizo al rehabilitar la carretera. Con el tiempo, si no se toma medidas urgentes para evitar que continúe la erosión, al parecer, habrá más derrumbamientos y entonces se cerrará por completo la carretera. Algunos piensan que los ingenieros de puentes y caminos no trabajan con el mismo rigor en todos los tramos. En algunos, lo hacen como se debe, pero en otros, hasta el más lego nota dejadez en la obra realizada. Y es esa dejadez la que se diría hubo en este punto: excavaron la ladera de un monte para encontrar tierra firme y disminuir la pendiente, pero en vez de cubrir la pared resultante de la excavación con malla, adoquines u hormigón, como hicieron en otras partes, lo dejaron así suelta. Y resulta ahora que con los chaparrones de la zona, la tierra se va desprendiendo poco a poco y obstruye cunetas, corta carriles y terminará bloqueando por completo el paso de los vehículos.

– ¿Ya no quitan toda esta tierra que se amontona en la calzada? –se pregunta la que se sienta a mi lado. Quiere que yo hable, pero, como en las veces anteriores, me niego a corresponder a sus insinuaciones.

Yo, contra determinadas formas de pensar, suelo aconsejar no mirar solo el lado negativo de las cosas. Si se hace esto, se corre el riesgo de no apreciar la bondad

o las buenas intenciones que hay en ellas. Que haya erosión en algún punto de la carretera, no es motivo para malinterpretar las coas. Más bien se debe entender que la erosión es un fenómeno natural y los propósitos con los que se hizo la carretera servirán también para repararla. Toda obra humana tiene defectos y todo defecto puede subsanarse de alguna forma u otra.

Desde aquí iremos viendo a lo largo de la carretera, hasta muchos quilómetros más adelante, paneles indicadores del parque natural, una gran reserva de bosque en la que está prohibido cazar, ni con escopetas, ni con ballestas ni siquiera con trampas tradicionales. Se dice que es para proteger a las especies en vía de extinción, sí, como si las especies en vía de extinción fueran solo animales. Cuando abaten árboles fornidos y destruyen la flora y los hábitats de numerosas especies, esto no es hacer extinguir ninguna especie. Cuando se trata de animales, no hay que matarlos porque están en vía de extinción, pero cuando se trata de árboles, ¡a cortarlos y a destruirlos como sea! ¿Puede haber fauna sin flora?

Hemos pasado ya los dos últimos pueblos de Niefang, pueblos que a pesar de ser famosos por sus camorristas, hospedaban en otros tiempos a la gente que iba a comprar oro. Sí, a comprar oro. En aquellos tiempos los oriundos de la zona se dedicaban a buscar el preciado metal donde sabían que podían encontrarlo y se lo vendían en frascos de diferentes tamaños a sus clientes venidos de otros lugares. No creo que el negocio fuera muy legal pero seguramente dio de comer a más de un lugareño y, al tratarse del oro, debió enriquecer a muchos de los compradores. Otro letrero al borde de la carretera nos indica que estamos empezando a subir el Monte Alén. Si se tradujera el nombre, sería *Monte Palmera*. Pero aquí operó la sensatez y el sentido común y a nadie se le ocurrió llevar al español este sustantivo tan propio, que no tenía ni tiene porqué desaparecer de la terminología orográfica nacional. Las traducciones tienen sus límites y a la hora de hacerlas se debe tener mucho cuidado, porque hay casos en los que siquiera se debe traducir nada. No sé cómo hay que decirlo más para que se deje nuestros nombres propios en paz, sin adulterarlos con traducciones descabelladas, sobre todo nuestros nombres propios de personas y lugares, que son una importante fuente de nuestra enajenable identidad cultural.

A medida que nos vamos aproximando a la cima de la cuesta, un aire más fresco viene del exterior y penetra en la estancia a través de las ventanillas; nos refresca el cuerpo. Creo que cuanto más alto se está de la superficie de la tierra, más baja se presenta la temperatura. En el lado izquierdo se ve un gran barranco que se extiende a lo largo de la cuesta, y un poco más allá, una enorme montaña de

piedra. Es que en algunos lugares la Naturaleza exhibe fenómenos que se escapan del entendimiento humano. Sin ir más lejos, sin hablar de las cosas que enseñan en la tele y en las revistas especializadas sobre diversos aspectos del Universo; centrándome precisamente aquí, en este Monte Alén, siempre que he pasado por este lugar me he preguntado de dónde habrá venido un bloque de piedra tan enorme. ¿De debajo de la tierra, por intrusión magmática? ¿Se cayó del espacio un trocito desprendido de un asteroide y se quedó incrustado en la tierra de esta manera? ¿O es que esta enorme piedra *nació* aquí y ha estado aquí desde siempre? De todos modos, sea como fuera, esto es asunto de los geólogos. Yo solo me limito a intuir que esta zona debe de ser muy rica en minerales diversas y piedras preciosas, pues he oído decir que debajo o alrededor de piedras tan grandes se esconden metales nobles y preciosos.

Antes de Bikurga, que ya es un municipio de Evinayong, estamos pasando por el pueblo que tiene fama de producir las mejores piñas de la región. Mejores por su sabor. Además cuando llega la temporada, se recolectan en abundancia. Varias mesas se extienden al borde de la carretera y sobre ellas, piñas de diferentes tamaños, todas maduras y dulces. No paramos porque nadie ha pedido una parada. Pero sí, antes de llegar al pueblo siguientes, “¡pwum, pwum, pwum!”, alguien golpea una y otra vez la pared interna del vehículo para pedir que pare éste. Pero como vale por dos el hombre prevenido, y a veces por tres como en este caso, no solo baja quien ha solicitado la parada, sino otros dos pasajeros. Una mujer se pierde entre la vegetación con su bolso colgando del hombro mientras dos hombres, que también se han apeado, se apartan a unos metros del coche para vaciar sus depósitos de desechos líquidos. Al cabo de un rato, vuelven a sus asientos. Los hombres no tardan nada en cambiar el agua al canario; las mujeres, sí. De hecho la que se ha metido entre la vegetación aún no ha regresado. La espera se hace larga y por ser ya adultos deducimos que no estará por una simple necesidad menor. Y seguimos esperándola, sin comentarios.

– Me saca de quicio la parsimonia de las mujeres; les gusta hacer perder el tiempo a la gente –acusa uno de los que se sientan delante de mí.

–Y a los hombres les gusta atribuir a las mujeres defectos que no son exclusivamente suyos –replica la que se sienta a mi lado. Yo ya me imaginaba que no podía dejar pasar un reproche tan directo contra el género que representa. Y el debate está servido.

Me repongo en mi asiento, carraspeo para hacer ver que yo también estoy aquí; me

predispongo a escuchar opiniones y argumentos de las partes.

– No me refería a usted, señora –se excusa el hombre que dio la premisa–; estaba hablando en términos generales.

–Lo mismo hago yo, señor, hablar en términos generales.

Entre los dimes y diretes regresa, por fin, la pasajera que se fue al servicio entre los árboles. Se la nota más relajada que antes; pero no pide disculpas. Quizá no se da cuenta de que la hemos esperado más de lo debido. Estará pensando únicamente en ella misma y en sus cosas. “Disculpen, señores, por la espera”, o “Perdonen, señores, por haberme esperado tanto”, o bien “Gracias, señores, por la espera”. Pero nada de esto. Algunos creen que no deben pedir perdón o disculpas por sus hechos y esto es una actitud altanera, aunque también entiendo que no se puede pedir mangos al platanar, pues no te los daría. La humildad, la consideración a los demás y el reconocimiento de los errores propios se aprenden o en la escuela o en casa. Quien no ha ido a la escuela, o sí ha ido pero no ha tenido buenos maestros, o no ha querido aprender nada, es igual que aquel que ha crecido en un entorno de ingratitud, fanatismo y fanfarronadas. Cuando en clase enseñé a mis muchachos los buenos modales, los demás me critican y me dicen que tengo una pedagogía rancia, chapada a la antigua, pero me da igual, porque sé que “Por favor”, “Perdón” y “Gracias”, son palabras del éxito que no deben desaparecer de la boca de todo aquel que desea triunfar en la vida. A veces cuestan pronunciarlas, pero vale la pena que se digan. Tienen una magia con buenos efectos.

Llegamos a otra barrera. Esta es la de Ebolowa, la última antes de llegar al destino. En la lengua fang-bulu del vecino Camerún, *Ebolowa* es algo así como *Gorila podrido* (o mojado). La historia de la implantación de los diferentes pueblos, que aún hace falta aquí, dirá –cuando se escriba, si se escribe– porqué a este lugar se le dio este nombre. Hay una intersección de vías. Por una de ellas se viene de Bata, por otra se va a Evinayong pasando todo recto, y por la tercera se puede llegar hasta Kogo, localidad de la Provincial del Litoral, ubicada en el estuario del Muni. Es la carretera llamada “CK”, esto es, “Carretera de Kogo”. Pero antes de llegar a Kogo, se pasa por varios pueblos, entre ellos Eñeng, Abog-Nsú, Atom, Nfém, Tagueté y otros. Pero nosotros vamos a pasar todo recto para ir a Evinayong. En la barrera, sin bajar nadie del coche, se acerca un militar uniformado, cañas relucientes, boina en la cabeza y fusil en mano. Habla con el conductor de nuestro minibús durante un rato. Parece que se conocen. Luego el hombre armado rodea el coche mirando al interior con ojos inquisitivos a través de las ventanillas. Se detiene en una de ellas

y le ordena a uno de los pasajeros que le diga su nombre y apellidos. Quizá su cara le parece extranjera. Éste se los dice. Le pregunta cuál es su pueblo y su tribu; el pasajero se lo dice también. Terminado el chequeo, y seguro de que todo está bien, se dirige a la barrera para apartar de la vía el tronco de cañaveral que la cerraba. Con un gesto de la mano nos dice que pasemos. Apenas un kilómetro de la barrera, estamos pasando por Mbee, un poblado del que dicen era oriundo un catequista con dotes de profeta, que llegó a presidir el gobierno de la Autonomía y se presentó como candidato para ser presidente de la primera República, pero por los designios del sino tuvo un fracaso en las elecciones y fue eliminado. Para quienes le oyeron hablar en los mítines y en conversaciones privadas, muchos de sus vaticinios se están cumpliendo actualmente.

Me invade una sensación mixta de nervios e impaciencia al pensar que estoy a punto de llegar y bajar del coche. Esto casi siempre me pasa cuando estoy viajando y noto que estoy llegando al destino. Pienso en el objeto de mi viaje. No sé si voy a encontrar a la persona que he venido a ver. Tampoco sé si va a ser receptiva conmigo, si me va a ayudar en la petición que le voy a presentar o me dará solo excusas y promesas, agarrándose a esto de que ahora casi todas las empresas están paralizadas por la crisis y de momento no tiene dónde colocar a mi hijo. Pero me imagino lo que es un delegado de gobierno en su distrito, sobre todo en el interior. Hay crisis, sí; las empresas están paralizadas, también; pero a pesar de esto si decide meter a mi hijo en algún sitio, seguro que lo consigue. A pesar de todo, todas las empresas no se han ido como suena. Queda alguna que otra por ahí dentro del distrito. Aunque no vivo aquí en Evinayong, pero lo sé a través de las noticias y de las conversaciones que mantengo con amigos y conocidos. De todos modos, si no me ayuda, ¿qué más podré hacer? Tantos niños en casa, tantas bocas que dar de comer con solo mi salario de profesor, es demasiado para que no se me eche un cable. Al menos que haga algo el mayorcito y se independice. Con lo que gane él me podrá ayudar a aligerar la carga. Desde mi asiento diviso ya el poste más alto de la ciudad de Evinayong. Es un poste que pusieron en el patio del Colegio La Libertad no se sabe si para la cobertura telefónica o por otra cosa. Destaca por su altura y porque, por la noche, hay una lucecita roja que parpadea intermitentemente en lo alto del mismo. He oído comentarios de que ese pirulí emite radiaciones muy nocivas para la salud de las personas y yo supongo que son simples comentarios, porque de ser cierto lo que dicen, creo que no lo hubieran plantado donde está, justo en el patio de un colegio.

–Ya hemos llegado –comenta uno de los que se sientan delante de mí–. Por más largo que sea un viaje siempre se llega al final.

- Salvo por mala suerte, como lo que hemos visto en el camino. En un caso como ese no se llega al destino –matiza su compañero de al lado.
- Dios es quien determina el destino de cada uno –se justifica el primero.
- Así es. El hombre propone y Dios dispone –comparte el otro.

En lo alto de una pared de tierra que hay en el lado derecho, según nuestra posición, un letrero nos indica que estamos entrando en la ciudad: *Bienvenidos a Evinayong*. Es un letrero con letras de color blanco, grandes y mayúsculas. Comentan que lo hicieron algunos jóvenes de buena voluntad para emular lo que hay en la entrada de otras cabeceras provinciales –como Ebibeyín y Mongomo–. Acertaron en la inscripción en sí pero fallaron en el material utilizado y en el lugar donde la pusieron: pegaron las letras a la tierra. Y con el tiempo y las lluvias la tierra se erosiona y las letras se resquebrajan y están a punto de derrumbarse todas. Por mí solo, que se derrumben, con todo lo que dicen significa el nombre de Evinayong: “los que detestan a las demás tribus”, o “los que no quieren ver a los demás”, o “aquellos que odian a los demás, porque sí, y les hacen envidia”, en el sentido más peyorativo de la expresión. Y puede ser verdad, ya que en Evinayong, según se dice, la vanagloria, el odio y la envidia entre los mismos pobladores son la característica de la convivencia. Y por eso, para evitar la entrada en esa vorágine, muchos han optado por abandonar la ciudad y sus pueblos para afincarse en Bata y Malabo, que son las grandes concentraciones en las que no hay demasiado apego a los vicios del pueblo. En clave crítica contra esos defectos, alguien acaba de hacer pública, a través de lo que llaman ahora redes sociales, una carta anónima dirigida a los naturales de Evinayong. En la misiva, el autor les invita a la reflexión, apela a su conciencia y les hace ver el paripé que hacen en el escenario nacional pavoneándose de inteligentes e intelectuales cuando, en el fondo, ahora más que nunca, no son sino eruditos a la violeta, que hacen el gracioso papel de bufones en todos los escenarios. Puede que el objetivo de quien escribió la carta fuera otro, pero yo, al terminar de lérmela –porque alguien me la enseñó–, pensé que el propósito de quien la redactó fue el de despertar a los adormilados de la localidad, hacer que se desperecen y se impliquen en proyectos colectivos más útiles, porque en el caminar de los pueblos hacia adelante, no valen ni el egoísmo ni los chivatazos, sino la solidaridad y el compromiso. Pero, a pesar de todo, hay quienes defienden que Evinayong no tiene el significado peyorativo que se le ha dado al explicar su significado. Todo parte de la mala escritura y, por consiguiente, la mala pronunciación de este sustantivo compuesto. Se debe escribir *Évin* (serpiente negra), y no *Evin* (envidia, odio), y *ayong* (tribu). *Évin-ayong*, traduciendo sería “serpiente negra de la tribu”; mientras

que Evín-ayong tendría efectivamente un sentido negativo (la tribu de la envidia o del odio). Dice la fábula que durante las migraciones, la serpiente negra llamada *Évin* es la que ayudaba a los fundadores de este pueblo en las diferentes contiendas que venían librando con los demás pueblos enemigos. Lo sabían solamente los guerreros y no las mujeres y los niños. Cuando la lucha estaba en su punto álgido, o estaban a punto de capitular los fundadores de este pueblo para caer presos en manos enemigas, aparecía la serpiente negra, iba mordiendo solo a los del bando contrario y luego desaparecía. Al llegar a este lugar, pasaron la noche y por la mañana las mujeres y los niños, que no la habían visto antes, se toparon con ella y fueron corriendo atemorizados adonde estaban los hombres. Éstos les dijeron que no se preocuparan porque la serpiente que habían visto era inofensiva para ellos, era la serpiente negra de la tribu (*Évin-ayong*). El sitio les gustó tanto, que no volvieron a salir de él, porque la madre Naturaleza nunca les había dado tanto en abundancia en ningún otro sitio: caza, pesca, frutas, agua, buen clima. Y en honor a la serpiente que tanto les había ayudado durante su trayectoria nómada, dieron al lugar el nombre de esa serpiente negra, a la que adoptaron para vivir con ellos en sus chozas en calidad de mascota protectora y así quedó. Lo demás, son cosas de quienes desconocen la historia, una historia que se dice tan real como el mismo pueblo. Con el tiempo las chozas fueron multiplicándose en número y de la pequeña aldea inicial se llegó a un gran pueblo y se sumaron otras tribus a la de la serpiente negra. A esto lo llamaron pueblos concentrados, en los que la serpiente negra ya no podía seguir viviendo, porque su aspecto físico no era muy agradable a ojos de todos. Se retiró al bosque, por modestia, y los suyos se olvidaron de ella. Pero después de tanto tiempo arrastrándose por los bosques cercanos, visitando de vez en cuando algunas casas en secreto, la serpiente negra dice que ya está harta de estar oculta, que ya debe salir a la luz para que todo el mundo sepa qué es y qué representa para este gran pueblo. Pero lo que más le chincha a esa serpiente negra es que los de *Évin-ayong* han puesto en el escudo del distrito algo que no se sabe muy bien qué es, ¿un dibujo?, ¿una foto?, ¿una cabeza de cebú?, ¿o una máscara de Belcebú –a juzgar por los cuernos–? Esto no le gusta. Ella usó sus colmillos e inyectó su potente ponzoña contra los enemigos para ver construido y engrandecido este pueblo, del que ella es fundadora. Entonces ella misma es la que debe estar reconocida dentro del escudo y no esa cosa con cuernos, ahora que el pueblo que lleva su nombre –aunque mal escrito y mal pronunciado– ha crecido y en él viven ya otras muchas tribus. También pide que sea venerada, que se establezca un día de la semana y un mes al año para ello; un día en que nadie vaya a trabajar sino que todos le dediquen oraciones y le den ofrendas en un ambiente de fiesta.

Y la serpiente negra ha llevado sus reivindicaciones ante los dioses y éstos han visto el caso y se han pronunciado: aunque no hubo un pacto previo por el que la tribu se comprometía a reconocer pública y oficialmente a la serpiente negra por su ayuda, no por eso se debe dejar de hacer justicia. Y han sentenciado: los mayores y ancianos de Évin-ayong tienen que satisfacer a la serpiente negra, insertándola en el escudo distrital y venerándola en un acto público cada cierto tiempo, por lo que ella hizo por ellos en el pasado. Y esto debe hacerse en un acto público. La forma de hacerlo se determinará oportunamente por los espíritus, a petición de los demandados. Hecho esto, se habrá reparado el agravio y se habrá presentado las disculpas a la serpiente negra de la leyenda por la desconsideración que se le mostró. Y solo a partir de entonces los dioses estarían atendiendo favorablemente las plegarias de los oriundos de Évin-ayong, y por consiguiente, la localidad dejaría de estar en punto muerto, donde dicen que está ahora; sus tierras volverían a ser fértiles como en otros tiempos; sus mujeres darían cada vez más frutos y los pasos que dé el pueblo para avanzar dejarían de patinar; las luces que se enciendan para ver el camino serían muy brillantes y las aspiraciones de la colectividad para ser próspera ni volverían a estancarse ni seguiría esfumándose ante sus propios ojos todo lo que considere como un logro. Pero si no hicieran caso a este dictamen del más allá, deberían estar preparados para asumir las consecuencias, y luego no digan que no fueron avisados.

Y precisamente con relación a este tema del significado del nombre de la localidad, cuentan que a un gobernador de turno en Évin-ayong convocó un día a los habitantes para comunicarles públicamente que se le había ocurrido cambiar dentro de poco el nombre de este distrito por otro mejor, pero sin revelarle a nadie el motivo de tan insólito propósito. Quizá pretendía decepcionar aún más a la serpiente negra, o, lo que hubiera sido peor, irritarla. Pero el sino, que dispone lo que va a pasar y lo que no, en lo que concierne a determinadas pretensiones humanas —que son a veces rastreras—, ordenó que al excelentísimo se le cambiara de destino y le mandaran a otra parte muy antes de que se saliera con la suya. El pueblo, que ya estaba inquieto, se quedó tranquilo, en sus dominios, sin ver cambiado su sagrado nombre.

Pero a pesar de todo, y quizá por lo de que la procesión va por dentro, Évin-ayong se comporta como un pueblo tranquilo, despreocupado, a pesar de las revelaciones de los mensajeros del más allá en el sentido de que, en el fondo, se trata de una zona de progreso condicionado. Lo dicen y lo saben las personas con edad madura, aquellas que aún no se han entregado a los vicios del tiempo, como el alcohol y la indiscreción. Saben, y hablan de ello de vez en cuando, que el distrito no podrá ir

más lejos sin haber hecho sacrificios previos, sin haber atendido las exigencias de la serpiente negra. Ni las acciones de los mismos naturales ni los esfuerzos del gobierno con sus programas de desarrollo de todas las localidades podrán hacer milagros para dar esplendor al referido enclave, cuyos autóctonos –se aconseja– deben recordar el pasado, pero no para vivirlo con nostalgia y resentimiento, ni mucho menos con miedo, sino para evaluar los pasos dados hasta ahora, comprometerse de verdad con el presente y luchar decididamente para que en el futuro sean laureados por sus esfuerzos y aciertos y no considerados como simples esqueletos de una especie de lince extinguida o en vía de extinción. Anuncian los mensajeros de otras dimensiones que los de Évin-ayong, en tanto que colectivo, para progresar como las circunstancias lo exigen, tienen que trabajar con resiliencia, corresponder a las reivindicaciones de su serpiente negra, ser más dinámicos y menos conformistas, teniendo en cuenta que quien no siembra, no recolecta, y que quien siembra cizaña no puede recolectar yuca. Con esta moral tienen que arrancar para avanzar. De lo contrario, se dice, para ellos, ni el pan ni la sal, ni ahora ni nunca.

He experimentado una amalgama de pensamientos cuando he visto el letrero de *Bienvenidos a Evinayong* a punto de irse abajo, y mientras estábamos entrando en la ciudad sin que esto se notara. Se me entra una sensación de angustia mezclada con enojo e impotencia pero sin saber por qué, o quizá sí: por los estragos que tengo a la vista. En un tiempo, se mandó destruir las chabolas que estaban al borde de la carretera principal. En Évin-ayong fueron destruidas tantas, que la ciudad se quedó como si por ella hubiera pasado uno de los huracanes que se consideran como los más fuertes. Aquello fue como si algunos miembros de la comisión de destrucción tuvieran ganas de venganza contra sus paisanos, aunque es verdad también que obedecieran órdenes. Se veía con impotencia y lágrimas cómo en fracciones de minutos el tractor convertía las casas en escombros, después de sacar afuera a sus ocupantes. Y se les transmitió que después de esa destrucción había que empezar desde cero pero no chabolas con madera, ni chiringuitos sin ningún plano, ni barracas sin estilo, sino casas de cemento y edificios consistentes y decentes. Han pasado ya años y algunas casas de cemento están emergiendo tímidamente donde estaban las de madera. Pero no todos los que perdieron sus construcciones de madera pueden levantar las de cemento. La mayoría alega no tener trabajo y, por tanto, no disponer de ingresos regulares y suficientes para acometer obras de esta envergadura. Y se suben a la parra cuando se les compara con los avezados y afortunados de otras partes, y justifican su inactividad y escasez de medios con el argumento de que ni están en la misma situación que aquéllos ni tienen las mismas

oportunidades que ellos.

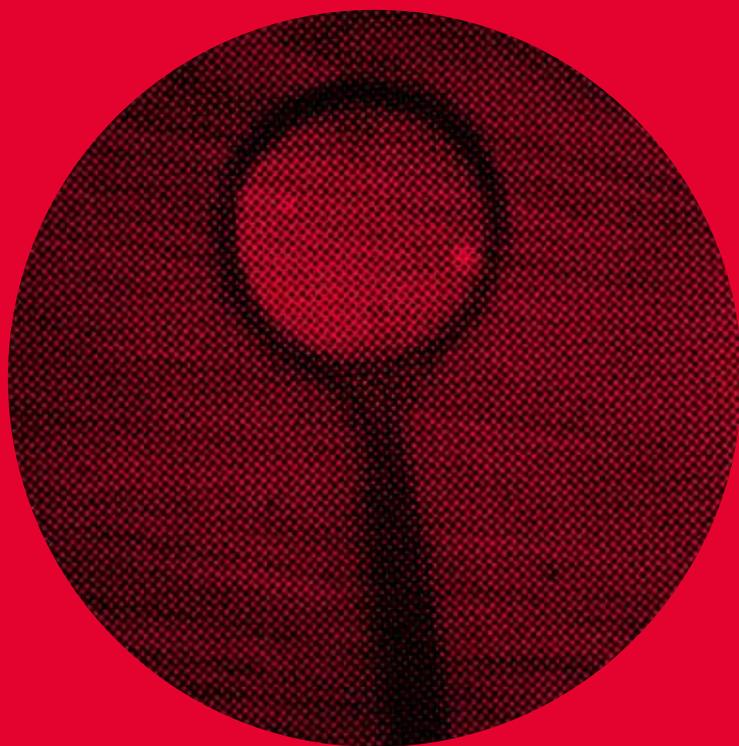
Subiendo por la avenida que conduce al centro de la ciudad, llegamos a la estación. Es la estación *Ondo Menga*. Aquí termina el trayecto. *Ondo Menga* es el nombre con el que los lugareños bautizaron a un comerciante catalán que tenía una factoría aquí, donde se ubica ahora la estación de taxis y coches de línea. Pero no solo los autóctonos la apodaron *Ondo Menga* al blanco Ramón Tomás, sino muchos años después, rebautizarían también con la gracia de *Ndong Binamnam* a Ricardo Gómez, otro blanco español, mecánico por más señas, que reparaba con eficacia coches y máquinas de todo tipo, aunque algunos lo mirasen con ojos de rivales porque era un pindongo sin igual. Andando el tiempo, dicen que al médico español Ignacio Sánchez le endilgarían igualmente un cariñoso mote, el de *Alú Ndong*, porque hacía consultas y trabajos de enfermería a la vez, incluso por las noches, con lámparas de bosque, ya que en la época no había luz eléctrica todavía ni en la ciudad ni en ninguno de los pueblos. Ramón Tomás se fue, como se fueron otros muchos blancos españoles después de la independencia del país, pero se quedó el apodo que le dieron, aunque ya no para designar a la persona, sino a la zona donde aquella tenía una factoría. Cada uno baja y se va a lo suyo. El bebé de la mujer de la cabina se ha despertado y está llorando de nuevo. No sé si su mamá va a conseguirle leche para darle con amor una buena ración de biberón ahora que hemos llegado a Évin-ayong. Parece que ya no es verdad el dicho de que niño que llora, niño que mama. Ahora, por la escasez o por otra cosa, algunas madres se han vuelto tan insensibles al llanto de sus criaturas, que éstas se ahogan en sus propias lágrimas sin que sean atendidas.

Antes de pirarse ella, la que estaba sentada a mi lado, me acosa con preguntas. Desea saber si voy a regresar hoy a Bata, si voy a tener tiempo para ir a ver su casa, si podemos vernos luego, si mi casa está en la ciudad o en un pueblo cercano, y otras tantas. No sé realmente lo que quiere de mí. O sí lo sé, o diría más bien que me lo imagino. Pero me huele a lo que no quiero prestarme, a lo que renuncio desde hace mucho tiempo: relaciones pasajeras, que no son más que una pérdida inútil de energía y una exposición segura a varios riesgos.

Saca de su bolso negro un bolígrafo de esos que se venden en cualquier tienda china, escribe algo en un trozo de papel y me lo entrega de una forma especial: hace como si me saludara para despedirse, pero de paso me introduce en la mano el trocito de papel mientras con discreción me pincha la palma con la uña de su índice pintada de rojo. Sé lo que significa este gesto cuando un hombre se lo hace a una mujer, pero cuando es al revés, es decir, cuando una mujer se lo hace a un

hombre, no sé muy bien qué significa. ¿O el significado es el mismo? Tengo mis dudas. “Llámame cuando puedas”, me susurra con un timbre sensual, me sonrío mirándome fijamente a los ojos y se va, meneando el trasero como si quisiera dejar aturdir el sentido de reserva de algún observador. Cuando yo era más joven no dejaba pasar este tipo de provocaciones sin respuesta, vinieran de la mujer que viniesen. La edad es un problema, y también la responsabilidad que uno lleva a cuestas. Estoy en un estadio en el que debo reflexionar sobre cada uno de mis actos antes de emprenderlo. Tengo mujer e hijos. Venir a echar una canita aquí al aire con una desconocida, sin mirar las posibles consecuencias, no forma parte de mis prioridades actuales. Pero aun así, “el corazón no es hígado”, como bien se dice. Si ella se empeña en provocarme, igual yo reconsidero mi postura y le conteste como corresponda, aunque esta mi columna vertebral ya no me permite librar *combates* como antes, con la fuerza y la entrega que requiere el primer encuentro. A veces me trae unos dolores tan repentinos como agudos, sin que yo sepa cuál es la causa. Y cuando esto sucede no puedo hacer prácticamente nada. Mi mujer ya lo sabe y lo ha asumido, pero si esto me ataca en plena aventura con una chica nueva de esta edad, cargada de tanta avidez como la que se supone tiene esta por su forma de moverse, y la capacidad de aguante que me imagino tiene, no creo que sea una buena experiencia ni para ella ni para mí, y no creo tampoco que ella me lo perdone. Pero, con todo, ya lo veremos. Nadie sabe lo que puede hasta que lo haya intentado. Tampoco se ha dicho que si la iguana cae al agua, terminan sus motes.

Ahora me tengo que ir directamente a la oficina de mi ex condiscípulo, el delegado del gobierno. Si no lo encuentro –los hay que no van temprano a trabajar, mucho menos en la periferia–, me voy a su casa, que yo recuerdo muy bien dónde está. Hay que hacer primero aquello para lo que he venido y luego, si hay tiempo, lo demás. Con todo, la providencia determinará lo que convenga.



Narrativa

LA GRAN DESAPARICIÓN



María Jesús Asangono Evuna

Erase una vez una hermosa y curiosa ciudad llamada Malabo, situada en una isla ni más al norte ni más al sur, donde llovía medio año y hacía sol el otro medio. Curiosa ciudad del ecuador cuyos habitantes se la pasaban retozando y zanganeando de un lado para otro, como si fueran osos perezosos sin nada que hacer en particular. Se movían sí, pero sin prisas por llegar a un destino; a un ritmo lento como si sus intenciones al salir fueran retrasar al máximo su llegada. El sonido de sus pies: zas, zas, zas, producido al movimiento de las mujeres del lugar que acompañaba al tam, tam del ritmo de sus traseros africanos. Ellas siempre vestidas con trajes coloridos y pelucas vistosas. Eran hermosas mujeres que preferían dejar pasar horas muertas arreglándose el pelo postizo o el natural, antes que realizar cualquier otra tarea que no fuera verse aún más guapas. Estar bellas era el motor de sus vidas. Otro tanto pasaba con los hombres, que tenían como hobby tomar “el Tío de la Bota” o beber cerveza “San Miguel”. ¿Acaso había algo mejor que hacer, que ver pasar las horas del reloj? Las jornadas volviéndose eternas hasta ver caer la noche, siempre un amigo esperando a otro, formando grupos de compinches que vagaban de caseta en caseta y de bar en bar, hasta caer borrachos en una confraternidad alegre y despreocupada. Y qué decir que, mientras bebían y se relajaban, sus barrigas crecían y crecían alcanzando volúmenes insospechados, que simbolizaban un estatus de distinción entre la población masculina, cuanto más grandes eran las mismas, mayor era su fortuna. Así era de particular Malabo. Una ciudad era preciosa, bucólica, exuberante de un verde intenso que era el tono predominante de su paleta de colores. Se mirase por donde se mirase, solo se era saludado por el verdor de los bosques que a diferencia de otras muchas ciudades africanas eran de tonos parduscos y paisajes resecos. Malabo, sin riesgo a equivocaciones, se podía comparar al Jardín del Edén; y por ello sus gentes eran tan lentas en todo. No había necesidad de andar con prisas por el Edén; y eso, los malabeños lo sabían muy bien y se comportaban en consecuencia. Malabo era una ciudad rica donde el reloj siempre tenía una hora de retraso. Os preguntaréis cómo era posible sostener esa abundancia si la vida se desarrollaba de forma tan parsimoniosa. Su riqueza, evidentemente, era un don de Dios y todos así lo asumían. Y se manifestaba de muchas maneras: en forma de oro negro que hacía más fácil la vida de todos, y en los frutos que la misma tierra paría sin gran esfuerzo, un coco allí y otro coco allá. Los habitantes de esta ciudad presumían de ser felices, eran inocentes y confiados, viviendo de la generosidad de la madre tierra, y estos sentimientos eran compartidos por el resto del país. Los ecos de esta abundancia cruzaban fronteras. Y por cientos de miles llegaban gentes de otras nacionalidades hasta la ciudad capital para compartir lo que fuera posible de sus dones. Malabo era un lugar particular e idílico, una mezcla de rascacielos y selva ecuatorial, que parecía sacado de un cuento de Han Christian Andersen. Pero

todo hay que decirlo, la vida en esta ciudad no era un cuento, y muchísimo menos la historia que a continuación os voy a relatar.

Lo que estoy a punto de desgranar, queridos lectores, ocurrió un día cuya fecha no me viene a la memoria. Era el inicio de la época seca, el periodo en que las nubes no dejan rastro alguno de lluvia. A pesar de no ser capaz de marcar el evento en el calendario, recuerdo nítidamente todos los sucesos que llevaron al límite de lo humano a todos los habitantes de Malabo.

Me desperté esa mañana, como siempre, en mi cama de plumas. Con gesto desorientado y ojos legañosos abrí los brazos para reunir fuerzas y desperezarme. Eran las cinco de la mañana y mi despertador me avisaba que era hora de ir al gym. Mi sueño de esa noche había sido extraño e inquietante, una pesadilla en la que sentía mi cuerpo vagar por el espacio, como en levitación y justo cuando un agujero negro estaba a punto de engullirme por entero me desperté aturdida. Mi gatita Contessa cruzó por encima de mi cara de un salto. Ella era un indicador mucho más persuasivo de que debía salir de la cama. Me puse rápidamente un chándal y por único desayuno me tomé una infusión de contrití (citronela). Al salir por la puerta de mi mansión, que estaba junto al mar, me di cuenta de que el guardián, un burkinés, que a duras penas articulaba palabras en español y que parecía nunca entenderme, no estaba ahí. Lo llamé por su nombre: ¡Benua! ¡Benua! No respondió, ni apareció y no estaba en su garito habitual. Lo maldije mentalmente haciendo cábalas sobre dónde podía haberse metido a esa hora de la mañana, ya que, como aún no había salido el Sol, lo normal es que estuviera allí. No tenía quien me abriese la verja, así que bajé del Range todoterreno para abrir el pesado portón. Acompañada de mis perros que exigían sin concesiones su saludo mañanero, proferí un insulto de viva voz. Salí de casa conduciendo el todoterreno, abrí la ventana para disfrutar de la brisa que a esa hora de la mañana era muy fresca. La ciudad aún estaba a oscuras, y la mayor parte de las almas dormían o se estaban levantando para dedicarse a sus quehaceres. Llegué al club deportivo y para mi sorpresa lo encontré cerrado. Por lo visto el chico nigeriano encargado de abrir el local no había venido a trabajar esta mañana. Me encontré con varios clientes, acomodados y pijos de la ciudad, a la puerta del gym, quejándose de que ese día parecía que sus serenos no estaban en sus puestos de trabajo. ¿Estarían los extranjeros en huelga?, pensé. Ninguno se había presentado a trabajar esa mañana.

– Esos “orejas de camellos” se habrán puesto en huelga –dijo uno alto y musculoso, leyendo mis pensamientos.

– Huelga ¡ja, ja, ja! ¡Qué dices!, los “monami” nunca faltarían al trabajo. Ya sabes que no son capaces de semejante iniciativa, si a duras penas piensan.

Todos se rieron despreocupadamente ante ese comentario malicioso, incluida yo.

– Ya sabes lo torpes que son todos ellos. “El monami”¹ encargado del gym ni se habrá dado cuenta de que ya pasó la hora de abrir el local.

– Presentaré una queja para que se le amoneste por esta falta de formalidad –dijo otro.

La conversación siguió brevemente. Sabíamos a ciencia cierta que nos hacían mucha falta para casi todo, pero éramos muy arrogantes para admitirlo y mucho menos hoy que estábamos todos contrariados por culpa de esos “moló me chit”². Después de un breve rato delante del club, nos volvimos a nuestras casas algo frustrados por no haber podido ejercitarnos. Pero bueno, esa situación no era el fin del mundo para nadie. Dejé el club deportivo y tardé solo unos minutos en llegar a mi casa; donde me encontré con el mismo panorama; solo que ahora tampoco estaba la empleada doméstica, una chica nigeriana de mediana edad. Me pregunté si esto sería un acuerdo secreto entre los dos empleados, que habrían urdido un plan para fastidiarme. Para confirmar que no solo eran conjeturas mías, llamé a María, la “chacha”, su línea comunicaba. Llamé nuevamente y sólo escuchaba la voz grabada de la empresa de telecomunicaciones diciéndome que el número no podía ser localizado. Aquella mañana, algo muy extraño pasaba, porque ningún extranjero estaba disponible. No conseguía comunicarme con ninguno de las dos personas que trabajaban en mi casa y no conocía a nadie que pudiera darme información de lo ocurrido con ellos.

Salí un momento en un vano intento por encontrar a Benua y María, y me dirigí al portón del vecino. Toqué el timbre, pero nadie me contestó. Al parecer el guardián estaba también ausente. Miré hacia una ventana y me encontré a mi vecino con la mirada muy seria y el rostro desencajado. Me dio un escalofrío por todo el cuerpo. ¿Habría tenido un mal sueño? Le hice señas con la mano y él ni me devolvió el saludo. Pensé que estaría disgustado por lo mismo que todos nosotros

¹Mi amigo

²Oreja de animal

esta mañana. Decidí volver a mi casa, aunque mi estado de angustia era aún mayor que al despertar. Esa situación estaba fuera de toda lógica.

Pasado un tiempo en el que desgraciadamente había tenido que prepararme el desayuno, llamé a Jesús, un amigo íntimo de hacía tiempo. Era la persona a la que siempre acudía para que me ayudara o me diese su punto de vista. Y para salir de dudas le pregunté si sus empleados habían acudido al trabajo. Le hice un recuento de lo acaecido en el gym y en mi casa. Incluso le relaté haber ido a hacer mis propias pesquisas a la casa del vecino; y que allí tampoco habían acudido los trabajadores. Esas desapariciones me resultaban sospechosas. Él era un empresario hotelero con varios establecimientos en la ciudad, y confiaba en su criterio. Desde luego estaba segura de que me daría una contestación que disiparía mis miedos. Tenía muchas personas a su cargo, y seguro que sabía mejor que nadie lo que estaba pasando. A través del móvil escuché una voz grave y tensa. Me dijo que quería verme con urgencia, en su casa, quería que tomáramos juntos un café ya que tenía que contarme algo en consonancia con lo que le había relatado. Esa llamada a Jesús en vez de aclarar mis dudas las incrementó y me asusté más aún. Recé que lo que me quisiera decir no fuera peor que quedarme sin empleada de hogar y guardián. Mientras conducía para ir a su encuentro, iba meditando sobre mi falta de interés y consideración por aquellos que trabajaban a mi cargo. Nunca me había preocupado por conocer los detalles de sus vidas. No sabía sobre sus familias o allegados. Yo era como los demás: ellos eran solo “monamis” que trabajaban para nosotros y punto. Mas ahora, viéndome obligada a prepararme el desayuno por primera vez en mucho tiempo, había notado la relevancia de María en mi vida. Y me cuestionaba: ¿se los habría tragado la tierra? De saber dónde vivían podría haber ido a buscarlos, pero no lo sabía y me pesaba. Nunca les di mayor importancia hasta hoy. Ese desinterés y falta de caridad por ellos, estaba resultando repentinamente ser una carga sobre mi conciencia y una desventaja aún mayor para localizarlos. Llegué a la casa de Jesús y él mismo me abrió la puerta. Asumí que su personal había desaparecido. Mientras me preparaba algo de beber me dijo:

– No te lo vas a creer, pero no hay ningún extranjero en la ciudad de Malabo, han desaparecido todos, tanto los de raza negra, amarilla, o blanca. En Malabo solo quedamos los ecuatoguineanos de nacimiento o de origen. Estoy en estado de shock porque incluso mi madre ha desaparecido. Al decir esto, se hizo un breve y tenso silencio. Recibir esa confesión me sentó como un choque en plena frente. Quedé anonadada y se me formó un nudo en la garganta. Como única respuesta, ya que me costaba asumir lo que estaba ocurriendo, le pregunté:

– ¿Tu madre ha desaparecido?

Y él me contestó:

– Parece algo imposible, pero sí. Nos hemos cansado de buscarla. No sabemos qué ha pasado con ella y nos tememos lo peor.

Seguí escuchando, en un incómodo silencio, el relato de Jesús.

– Pues he tenido que denunciar su desaparición en comisaría, donde me encontré una escena digna de Stephen King. La gente estaba apelonada y llorando, mientras buscaban a familiares o conocidos. Todas las personas desaparecidas tenían un rasgo en común: no eran de aquí. Es allí donde me di cuenta y saqué mis propias conclusiones: esas desapariciones eran un fenómeno generalizado.

Jesús se sentó en la silla, apoyó los codos sobre los muslos, mientras se sostenía la cabeza con las manos, y respiraba profusamente. En su expresión podía sentir preocupación y angustia. Le cogí de la mano y le miré a los ojos. No sabía qué decir y mis quebraderos de cabeza anteriores por tener que prepararme el desayuno, me parecieron vergonzosos en aquel momento. Enojarme por algo totalmente banal y superfluo... Le pregunté:

– ¿Qué harás?

– Ya llamé a conocidos en Madrid y no saben nada de ella –me respondió.

– Hemos pensado también que podría haber cogido un vuelo nocturno sin decirnos nada, pero no es algo propio de ella. Mi padre se ha vuelto loco buscándola. En el hotel faltan algunos empleados, pero por fortuna la mayor parte de nuestros contratados son guineanos, el negocio no se ha visto de momento muy afectado por las ausencias.

– ¿Has observado ciertos detalles por las calles? –Siguíó Jesús.

– ¿Te has dado cuenta que no hay ni un solo empleado en los puestos de neumáticos? Tampoco en las fruterías. Han desaparecido todos y nadie se lo explica. Es como si hubiesen sido abducidos y ni nos hubiéramos dado cuenta ¿Dónde pueden estar todos?

No me había dado cuenta y había pasado por alto cualquier circunstancia. Estaba absorta en mis infantiles pensamientos de esta mañana, por lo que no había mirado

más allá de mis narices para ver lo que realmente pasaba a mi alrededor. Desde luego él, que esperaba que me iluminase con alguna explicación convincente, no tenía ninguna. Le veía nadar en un mar de dudas y tribulaciones. Su expresión constreñida así me lo revelaba. Le acaricié el hombro para calmarlo.

– Quizás sea una conspiración –me aventuré, indecisa, a explicar el fenómeno del día de hoy. Él me miró a los ojos y noté cierta sorna.

¿Quién conspiraría para hacer algo así? –Alzó mucho la voz, fue casi un grito. Era evidente su nerviosismo, y con gran razón.

– Bueno, no te enojés; sé cómo te sientes –dije lo típico para tranquilizarle–. Estarás de acuerdo conmigo en que lo que está pasando no es algo muy normal–. Me levanté y le apoyé los dos brazos sobre los hombros. Mi intención era apaciguarlo y surtió algo de efecto.

– En eso estamos de acuerdo. Creo que vamos a tener que esperar a que las autoridades emitan un comunicado oficial sobre lo que está pasando.

La conversación era tensa y quise cambiar de tema. Mientras le hacía un pequeño masaje de hombros, le narré mi pesadilla de anoche. Al terminar mi relato, abrió los ojos de par en par. Perplejo. Levantó el rostro hacia mí, y con gesto grave, que denotaba cierta sorpresa, dijo:

– Linda, he tenido un sueño idéntico al tuyo. Mi cuerpo flotaba en el espacio, con otros cuerpos..., el agujero..., ¡su atracción era fuerte! ¡Como si un gran imán quisiera arrancarme la carne de los huesos! –Pausó un poco, como para tomar aliento y rememorar la desagradable sensación de la pesadilla. Luego siguió:

– Podía incluso sentir el dolor en mis huesos mientras la fuerza de succión me llevaba dentro del agujero; y, cuando todos estábamos a punto de desaparecer en él, me desperté súbitamente. Sinceramente no puedo decir lo que tanto me inquietaba de ese sueño.

Se levantó y caminó por la habitación en largas zancadas, pensando. Mis ojos seguían su deambular por la estancia. No sabía cómo actuar, me daba cuenta que tenía mucho rondando por la cabeza. Su angustia era palpable.

– Todo esto es muy raro Linda. Hemos tenido la misma pesadilla, y no nos explicamos esas desapariciones.

– ¿Insinúas que los sueños y las desapariciones pueden tener alguna relación? –
Formulé la pregunta queriendo adelantarme a sus pensamientos.

– Linda, cabecita hueca, los sueños, sueños son, no tienen nada que ver con hechos factibles –salió como siempre a relucir su mente analítica–. Lo evidente es que un gran número de gente se ha evaporado en el aire y es una realidad irrefutable. Que tú y yo hayamos tenido un sueño similar puede deberse a nuestra afinidad. Considero que es pura casualidad.

Mis intenciones eran buenas, pero evidentemente mi línea de razonamiento no casaba con la suya.

Debía marcharme y se lo dije. Mi empleada no había llegado y debía hacer la compra, aparte de un montón de otras cosas que normalmente no acostumbraba hacer. Nos despedimos con un beso y le prometí volver en cuanto acabara con las tareas.

Llegué al Mercado Central de la ciudad de Malabo y me encontré un desierto. Todas las mesas de madera estaban vacías y los puestos cerrados. Los perros deambulaban entre los recovecos de los tenderetes comiendo despojos. Las pequeñas tiendas de comestibles también estaban cerradas. El aspecto despoblado del mercado más tradicional de Malabo era simplemente triste y desolador. Parecía que se confirmaban las conjeturas de Jesús. Sentí cierta tristeza y perplejidad, nunca se me habría ocurrido que fueran tantos los extranjeros en la ciudad, y ahora sin ellos, lo difícil que me resultaría hacer una simple compra de aprovisionamiento. La mayor parte de los vendedores de comestibles no eran del país y, como se lo imaginan, el mercado era un fantasmal escenario de lúgubres puestos abandonados. Por las calles pasaban, como lo hacían habitualmente, los taxistas pitando a los transeúntes, mientras las señoras miraban inquisitivas y desanimadas con sus cestas y bolsas de la compra vacías. Se me hacía inconcebible esta situación, pero mis ojos me confirmaban una nueva realidad: el mercado estaba vacío. A pesar del contratiempo, estaba empeñada en hacer mis compras. La desaparición de tanta gente era una razón determinante para buscar comida y almacenarla, por si las moscas. Así que me fui a Martínez Hermanos, que era el único supermercado de gran superficie abierto. Los dueños eran ecuatoguineanos, y por suerte, estaban aún aquí para afrontar cualquier situación de crisis. Al llegar a las inmediaciones del súper, me encontré con una cola de más de cien metros de longitud. Mas

a pesar de mi aversión a las multitudes, me dirigí a la mareante fila que llegaba hasta las casetas de la feria de entretenimiento del Cocoteros. No era la única persona a la que se le había ocurrido la idea de buscar víveres ¿Que podía hacer?, sino permanecer entre esa miríada humana. Sudaba solo de estar allí de pie entre ellos. La ausencia de María me había llevado a la situación inédita de hacer cola para comprar provisiones. Me sentía incómoda entre tanta gente común, y deseé vehementemente su vuelta. Estar aquí esperando entre desconocidos era peor que no tener el desayuno. Suspiré con resignación mi bochorno, y me propuse emular al Santo Job. Allí estaba yo, entre mujeres cuya mirada perversa y siniestra no anunciaba nada bueno. Me dio un escalofrío e intenté ignorarlas, pero mi curiosidad fue mayor y no pude por menos que escuchar la conversación de la pareja femenina que estaba frente a mí, guardando cola.

- ¿Sista wetin de pas? Martínez de get plenty pipul today –dijo la primera señora.
- ¿Hermana a no de sabi wetin de pas? All extranjero den di disappear –contestó la otra.
- ¿Den disappear? ¡”Oooh” papa god! –Exclamó sorprendida y asustada la primera señora.
- Pipul den talk se na big brujería for di Bata Man –dijo la otra en tono asertivo
- Dan ting no to brujería, compin. Dem pamues dem no lokam for Guantánamo –continuó la primera señora.
- Mujer, no sé... Te digo... Dicen que los Bata Man no han llevado su topé a los espíritus de la Isla y por eso están enfadados y han hecho desaparecer a los extranjeros.
- Oh sista! Y por qué a los extranjeros y no a los mismos pamues.
- Hermana no sé, no sé. Na pipul dem Tok so.

La primera mujer continuó:

- Compin, hoy mientras dormía vi que me tragaba un agujero en mis sueños y que otros también eran tragados por esa gran boca oscura. Chaí que miedo. Desperté muy mal.
- This na devul di work. Devul dem chopman all dem pipul.

TRADUCCIÓN

- ¿Hermana que pasa? Hay mucha gente hoy en Martínez.
 - Hermana, no sé qué está pasando. Todos los extranjeros han desaparecido
 - ¿Desaparecieron? ¡Oh Dios mio!
 - La gente rumorea que es una gran brujería de los habitantes de Bata
 - Eso no es brujería amiga. Esos pamues los han encerrado a todos en Guantánamo (comisaría de policía).
 - Mujer, no sé... Te digo... Dicen que los habitantes de Bata, no han llevado su Topé (licor) a los espíritus de la isla y es por eso que están enfadados y han hecho desaparece a los extranjeros.
 - ¡Oh hermana! Y por qué a los extranjeros y no a los mismos pamues.
 - Hermana no sé, no sé. Es la gente que habla así.
 - Amiga, hoy, mientras dormía, vi en sueños que me tragaba un agujero y que otros también eran tragados por esa gran boca oscura. ¡"Chai" (exclamación) que miedo! Desperté muy mal
- Esto es obra del demonio. El demonio sí que se comió a la gente...

La conversaciónn continuó entre las dos señoras, hablando y diciendo toda una sarta de infundios e incoherencias. Evité cruzar sus miradas, por si acaso alguna se molestaba conmigo. ¿Y si fuera verdad que esto era un acto de brujería? ¿Cómo era posible que la misma pesadilla se repitiera en diferentes personas? Como buena africana, mi mente asumió rápidamente las explicaciones animistas y espiritistas. Mis sueños..., los de Jesús..., y todo eso..., era tan inverosímil. ¿Podrían ser esos sueños la respuesta al misterio? ¿O acaso la respuesta era nuestra falta de respeto a las deidades de la Isla? Estaba muy tentada a creer en la brujería. Jesús tenía la razón; era demasiado voluble y me lo creía todo. Y no me moví de mi lugar en la línea que se había formado para acceder al súper. Debía permanecer en la cola porque a la vista estaba que el futuro próximo era inseguro, y no aventuraba a pronosticar lo que ocurriría en los próximos días. Comprar esas provisiones era

esencial. Estaba claro que las iba a necesitar.

Después de esperar una hora fuera, pude acceder por fin al supermercado. Las estanterías estaban medio vacías. Los empleados trabajaban afanosamente intentando reponer la mercancía al alcance de los clientes. Todos teníamos la misma sensación de que la vida en la ciudad había cambiado abruptamente, sin un porqué evidente. Me fijé en que ya no había empleadas etíopes, ni indios, ni de otras nacionalidades. Qué rapidez, pensé ¿Cómo habían podido conseguir, en unas pocas horas, sustituir a los empleados no guineanos? “Los Martínez” eran eficaces cuando se lo proponían. Tampoco entre la clientela había foráneos. No quise entretener mi mente con peores suposiciones que las escuchadas anteriormente en la calle. Llené mi carrito de la compra con todo lo que pude cargar, aunque no me hiciera falta, y me dirigí a una de las cajas. Me atendió una típica paisana malhumorada que aquel día estaría aún de peor humor por tener que cubrir a alguna etíope que se habría desvanecido. Pagué la compra sin más dilación y volví a casa.

Desde el fatídico día X en que me desperté de una pesadilla para entrar en otra, todo cambió abruptamente. Era verdad lo que se murmuraba: que habían desaparecido todos los extranjeros de la ciudad de Malabo; que después de un tiempo la vida se había vuelto insoportable. Yo apenas salía de casa por miedo a encontrarme con el deprimente espectáculo en que se había convertido Malabo. Esa ciudad de encanto campestre había desaparecido, ese afán por la belleza personal de las malabeñas era agua pasada. Básicamente la mayor parte de las necesidades primarias de los malabeños quedaron desatendidas; y poco a poco se instaló el caos en la ciudad. Las desgracias se sumaron una tras otra. Comenzaron los más pequeños a perder la vida por la malnutrición. En poco menos de 4 meses las escuelas se encontraron vacías, en las oficinas no había ni un alma, y poco a poco el llanto y la angustia se apoderaron de las familias. Se habían colapsado los mercados, las abacerías cerraron. Y el suministro de agua mineral y otros artículos de primera necesidad encarecieron en los barrios, quedando fuera del alcance de las familias. Algunos de estos establecimientos eran propiedad de guineanos, pero ningún ecuatoguineano quería vender en un local de comestibles cara al público; así que sus puertas permanecieron cerradas, y los dueños se sirvieron de sus propios productos hasta que se les agotó lo que tenían en almacén, creando un corte en la cadena de suministro de productos básicos. Después de las primeras semanas del suceso, los alimentos habían escaseado en todos los puestos callejeros y en las tiendas. Después de pasados varios meses, las mujeres lidiaban con la situación como podían. Jóvenes esposas se debatían entre el dilema de ir al campo para cultivar lo

que fuera posible, que por tradición había sido su ocupación, o acudir a los centros hospitalarios con los más pequeños, para tratar sus cuerpos debilitados por las enfermedades, la desnutrición, la escasez de medicamentos. La gente robaba a las pobres “mamás”, mujeres de edad avanzada, que ahora vendían en los mercados. Eran las únicas que hubieron asumido cierta responsabilidad social. ¿Qué podían perder esas mujeres que no hubieran perdido antes? No les quedó más remedio que dejar atrás las costumbres adquiridas con la bonanza del petróleo, coger sus cestas y palanganas, para volver a las tareas tradicionales que siempre fueron suyas. En todas las etnias era el género femenino el que realmente proveía de alimentos a las familias. Las mujeres se han partido el lomo y el alma para mantener sus hogares desde el principio de los tiempos, cargando el alimento con el impulso de sus propias fuerzas; por lo que, la poca yuca y otros alimentos que se podían conseguir actualmente en los mercados de Malabo procedía primordialmente del esfuerzo de esas “mamás”.

Después del colapso de los mercados, siguió el de los centros hospitalarios. Se esfumaron en el aire, como el estallido de pompas de jabón, los médicos cubanos, chinos e israelíes. Desaparecieron como los demás. Quedaron solo los médicos guineanos para poco consuelo de la población. Eran escasos y algunos ni siquiera tenían una titulación fiable. Los sanitarios del país estaban haciendo estragos entre los enfermos, matando a más gente de la que salvaban. Ponerse en sus manos era como jugar a la ruleta rusa, no sabías si te tocaba la casilla negra o la roja. Casilla negra, médico titulado; casilla roja, muerte segura. El abandono de los hospitales era tal, que ni siquiera el centro más puntero, el La Paz, podía lidiar con esa falta de atención sanitaria; y esto, sumado a la crisis provocada por la falta de alimentos, llevó, como era previsible, a un aumento del número de enfermos. Los que tenían la suerte de arribar a los centros médicos, no encontraban plazas disponibles. Llegaban para campar por los pasillos donde andaban moribundos, y acababan arrastrándose entre sus propios orines y excrementos; entre olor a pus y sudor de hacinamiento. No había suficiente personal de limpieza, que también era extranjera. Este panorama dantesco se presentaba no solo en el La Paz. También se daba en el Loeri Combá y demás centros hospitalarios. El Hospital General se había convertido en un auténtico matadero de masas. Centro hospitalario por excelencia de la población más pobre y sin recursos, es el que recibía la mayor parte de los afectados. Allí lo único que se hacía por ellos era verlos morir. El olor a enfermedad, que era una especie de aroma a supuración rancia, llegaba hasta el cruce de carreteras del barrio de Ela Nguema, preludio de la llegada al Hospital General. Acudir a ese Centro desde que ocurriera La Gran Desaparición

era una sentencia de muerte. Las caras pálidas por la anemia en infantes, estaba acompañada por los rostros cansados y desgarrados de dolor de las madres por no tener nada con qué alimentar a sus bebés. Este escenario se repetía de lunes a domingo. Y ser testigo de esa catástrofe no era apto para almas sensibles, y mucho menos para la mía. Así que evitaba por todos los medios salir a la calle. Ante toda esta calamidad, decidí mantenerme escondida en casa, atenta a las noticias, y con miedo a encontrarme con las masas hambrientas o a lidiar con los desastres de la devastada ciudad.

Sin embargo, la feria, lugar de entretenimiento popular, parecía al margen de los acontecimientos. El alcohol corría como el agua, y algunos hombres brindaban por sus desgracias con cerveza “Codis”. En ese lugar nadie parecía estar al corriente de lo que pasaba. No se sentían turbados por la depresión económica ni social producida desde el día X, ni intentaban hallar una solución a la desaparición de los extranjeros. Entre congosá³ y congosá, bebían compulsivamente, y los cartones vacíos de “Él Tío de la Bota” se apilaban sobre las mesas. Las consecuencias de todo esto fueron claras: mentes atoradas e intoxicadas, incapaces de proponer un remedio a los acontecimientos. Esos hombres, por lo general, no estaban acostumbrados a planificar estrategias a largo plazo, y es por eso que la situación les superaba en todos los sentidos. Quizás esa actitud pudiera remontarse a las costumbres culturales de la tradición Fang, en la que los hombres pasaban largas tardes en el abaa para debatir de toda clase de cotidianidades, a las que algunas veces se encontraban solución, pero que traducido al entorno urbano, su equivalente era el bar, y en los bares de la feria, desafortunadamente, la dificultad para encontrar remedio a nada era aún mayor. Ni siquiera contemplaban volver a las tradiciones laborales, en las que el hombre acotaba las fincas de cultivo para su posterior limpieza, como acostumbraban sus ancestros. Las bondades de la vida moderna les habían hecho olvidar sus tradiciones, y el trabajo duro descansaba sobre los hombros de las mujeres en ese momento de crisis. La sustitución de la caza por los congelados de Martínez, sin que nadie asumiera prácticas ganaderas realistas y efectivas, no hizo más que agravar, en estos momentos de tensión social, la vagancia adoptada por el varón durante tantos años. ¿Cómo esos hombres iban a afrontar una situación tan calamitosa como la que se vivió en Malabo en ese tiempo? Estaba claro que

³ Cotilleo

mientras durase la cerveza “Bine Caché”, nadie daría una solución a ese misterioso enigma de la desaparición de los extranjeros. La mayoría de esos hombres ni se percataban del sufrimiento en sus hogares, que, por estar en la feria, les pasaba completamente desapercibido. La costumbre general de un gran número de padres era no preocuparse por la situación de sus familias así que pasaron completamente por alto las graves consecuencias que afectaba la salud de sus hijos.

Un grupo que sufrió especialmente los estragos del día X fue el de las grandes familias y altos cargos. Empleaban mano de obra extranjera para todo, y se habían quedado sin la mayor parte de los trabajadores a su servicio; razón por la que sus esposas habían tenido que volver a realizar la denigrante labor del trabajo doméstico relegado completamente a la clase obrera extranjera. Algunas de estas señoras millonarias fueron tan desafortunadas, que volvieron a coger el “nkuieñ”⁴ y la azada para cultivar el campo. Para su mala suerte se esfumaron las Filipinas, nigerianas, ghanesas, cubanas, paraguayas, y un largo etcétera de nacionalidades que les facilitaban la vida. Ya no había tiempo para la manicura perfecta los y peinados costosos. Se habían acabado esas largas horas invertidas en la peluquería hablando de las amantes del esposo o vanagloriándose del último viaje a París acompañada del marido de la vecina. Se agotaron las reservas de “Cristal” y otros lujos cuya adquisición se volvió imposible. No quedaba nada para que comprar. Y qué decir del cese de las disparatadas subastas de zapatos de la marca Jimmy Choo, que celebraban mientras tomaban champán en grandes salones suntuosos. Era una forma más de matar el aburrimiento, olvidar sus vidas carentes de alicientes personales que no fuera los lujos importados que tanto apreciaban. Tenían a los hijos estudiando fuera del país, y el bloqueo en las comunicaciones les obligó de pronto a no poder visitar a sus retoños. Ni con todo el dinero del mundo podían salvar este obstáculo. Se tuvieron que conformar con llamadas telefónicas para informarse de las últimas novedades ocurridas desde el desastre económico de la Gran Desaparición.

La madre de Jesús seguía desaparecida, igual que mucha gente de la ciudad. Nos preguntábamos todos qué había pasado con ella. Su paradero hasta el momento seguía siendo una incógnita y como era previsible, su caso no se había resuelto

⁴ Cesta de trabajo

como ninguno en la ciudad. Jesús y yo permanecimos un largo tiempo sin vernos, debido a la gran inseguridad y los tumultos callejeros. Un buen día reuní valor para salir de casa para encontrarme con él en el bar de uno de sus hoteles. A estas alturas, sus establecimientos también estaban a punto de cerrar. Mantenía el servicio como podía, pero la ocupación de las habitaciones se había reducido a casi nada, debido a que los clientes eran en su mayoría extranjeros, y si le añadimos la escasez de víveres, el único futuro cierto para su negocio era el cierre. Llegué al bar y Jesús tenía surcos oscuros bajo sus ojos profundos. Su rostro denotaba la privación de sueño, que seguramente hacía mucho tiempo que no descansaba apropiadamente. Su humor seguro que sería peor que la ojeras que enmarcaban sus ojos. El abrazo entre los dos fue corto, pero al entrar en contacto con él me dio cierto alivio esa calidez que emanaba de su cuerpo. Lo necesitaba porque me había pasado los días pegada al televisor, escondiéndome por puro miedo a los atropellos que perpetraba la gente. No quería arriesgarme a ser asaltado, o algo mucho peor, violada. Mas a pesar de sentir el calor del cuerpo de Jesús, su compañía no me dio mayor seguridad. Me senté a su lado, y, extrañamente, él se estaba tomando un vaso de whisky, cosa que no acostumbraba hacer. Imitándole, pedí lo mismo.

– ¿Cómo vas con el tema de tu madre? –le pregunté, sabiendo ya la respuesta que me iba a dar.

– No sé nada, no hemos tenido resultados con la búsqueda. Tengo miedo y me estoy temiendo lo peor por ella. Que haya tanta gente desaparecida tampoco lo hace más fácil de asumir. Mi incertidumbre de no saber si sigue con vida es mucho peor que la certeza de saber que está muerta –inhaló profundamente y siguió hablando–. No entiendo qué está pasando en Malabo –dijo entrecortado y con tintes de aflicción.

Desde que comenzáramos nuestra relación nunca le había visto llorar, y ahora mismo estaba a punto de derramar unas lágrimas. Continuó hablando.

– ¿Sabes que los aviones ni salen ni aterrizan en Malabo desde los sucesos? –Parecía querer cambiar de tema para no delatar su sufrimiento.

No le contesté, ya sabía que era así. Había una extraña fuerza alrededor de la ciudad, y que nos había aislado del resto del país y del mundo.

– El único avión que intentó salir, nada más realizar el despegue, cayó al suelo. Murieron todos –dijo.

Esa información también la tenía porque vivía pegada al televisor, y no me perdía

ninguna noticia desde el día X.

– Desde entonces la compañía aérea no había intentado volver a realizar otro despegue sin antes averiguar cuáles habían sido las causas de ese horrible accidente. No se podían permitir más desgracias ante una situación ya de por sí espantosa.

Jesús siguió hablando solo. Parecía necesitarlo y yo era buena escuchándole. Siempre le daba su espacio, y en este momento le hacía falta esa atención.

–Estamos atrapados, ¿sabes? –Lo dijo casi en voz baja mirándome con los ojos medio enrojecidos de dolor por la desaparición de su madre y el caos que se había instaurado en la ciudad.

–Nunca me imaginé que tendría ganas de abandonar esta ciudad...

–No digas eso –objeté mientras movía la cabeza negativamente. Intentaba apaciguar su desazón. Nuestros ojos se mantenían conectados, mientras sorbía algo de whisky de mi vaso. No podía menos que sentir empatía, la situación era mala para muchos, pero su caso me dolía más por nuestra profunda y estrecha amistad. La conversación continuó:

– Por mar tampoco podemos salir de la ciudad. Los militares han intentado navegar mar adentro, pero sus patrullas costeras no han podido ir a más de 100 kilómetros de la costa –Jesús seguía su recuento de los acontecimientos.

–Ya me enteré de eso también –dije con pesadumbre–, hay muchas conjeturas sobre lo que está acaeciendo. Algunos dicen que todo tiene que ver con los espíritus de la Isla, que han reclamando la sangre de todos los desaparecidos, como una especie de venganza colectiva –y le conté todo el congosá inverosímil que me había llegado.

Jesús movió la cabeza de un lado para otro en señal de desaprobación.

– No seas ridícula, Linda. No me digas que te crees toda esa fábula que cuenta la gente ignorante. He escuchado igual que tú esas historias, ni por un segundo les di valor. ¡Qué tendrán que ver los espíritus en todo esto! El porqué de la desaparición de la gente no lo sé, ni me aventuro a dar una explicación. Pero si los aviones y los barcos no pueden alejarse de la ciudad, debe ser por la fuerza de algún campo magnético de procedencia desconocida que rodea la ciudad. Los vehículos alcanzan únicamente cierta altitud o latitud y después dejan de funcionar, por eso que se

estrelló el avión. Y por si no tuviéramos bastante, las autoridades, después de más de medio año de calamidades, no han dado ninguna explicación ni han tomado alguna acción para impedir el curso de los acontecimientos.

Entendía su mal humor, y también que lo pagara contra mí. La situación no estaba para dar saltos de alegría. No solamente estábamos atrapados en la ciudad por circunstancias desconocidas y misteriosas; sus negocios corrían gran riesgo, y su madre llevaba seis meses desaparecida. Y como a todos nosotros, esos trágicos eventos le habían superado con creces.

El tiempo pasaba sin que nadie hiciera nada. La situación había superado a las autoridades, que por falta de alternativas al problema prefirieron no actuar, y permanecer en un inverosímil silencio. La ciudad estaba paralizada y todo empeoraba. Según pasaban los meses la ruina fue consumiendo todos los hogares, en una lenta y hedionda necrosis. Un cáncer a marcha rápida que nadie parecía poder parar. La podredumbre de nuestra indolencia había emergido como una erupción incontrolable y mortal. Por mucho tiempo habíamos utilizado la fuerza humana de los extranjeros, y eso, por mucho tiempo, de forma desapercibida, había ido corrompiendo las entrañas de la sociedad, y ahora salía a flote.

Malabo, ciudad capital, era el motor de la economía de Guinea Ecuatorial. Y ese motor se había parado de forma violenta, sin que nadie supiera cómo se había llegado a ello, ni cómo se podían revertir los acontecimientos. Las personas que tenían obras de construcción, las que se dedicaban a la agricultura intensiva, las que tenían industrias..., de la noche a la mañana se quedaron sin el 50% de su plantilla. Así que imagínese uno en qué desastrosa situación se quedó la ciudad: sin electricistas, albañiles, fontaneros, etc.

El resto del país también se vio afectado. La ciudad quedó aislada a causa de una fuerza desconocida que cubría su perímetro, impidiendo la llegada o la salida de cualquier cosa. Por esa razón las vías de comunicación estaban cortadas, y la única manera de mantener el contacto era por teléfono o por internet. Las familias estaban desesperadas por reunirse con sus seres queridos. Las gentes no tenían forma de ayudarse. Era imposible entrar o salir de la capital; por lo que nadie podía socorrer a sus parientes o conocidos. El sentimiento de impotencia era palpable y generalizado, y se podía sentir y ver en los rostros de la gente que andaba apesadumbrada. Desde el día X un manto de negro pesar cubrió el sentir de los demás ecuatoguineanos a los que les llegaban ecos del horror y la desgracia que habían caído sobre la hermosa capital del país, donde las condiciones eran tan

caóticas, que parecía la vuelta a la época de la hambruna ocurrida hace dos siglos durante el periodo colonial. Como solía contar mi madre, los negreros andaban a la caza de esclavos. Lo que provocó que muchas familias huyeran, internándose en los bosques; donde pasaban meses sin alimento. Fue la desarticulación familiar lo que condujo a tal hambre, asolando la Región de Río Muni. Las gentes tenían una necesidad constante de saciarse, y comían sin descanso ni reparo todo aquello que encontraban mediante el pillaje que condujo a los vecinos a robarse unos a otros. Los hermanos llegaban hasta matarse entre sí para obtener alimento. El suceso de la hambruna provocó desplazamientos y separaciones internas de tribus, con el fin de buscar nuevos asentamientos y recomenzar sus vidas, buscando al mismo tiempo cómo escapar de la persecución de los colonizadores. Era el mismo caos que se vivía desde el Día X. Las bandas pululaban por los barrios de Semu, Santa María, Fishtown, etc. Ningún barrio se libró del vandalismo ocasionado por la escasez de dinero y de todo tipo de artículos de primera necesidad. Las viviendas eran asaltadas para buscar un poco de malanga o banana, lo que fuera para comer o revender en el mercado negro.

Eran frecuentes las noticias sobre atracos que salían diariamente por la televisión, como el espantoso suceso ocurrido hacía dos días, y emitido en el informativo de la mañana: De día, muy temprano, tres muchachos adolescentes asaltaron a una familia en el barrio de Buena Esperanza. Cuando llamaron a la puerta, la mujer que vivía en la casa, al abrir para ver quién estaba al otro lado, recibió un puñetazo en plena cara. No tuvo tiempo de avisar a su marido quien andaba por el aseo. Así que, los delincuentes se adentraron violentamente en la casa. Mientras dos de ellos maniataban al esposo, el otro violaba a la esposa. Los llantos de la niña que se había despertado por los gritos de su madre, atrajeron la atención de los malhechores. La encontraron en la cuna. Lo dantesco fue, que sin más miramientos la pasaron a cuchillo para hacerla callar y evitar así llamar mayor atención sobre sus actos. Registraron todos los rincones de la casa y no hallaron más que unas cuantas latas de sardina y tomate, aparte de un viejo televisor. A estas alturas a todo el mundo le escaseaba la comida, y para esa familia no iba a ser diferente. De no ser por un amigo que llegaba en ese momento, quien al ver la puerta abierta alertó a los vecinos, los delincuentes habrían podido huir del escenario del crimen. Los vecinos sacaron a empujones a los criminales y los apalearon allí mismo, frente a la casa de la desafortunada familia. Luego de ser golpeados, sus cuerpos fueron atados a unos vehículos y arrastrados por el barrio hasta morir. Nadie esperó la llegada de la policía, y ninguno de los testigos de la ejecución pública detuvo el ajusticiamiento. Las gentes estaban tan hastiadas por la depravación de muchos jóvenes, que nadie

dudó en aplicar la justicia popular para vengar a la joven familia. Pero los actos de vandalismo fueron multiplicándose. Por precaución puse en el jardín a mis dos perros, Príncipe y Duque, que por su ferocidad y apariencia asesina, consiguieron mantener mi mansión a salvo de los ataques de las masas hambrientas y agresivas. Y por fin, después de pasado tanto tiempo, los hombres habían llegado al límite de su aguante, en gran medida por los desastres que provocaban las turbas callejeras que los despertaron de su letargo etílico; o quizás no fuera más que la consecuencia de que había comenzado a escasear el alcohol. Se vieron forzados a pensar en algo diferente de complacer su apetito por el vino. Espontáneamente, en cada barrio se irguió un cabecilla al frente de un grupo de hombres, mujeres y niños. Que decidieron protestar ruidosamente frente a las dependencias del cuartel general de la policía. Para ello se armaron con palos, cacerolas y trompetines. Querían el fin del sufrimiento colectivo. Otros grupos violentos se sirvieron de las protestas para crear aún mayor confusión, camuflándose entre los huelguistas. A su paso dejaban establecimientos quemados, mobiliario urbano destrozado y pintadas en las fachadas de los edificios. Algo nunca visto en los cincuenta años de la existencia de Guinea Ecuatorial como estado. Chavales arrojaban piedras y cualquier cosa a los escaparates para dejar huella de su paso por las calles y avenidas. Hubo días en los que se concentraban hasta cinco mil personas con el pretexto de forzar a las autoridades a resolver de alguna manera el hambre, los robos, las violaciones masivas, la muerte de los infantes en los hospitales, en resumen, las consecuencias de la falta de migrantes en la ciudad. Alguien debía solucionar. Pidieron a las autoridades que hicieran todo lo posible para que volvieran los extranjeros a toda costa, y por cualquier medio. Cada día se aglutinaba más gente frente a diversos puestos policiales. A la policía esta reacción le había pillado por sorpresa, y recibieron órdenes de no hacer concesiones a los manifestantes. La única solución que se les ocurrió a las fuerzas del orden para detener las oleadas cada vez más tumultuosas, fue activar los escuadrones antidisturbios para hacer frente a los piquetes. Aquéllos se emplearon bien contra las masas, con chorros de agua, repartiendo porrazos a todo aquel que estuviera por allí.

Las autoridades estaban desbordadas y se reunían únicamente para contener la iracunda población. Pero no hubo un verdadero liderazgo para resolver el problema. Era una situación que estaba por encima de sus capacidades tecnológicas y lógicas. Razón por la que ninguna de las solicitudes de la muchedumbre fue atendida. Cómo iban a ser capaces de admitir que estaban tan carentes de información como las masas que les increpaban. No sabían exactamente qué estaba pasando, y preferían mantener el mutismo mientras la gente aguantase la situación, cosa que

acabó ocurriendo. La muchedumbre aguantó. La naturaleza del ecuatoguineano era complaciente y mansa. Contuvieron la ira de la gente hasta que, después de un tiempo, poco a poco los ciudadanos prefirieron lamer sus heridas, apaciguar sus almas, y calmar los ánimos. A pesar de que el malestar estaba siendo controlado, la situación no podía ser peor. Las masas desmoralizadas se dirigieron a las iglesias, recurso común de los desesperados. La Gran Desaparición convirtió a los pastores y sacerdotes en verdaderos beneficiados de la ciudad. No dudaron en aprovechar el gran hueco laboral que dejó su competencia extranjera al desaparecer. Les quedaron más fieles para llenar sus misas y oficios religiosos; por lo que, sus iglesias estaban repletas hasta los topes. Las masas asistían casi a diario, como borregos, a suplicar una clemencia divina que les aliviara del sufrimiento padecido desde el día del desastre. ¿Qué tal hubiese sido que en vez de tanto rezo, se hubieran puesto a trabajar para aliviar la situación de escasez en que se había sumido Malabo? Pero en vez de eso, los ojos de muchos se elevaron al altísimo para pedir auxilio. Los pastores florecieron con los diezmos y donativos extras que la gente conseguía donde podía. No tenían ningún reparo en exprimir lo poco que tenía la gente. Era risible verles imponer, teatralmente, sus manos sobre los niños al igual que en las actuaciones de Jesucristo en las películas. Aseguraban que sus manos eran la cura milagrosa a una diarrea de varias semanas, que seguramente acabaría en fallecimiento. Desgraciadamente esta situación no era ficticia, y como era lógico, los menores perdían irremediamente la vida. Las familias se dirigían en tropel a esos sanadores espirituales porque realmente nadie estaba haciendo nada por ellos. La crisis se había impuesto de tal manera, que nadie actuaba con cordura. La sociedad pacífica, seña de identidad del país, parecía haber desaparecido para siempre. La vida de todos, sin excepción, había sufrido un revés desde ese lejano día en que desperté de un mal sueño, y me metía en esta pesadilla social.

Ya habéis podido comprobar con mi relato sobre estos extraños acontecimientos, que las habladurías y chismes al respecto eran diversos, y muchos sin ningún fundamento. Cierto era que después de casi un año que la ciudad había vivido un desastre de dimensiones sin precedentes, la situación siguió siendo de insostenibilidad absoluta. Seguían las especulaciones del por qué de la desaparición de los migrantes. Unos afirmaban que había sido obra de la policía. Otros creían en la actuación divina. Pero la realidad era que ninguna de las especulaciones era cierta. No fue obra de Seguridad Nacional, ni del Gobierno, ni de los espíritus. Lo único claro es que todos nos vimos desbordados. Nadie se veía capaz de trabajar. En vez de tomar medidas proactivas, las gentes se habían sumido en un auténtico

desgobierno. Los ánimos estaban muy caldeados, y en vez de solidaridad, afloró la desaprensión de los humanos. El llanto y la súplica se convirtieron en la cotidianidad de las mujeres. Tanto padres como hijos pedían fervientemente a la Providencia, o lo que fuera, que tuviera compasión de esta ciudad y de ellos mismos. Que todo volviese a la normalidad, y pudieran continuar con sus vidas, tal y como siempre había sido antes de la Gran Desaparición.

En su fuero interno, todos los malabeños deseaban que los desaparecidos volvieresen. Que volvieran los españoles, los nigerianos, los malienses, los italianos..., todos aquellos que ya no estaban y que hacían llevadero el devenir de sus vidas. Echábamos de menos esa convivencia con el extranjero. Todo el mundo era necesario en Guinea Ecuatorial. La Providencia hizo que no quedara ninguno, ni los extranjeros buenos, ni los malos, ni aquellos más laboriosos, ni los gandules, ni los dignos, ni los viles. Habíamos deseado tantas veces que ellos no formaran parte de nuestras vidas, que, fue eso precisamente lo que el universo produjo: un regalo a nuestras súplicas internas. Nuestro gran deseo se materializó librándonos de aquellos que habían llegado hasta nosotros con la única intención de quitarnos nuestros bienes más valiosos y nuestros derechos más esenciales. Esos malditos extranjeros que se lo llevaban todo por delante, dejando a los nativos con menos que minucias. La energía de nuestros pensamientos se había hecho realidad. El sentimiento que albergábamos contra todo aquel que era diferente, se había convertido en una fuerza efectiva, una energía que se había impregnado con tal impacto que había producido la réplica de nuestros deseos más ocultos y perversos en la ciudad de Malabo. Creamos con nuestros propios pensamientos la desgracia que asoló esta bella y pacífica ciudad. Resultando en la desaparecieron de todos. Éramos culpables directos de la muerte de tantos inocentes y de seres queridos. Volvimos en un desbarajuste todo aquello que conocíamos, amábamos y con que nos identificábamos. Muchos no fuimos conscientes de nuestro poder de destrucción, ni de la fuerza que emanaba de nuestros deseos contra estos seres que únicamente querían compartir nuestras oportunidades.

Después de largos meses de sufrir el efecto de nuestros turbios pensamientos; estos deseos negativos fueron apagándose, y el arrepentimiento fue el sentimiento que con más fuerza emergía de nuestros corazones. Las ansias de volver a la normalidad se hicieron superiores, y poco a poco cada persona recuperó al ser querido que hubiera perdido. La madre de Jesús apareció un buen día a la puerta de la casa. Estaba aturdida y no podía explicar muy bien dónde se había encontrado durante todo ese tiempo. Lo primero que hizo Jesús fue llamarme para darme la buena nueva. Yo también pude recuperar a mis dos empleados que por muy

inexplicable que parezca, no supieron exactamente dónde habían estado. Por su regreso organicé un festejo, como si fuera el reciente aniversario del cincuentenario de la independencia de Guinea Ecuatorial. Mi amiga Carla, que también trajo a sus empleados, me acompañó en esta gran celebración. Creo que todos nuestros trabajadores quedaron sorprendidos y agradecidos, nunca nos habíamos mostrado tan cercanas y amables con ellos. Cada extranjero volvió a su hogar, puesto de trabajo y lugar que le correspondía. Perdimos el brillo siniestro de nuestros ojos; y yo, personalmente, comencé a preocuparme más por los dos migrantes que trabajaban para mí, María y Benua. Malabo fue recuperándose lentamente. La angustia cesó en la ciudad. Esperábamos ilusionados que la situación económica y social volviera a la normalidad para poder dejar atrás esos amargos recuerdos. Todos lo celebraron con la misma intensidad que Carla y yo. Pero esto sí, no había champán y tuvimos que llenar nuestras copas con Topé que era lo único disponible.

Después de un año de éste insólito suceso, algunas personas como yo, aprendimos a apreciar a los extranjeros que trabajaban para nosotros y a tener la conciencia de que sin ellos, nuestras vidas serían un camino escarpado y empinado, y que la caída por ese precipicio podía llegar a ser dolorosa tal y como nos había pasado. Otra gran mayoría volvió a la normalidad de sus costumbres, y el “Codis” y “Bine Caché” volvieron a ser amigas de las masas. Se restauró la felicidad servida en “brick” en las ferias. Solo muy pocas personas aprendieron de forma más profunda de esa experiencia. Descubrieron que el esfuerzo propio hace la diferencia en una situación de crisis. Que no solo era justo compartir la vida con otros venidos de otros lugares, sino que debían tomar las riendas de sus vidas para volverse actores en vez de espectadores. Malabo volvió a la parsimonia y al encanto de siempre. Muchos se siguen preguntando hasta el día de hoy qué pasó realmente con los extranjeros durante casi un año. Pero nosotros eso ya no se lo contaremos a ellos.

La búsqueda de la felicidad y del bienestar personal es un derecho legítimo del ser humano. Esas ansias están en cada uno de nosotros, codificadas en nuestra herencia genética; y tras el nacimiento, al abrir nuestros ojos a la luz de la vida, estamos abocados y destinados a ello. Es esta la razón por lo que este derecho no debe ser alienado por otras personas, instituciones o Estados. Los países adoptan constituciones para salvaguardar ese derecho a la búsqueda de la felicidad, que, en la actualidad, a pesar de todos los avances tecnológicos y científicos, parece que la intolerancia emerge con más fuerza en todos los rincones del mundo, reforzándose ideas nacionalistas, excluyentes y racistas. Si conseguimos aceptar que ese impulso es inherente a todos y encajarlo en nuestras vidas, seremos más favorecidos como sociedad. La fuerza interna y natural de la ambición humana por la superación personal mueve ese impulso por alcanzar la felicidad, sin importar qué obstáculos hemos de superar en nuestro camino hacia el bienestar. Si el hombre prehistórico se enfrentó a las bestias a pesar de que, a simple vista, las probabilidades de perder la vida pareciesen muy superiores al éxito de saciar el hambre. Y cuando fue retado por el clima, surcó mares en endebles barcas con el fin de ampliar los horizontes de su herencia. Nada lo amedrentó. Venciendo en esa lucha consiguió la supremacía de nuestra especie. ¿Por qué habríamos ahora de desistir en el intento de alcanzar una vida mejor? Es esa misma llamada la que impulsa al hombre actual a enfrentarse a la furia de los mares, a las trampas de las fronteras, y al odio sus congéneres, con el fin de ejercitar ese derecho tan ansiado al bienestar.

Es a esos millones de seres que dedico esta sátira social. De aquellos que decidieron seguir adelante a riesgo de perder la vida en la búsqueda de ese fin superior; a aquellos que los conflictos han empujado lejos de sus culturas y hogares; y que, valientemente, emprenden crear una nueva vida en un lugar extraño; a aquellos que han atravesado fronteras henchidos de esperanzas de compartir el sustento cuando en su propia casa eso claramente se les fue negado; a esas personas que se han enfrentado a las leyes de “prohibido entrar”, las que les convierten en ilegales, en indeseados y que luchan por alcanzar un estatus igualitario y justo. A esos quiero destacar y honrar porque todos somos hijos del Planeta. Tanto los que parten a la aventura a un mejor futuro, como los que son anfitriones en su tierra. Que nacer y ser de otra frontera no te convierta en un extraño siendo que todos compartimos el mismo planeta; y a él, sin remedio, pertenecemos. Que ser extranjero no te haga invisible y desaparezcas ante los ojos y la vista de todos a pesar de estar presente y dar con gran voluntad lo mejor. Qué triste sería que desapareciésemos todos en cualquiera instancia, porque todos, en algún momento en nuestras vidas, hemos sido extranjeros en la tierra.



Poesía

DESDE ABAJO



Leoncio Marquez Merino

NGUÊ D'AMBÔ

Recuerda que de allí, de dónde venimos,
somos tan solo cuatro ballenas y nada más.
Que nosotros. Los de allí. Al morir nosotros,
nuestra sangre nunca lo traga la tierra
sino se vuelve al mar. De donde somos.

Recuerda que nosotros. Los hijos de Palé.
Nosotros fuimos los raptados, arrancados de nuestras
familias. Nosotros. Sí. Los de allí.
Fuimos los olvidados por los portugueses,
tirados a merced de Dios y de nuestra suerte.

Recuerda que nosotros. Los de allí.
Los que del sur venimos. Somos esas voces
que cantan sobre las olas del mar.
Somos las incansables almas que recorrerán
las largas millas. Por retornar a donde son.

Recuerda eso hijo mío. Nosotros somos los [Nguê d'ambô]

Nosotros somos los que del tronco de la ceiba,
sacamos el cayuco para nuestros hijos y el ataúd
para cuando se pongan viejos.
Nosotros somos los del [fájá-môlè y el olém].
Nosotros. Sí; nosotros. Somos de [pixój y mbòl]

Recuerda eso hijo mío:
Somos esa voz que se ha muerto por el silencio.
Los que por la distancia, no pertenecemos
a ningún país. Somos eso, hijo mío:
las migajas que ellos nos dan; cuando se acuerdan.

NUNCA DEJARON DE SER PERSONAS

Los he visto dejar sus casas, sus fincas.
Sus verdes y vírgenes bosques
con su acostumbrado sol tropical.
Vi cuando acariciaban por última vez a su bebé,
cómo trataban de esconder aquellas lágrimas.

Vi cuando decidieron que era mejor cruzar el mar.
Abandonarse en manos de algún dios,
desafiar la inclemencia del tiempo marino.
Pero nunca. Nunca dejaron de soñar.

Vi cómo se atrincheraban en una pequeña balsa.
Cómo solo la esperanza les servía para seguir remando
mientras allí, a lo lejos, dejaban una patria,
un montón de sueños a medio cumplir
y unos ojos que nunca más les verán.

Vi cuando una ola les echaba al mar.

Cómo la misma muerte los venía a encontrar;
pero aún con sus manos y ojos repletos de sal.
Jamás pensaron que era mejor volver atrás.

Yo vi cuando comenzaron a llorar y gritar.
Cuando sus corazones latían cuan nunca antes,
mientras el frío que nunca les pudo dominar,
ahora se hace verdugo, entre ellos y sus sueños.

Vi cuando a Dios comenzaron a implorar.
Con los ojos enrojecidos embebidos de tanta pena
y los recuerdos pasando revista por sus mentes.
Ahora piensan en sus esposas e hijos
y en la madrugada de abril en que decidieron partir

Sabían que al norte estaba Europa.
No les importaba que fuera en Italia, Grecia o España.
Sabían que allá, de donde venían, a nadie le importaba.
Porque no fueron los primeros y saben que no serán
los últimos. Los últimos que se tragó el Mediterráneo.

CONVERSACIÓN DE DIFUNTOS

Cuando yo fui dejado aquí
ellos al oído me dijeron:

“Nunca te vamos a olvidar”.

Con éste ya pasaron muchos
Años. Y de mí nadie se vuelve
a acordar. Todos están callados,
nadie me vuelve a visitar.

Nadie que una flor me deje oler
y que de su voz yo pueda disfrutar.
Nadie que con pasión me abrace
o que de mí a Dios le pueda rezar.

Cuando yo fui dejado aquí
con lágrimas ellos me dijeron:
“Para siempre descansa en paz”

ESNIFANDO DOLOR

Sigo siendo (yo) quien está en conflicto conmigo mismo,
a mi Dios le rezo, pero Él no parece escucharme.
Ando perdido sobre el estiércol de mi propio cuerpo.
Sin dejar de esnifar el mismo dolor que ayer dejé aquí colgado.

Es más fácil llorar porque me llega hasta el alma;
allí tengo cicatrices que solo el tiempo supo curarme.
Yo no ando esclavo, soy mi propio esclavo,
enredado en mis circunstancias que son más de lo mismo.

Quiero fingir que ayer fui vencido.
Convencerme que en algún punto de este camino, están
los destinos marcados de un supuesto 'horizonte'.
Al que veré llegar (otra vez), sin que nadie cuente conmigo.

Me costó despegarme del suelo.
Hacerme a la idea de que el camino se gana caminando
y que los puntos realmente están, donde uno mismo
decide ponerlos. Ahora sé que debí trabajar más al principio.

Desde el principio lo vi todo claro.
Que el cielo siempre es del color de quien lo pinta.
Que mi infierno está en mis propias entrañas.
Y que al morir yo, puede que ya no se diga ni mi nombre.

SECRETOS

Si supieras que jamás se escribió mejor poesía
como la que se lee entre tus pupilas negras.
Que las cascadas de Ureka y el lago O'Pot, juntos
no son más hermosos que tú. Nunca te habrías
dejado manchar el rostro con lágrimas de dolor.

AZUCENA

Desde el lado oscuro de la luna.
Se ve a una sirena triste, melancólica,
una brisa de mar que llega desde el
más lejano norte para solo mirarla.

Ella ha escrito cuatro sonetos
Sobre la más profunda piedra clavada,
anclada en la tristeza de su mirada.
Gritando a grandes voces el nombre de quien ella ama.

Sus suspiros viajan como ondas de luz
que nadan en el espacio, mirando
ve pasar el inalcanzable tiempo
que juega una vez más a desafiarla.

Ella es reina del mar desde el principio
de sus días: la hija de Adonis
reducida a ser mortal porque Afrodita,
su madre, no supo ni siquiera lisonjearla.

Pero cuando por fin termine de soñar
y vuelva a mirar el cielo azulado,
allí no verá a su amado dibujado
entre las estrellas. No. Solo ella,
reflejada entre un millón de estrellas.

NO CIERRES LA PUERTA

Ahora que lo pienso, tú jamás lo has sabido.
Después de tantas noches mirando al cielo
jamás entendiste el lenguaje de las estrellas,
nunca pudiste descubrir lo que escondían.

Ahora lo sé, tú nunca lo entendiste.
Si nunca supiste leer las constelaciones de mis ojos,
nunca supiste a qué huele el viento en mis labios
ni cómo ronca la Luna cuando duerme en mi costado.

No cierres la puerta, te dije al pasar.

Tal vez habré sido yo quien no supo enseñarte el universo,
abrazarte hasta quedarme sin brazos
o soltarte el pelo para que entre el Sol, y se duerma.

Ahora lo creo, tú nunca lo supiste.
Nunca descifraste los códigos para llegar al cenit,
por no sumergirte quedaste en la superficie
y te negaste a escuchar cómo cantan las sirenas en mi mar.

Ahora lo sé, hemos escrito mal nuestros versos.
Tal vez habré sido yo quien no se quedó con el recuerdo,
y tú la que tal vez no supo recordar.
que yo me escondía entre las estrellas.

NO FUE SUFICIENTE

Ayer mientras dibujaba un mosaico de banderas para ti,
me quedé con la fragancia del Sol al atardecer.
y mirándote a los ojos descubro, que hay paisajes
más hermosos que se esconden entre tus pupilas.

Ahí buscando entre mis recuerdos
contemplo una puesta de sol a las seis.
La sonrisa del silencio susurrándole a la Luna
secretos que solo sabíamos los dos.

Después de mirarte tantas noches,
ya sabía que sobraba decirnos “te quiero”,
porque fuimos más allá de hablarnos con la mirada
y porque desde el balcón de la nostalgia
las lágrimas nos han ganado sin piedad.

Ahora escucha a las estrellas hablar entre ellas,
Oye la ternura con que le corteja el viento a mi ventana
Y el baile con el que nacen las flores en abril.

¿Recuerdas que estuve contigo ahí Soportando
el pestilente aroma del [congosa]. Viendo emigrar los perros
del cielo, una, otra, y otra vez?

Otra vez no bastó con decirnos “te quiero”.
Porque ya salió el Sol y nos ha ganado con su silencio.

UN NIÑO “DIOS”

Desde Oriente vienen los Reyes Magos
cabalgando hacia Jerusalén.
Allí ha nacido un niño Dios
posado en un pesebre de Belén.

Desde el cielo le cantan los ángeles:
“Ha nacido un niño Dios”.
Los pastorcillos allí tumbados
mirando ven a su salvador.

Su madre que lo mira con ternura.
Sin ver a ningún niño Dios.
Don José que por esposa la tenía,
recuerda en sus ojos la traición.

¡Aleluya! Ha nacido el niño Dios.
Emanuel será su nombre.
Porque es su padre Yahvé.
¡Aleluya, aleluya! Cuánta alegría y emoción.

A Oriente vuelven los Reyes
tras adorar al niño Dios.
Montados sobre sus asnos.
A Él han jurado devoción.

LÁGRIMAS POR AMOR

Por el laberinto del amor he andado,
buscando sin cesar un consuelo.
Algo que trajera a mí el remedio a mi desvelo
y retumbe junto a mí en mi pecho dado.

Yo fui soñando como ninguno,
componiendo al ritmo de los vientos,
tantos versos, cientos de ellos
para ti y para mí ni uno.

Ya en mi juventud tenía por entendido,
que para amar y ser correspondido,
solo bastaba hablarle a la Virgen del Rosario,
y ella te daba lo necesario.

Con el tiempo fui aprendiendo.
Que a suplicar van los cobardes
mientras los osados salen ganando.

Aunque el mejor entre esos dos,
está el hijo del gobernador.
Que con billetes de buen ardor
no deja torres levantados.

¡Ay de mí que de galán tengo poco!
Me falta la valentía igual que la plata.
Que para esa ocasión ya metí la pata.
Suplicando algo de amor, solo poco.



Poesía

VERSOS DE SANGRE



Herminio Treviño Salas

*En el costado de la luz hay sangre**(Isaac Felipe Azofeifa)*

Saltó un hilo de sangre,
luego, una gota de sangre,
seguido de un chorro de sangre,
más tarde, un río de sangre,
finalmente, un mar de sangre.
Tétrica, la patria se hizo célebre
por vírgenes cauces de sangre;
desde aquel lúgubre quinto sol,
de tercera luna, de aquella
página dorada ansiada.
El nacimiento de la madre patria,
volvióse en bravía sanguijuela.
¡Qué pena! Los verdugos artistas,
que enfrente del sublime lienzo sitúan,
solo aprecian la sangre para bruñir
sus mustias y sañudas obras.
¿Quién no añora luz en esta patria?
Pero los carniceros: el tigre y el búho,
febriles, visten el pincel de sangre,
estrangulando la luz con cándida sangre;
sembrando pavura por todos los trechos
del exuberante paraíso.

HA CAÍDO OTRO FRUTO

Hoy, macabramente
ha caído otro fruto
del lujurioso árbol Guinea.
Un memo dedo oprimió el gatillo,
cavando otro orificio
en el costado de Guinea
del que fluye rubicundo néctar.
Irrigando la pradera vestida
de membrudas escarlatas rosas;
el pueblo guarda siniestro silencio,
este sistemático silencio de navaja,
hondo y amargo silencio
del áspero y mohíno pan cotidiano.
Tiranamente ha caído otro fruto;
no pasa nada, todo se enmudece,
hasta el aire embebe su resuello.
Arrebatat savias en esta cuna,
no pasa factura al altivo sayón;
desde el ápice del árbol, los rapaces
son laureados por las magnánimas
e inmaculadas gestas perpetradas.

EL FRUTO CLONADO

Resultante soy de la clonación
del salobre átomo y carmín glóbulo.
Tengo el cordel umbilical sujeto al mar,
tengo el corazón sembrado en tierra,
el alma deshecha por las vilezas
de esta parda guarida de las seis
ambarinas estrellas ecuatoriales.
Sobre el hombro, llevo el sarcófago
de mi paisano, exánime por suplicios
en la mazmorra más roñosa,
por portar la luz ansiada por el pueblo,
este pueblo que tanto amaba.
Pero el noctívago rapaz, que,
sin piedad, lid libra contra la luz,
se enfunda en su bermellón treno,
con el alma fuliginosa, emponzoñó
al ilustrado que en la ergástula falló;
forjó y pregonó un quimérico suicidio.
Qué pena, resultante soy de la clonación
de molécula de miel y pizca de hiel.
Derivado soy del fruto clonado
de un pueblo atosigado de angustia.

DON SEGUNDO Y EL CID

¡Qué infamia! La del oligarca
Don Segundo.
Apasionado por la tirria,
en una arquitectura crepuscular,
el rúbeo sol a sellar iba la puerta.
En una de las temibles rondas
por las venas de la urbe,
cruzó el cacique con el Cid;
no el celeberrimo paladín burgalés,
sino el cuadrúpedo amigo del hombre,
apodado Cid annobonés;
al ver los saltones e incendiarios
ojos de Don Segundo,
Cid vistió al viento errante con dos ladridos.
El avieso Segundo, en segundo
desenfundó el revólver, y asestó,
dos plomos, al Cid annobonés.
Eterno quedó profundo y soñando,
un sueño grisáceo azul aleatorio
en la sanguinolenta arenal sávana.
No dado por glorioso el arrullar al Cid,
afebrado voceó a pulmón desnudo:
“¿Y tú, tú, a juzgar te atreves?
Te soplo la vela con este cachorrillo.”
Dijo al mozo amo del Cid annobonés.

NO SE COMPITE AL REGENTE

No sé dónde está, pero me reclama
con el eco de una voz emplomada.
Desde la hondura de la nublada cripta,
tenaz me llama con esa bermeja voz,
para transferirme su diario de grana capa.
La sutileza de su locución política,
altamente selecta, apasionó a la masa
plantada, relegada, apocada y ajada.
Provocó seísmo y pánico en las filas
oligárquicas, erosionando la pirámide,
desvistiendo las raíces del gran baobab.
Ahogó las raíces en las subterráneas rocas
para sostenerse erguido;
fingió marchitarse, y urdió el golpe.
Reforzó la savia, dejóse caer
las sazonas frutas intoxicadas:
los que del rico aloque cataron,
en el halagüeño banquete democrático,
en el Huerto del Señor, tienen sus nichos.
Azaroso todo es aquí, no se lidia con el regente
que dicta y tasa el aire que respira cada uno.

SOY EFUSIÓN

Soy fusión
del grávido mar y de ramplona tierra.
Soy ramillete de huracán solar.

Soy brizna de ira surgida
en medio del aquel bastardo oasis de sangre,
de aquel ceniciento CINCO DE MARZO.

Si de mis plumas no fluyen natas,
sino el dulzón y áspid veneno,
culpado a los políticos
proxenetas de mi patria,
que en mi huerto diseminaron
las semillas de la discordia,
del engaño, del odio, de la corrupción,
el nepotismo y la mancillada deslealtad.

Sé, la atmósfera es hostil,
el vendaval está acentuado,
pero dejadme aliviar el alma,
que la tengo desbordada con tallos de rosas.

Soy una fuente de agua no bebediza.
Canto y seguiré cantando
tal rugiente mar y fragoroso cielo.

En suma, a quien mi pluma atraviesa su luna,
y siente el calor helado,
más le vale que abra su nicho y se cultive en él.

APOCALÍPTICO LLANTO

Trajeados de negro,
un negro desolador.
Las oscuras lágrimas,
inundando el universo
de viudas y huérfanos
que cuestionan a ese Dios lejano
que nunca responde a tiempo.
¿Por qué? ¿Qué ha hecho?
Y Dios guarda un silencio
esotérico; y el camposanto
irrumpe en apocalíptico llanto.
Los nimbos de flores rojas,
ornan el sepulcro, donde el padre,
sordo, elegante y durmiente,
se desajusta poco a poco
para nutrir y fecundar la tierra.

CENICIENTA CRUZ

El niño llora bajo el ígneo sol.
El niño tiene hambre,
llora una miga de pan;
panaderos todos duermen.
No quedan harinas en el país.
El niño consume su moquita,
el niño sorbe sus lágrimas;
y su madre:
en alguna rambla corea,
en alguna plaza bailotea.
Baja el sátrapa de su sofisticado avión,
y le llueven aplausos.
Apea el tirano de su rutilante auto,
y le llueven aplausos.
El autoritario regala una frívola
y cínica sonrisa a la madre danzarina.
Que agita la cabeza, sacude el cuerpo
y bulle las nalgas.
Y exánime, hambrienta y sedienta,
regresa a su luctuosa casucha;
desconsolada mira a su lloricón,
cómo vomita glauco líquido
con briznas de sangre, por el hambre
que le excava el estómago.



Narrativa. Sección especial Raquel Ilombe

LA TUMBA



Teresa Casandra Abeng Esono Nchama

I

El sonido de unas gallinas revoloteando la terminó de despertar. Sin darse cuenta se había quedado dormida. Al incorporarse en el camastro sintió un agudo dolor en el cuello, debido, seguramente, a una mala postura al dormir. Las gallinas que la despertaron de su improvisada siesta, picoteaban alrededor del fuego casi muerto. Cogió la pesada biblia que tenía en el regazo y la depositó en la cama. La había estado leyendo antes de quedarse dormida. Con cierto esfuerzo y dolor consiguió ponerse de pie, y miró hacia la puerta entornada. Hacía unas horas que su familia se había ido a la misa dominical, calculó que ya debían estar por regresar. Caminó lentamente hacia las bulliciosas gallinas.

– ¡Saa!, ¡saa! –Les gritó moviendo convulsivamente las manos–, ¡fuera de aquí!, ¡saaa!

Las cercas aves no le hacían mucho caso; tuvo que coger una escobilla y amenazarlas con ella para que salieran huyendo despavoridas por la puerta. Tiró al suelo la escobilla; de pronto se sintió cansada, un sudor frío le bajaba por el rostro; se lo limpió con la parte baja del lapá¹, que después deshizo para volver a atárselo con un agarre más fuerte a la cintura. Tenía mareos y sentía un dolor sordo en el vientre. Cuando se lo había comentado aquella mañana, su marido, con una sonrisa boba, lo achacó a la vejez y sus cosas. Suspiró. ¡Cuándo sería el día en que ese hombre se tomaría algo en serio! Caminó hasta la olla que cocía a fuego lento en el fogón, levantó con los dedos desnudos la tapa, y contempló el guiso de verduras y carne ahumada; lo removió con el cucharón. Estaba espeso y gelatinoso debido al quingombó, justo como a José le gustaba. Volvió a colocar la tapa y retiró la olla del fuego. Sirvió la comida de su marido en un recipiente con tapadera, y lo dejó en un banco al lado del fogón.

Se percató del trozo de papel oscuro que sobresalía de la esterilla colgante del fogón. Extendió su gruesa mano y lo cogió. Lo observó durante un momento sintiendo una punzada anómala en el pecho, y abrió con lentitud el envuelto que crujía con un ruido seco. Examinó las hojas de banga² secas y trituradas extrañándole el color blanquecino que habían adoptado; luego olisqueó el envuelto, pero no percibió ningún olor anormal. No sabía por qué, pero sentía una angustia que le atravesaba la boca de la garganta como una punzante daga. Envolverlo de nuevo la banga y la guardó apresuradamente en la esterilla; no fuera que su marido la pillara

¹ Lapá; trozo de tela africana que las mujeres se atan a la cintura.

² Banga; nombre con el que se conoce comúnmente la marihuana en G.E

con aquel alucinógeno, pues hacía unos años que le había prohibido el consumo del mismo. Se repetía a sí misma que no era adicta a la marihuana, que cuando quisiera podría dejarlo, pero siempre terminaba volviendo a pedirle un poco a Nchama, una de las pocas amigas que se había hecho en aquel poblado del interior del continente. Hubo un tiempo en que tenía su propio cultivo, una sola planta que Nchama le había ayudado a plantar en el patio trasero de la cocina. Ella la cuidaba con mimo y conseguía a cambio unas hojas de excelente calidad, pero las cosas cambiaron. Su marido se volvió a casar y tuvo niños preciosos... Pensar en aquellos niños siempre le había levantado los ánimos. Se recostó en el camastro. Permaneció tumbada unos minutos, dormitando, con la frente bañada en sudor y el cuerpo temblando ligeramente. Entonces unas risas infantiles procedentes de la carretera la despertaron. Se reincorporó rápidamente, poniéndose de pie para salir a su encuentro. De pronto sintió todo el peso del cuerpo sobre las piernas, las rodillas le temblaron violentamente, sintió un dolor agudo en la cabeza, como si le martilleasen el cerebro, y de pronto lo vio todo oscuro, como si alguien hubiese pasado una mano de pintura negra sobre sus ojos. Y se sintió precipitarse sobre el suelo. Lo último que escuchó fue el estridente y asustado grito de una niña, y después nada, solo silencio.

Marie era gabonesa. Por cosas raras del destino acabó en un pueblo del distrito de Evinayong al otro lado de la frontera. Cuando unos años atrás conoció a José, no dudó en que sus vidas se unirían para siempre aunque el hombre no era perfecto, pero era todo cuanto ella podía soñar. Quizás los últimos años fueron más difíciles que los diez primeros. Pues aunque rece el adagio “donde comen dos comen tres”, en un matrimonio los números impares desestabilizan la convivencia. Sin embargo, ella no podía reprocharle el segundo matrimonio a su esposo. No haber podido darle hijos la sumió en honda depresión tras dos primeros abortos. Y tras años intentándolo el dolor la consumía interiormente, sintiéndose poco realizada, como si hubiese fracasado como esposa. Odiaba ver aquella enorme propiedad vacía; y aunque nunca lo dijo, sospechaba que a su marido también le atormentaba el tema de la progenie. Habiendo reflexionado en ello, decidió buscarle una buena esposa a su marido, tarea nada fácil, pues aunque la razón le gritara que era lo lógico, su corazón no podía sino llorar aquella traición consentida. Y tras unos meses de lánguida búsqueda, por fin decidió maridar a la hija de Nchama, Mangué, con su esposo, pues vio en ella a una joven fuerte y saludable, reservada y educada, la hija de aquella mujer que la acogió bajo su ala como a una hija más. Así pues lo habló primero con su amiga, esa a su vez con la joven, y sólo tras recibir un sí de ella, que le dolió como si le lanzaran un cuchillo candente directamente al corazón, su yo

más egoísta esperaba una respuesta negativa. Sólo después, se lo dijo a su esposo quien se mostró reticente al principio, pero con el tiempo y tras jurarle ella que no le veía el mal, aceptó sin mucho entusiasmo el matrimonio. Y apenas unos meses después de la sencilla ceremonia de matrimonio, llegó el primer niño. Un precioso bebé regordete de ojos oscuros como dos gotas de penumbra sobre su iris blanco. La ilusión y el amor que llenaron su corazón fueron de tal magnitud, que los pequeños tropiezos que había en su triángulo amoroso perdieron importancia. Amó a aquel niño como si fuese suyo. Aunque por sus venas no corría su sangre, corría la de José, y a ella eso le bastaba. Tras el primogénito siguieron otros dos en intervalos cortos de tiempo. Varios años después llegó la benjamina cuando toda esperanza de tener una chiquilla, entre aquella juria de hombres, se veía perdida. Una niña solitaria que vivía en una burbuja de indiferencia hacia todo cuanto le rodeaba. Sus ojos tristes y fríos como noches de la época seca robaban todo el protagonismo con su color ceniciento. Sentía una conexión profunda con aquella criatura; y le agradeció a su marido habérsela ofrecido como tocaya e hija sacramental. Le puso de nombre Soleil, que hacía contraste con sus ojos grises. Al crecer Soleil, durante un tiempo se temieron que fuese muda. Pero un día le oyeron cantar. Su voz sonaba como una cascada de aguas dulces, mas la canción era tan triste, que producía desconsuelo. Su padre se la quedó mirando con los ojos desorbitados y el rostro desencajado. Y aquella noche le contó a Marie que esa canción la entonaba su padre cuando volvían de cazar, que una melodía en memoria de su difunta esposa.

Llantos y sollozos se hacían eco en medio de la oscura noche, mientras las aves nocturnas cantaban en coro una horrenda melodía, y el bosque sentía el dolor de los corazones humanos, y lloraba con ellos a aquella que la muerte aquel día había abrazado. En el salón de la casa, situada a la derecha del diminuto abaá, la casa comunal, las mujeres entonaban en corro el rezo del rosario siguiendo la gemida voz de Nchama, que encabezaba las oraciones del velatorio, esperando con ello contribuir a que el alma de la difunta entrara en el reino de los cielos.

—Dale señor el descanso eterno —entonaba con voz abatida la larguirucha mujer, con un rostro blanco y bañado en lágrimas.

—Brille para ella la luz eterna —coreaba el resto de las mujeres.

—Señor, ten misericordia de tu hija, para que encuentre el perdón de todas sus faltas, pues deseó cumplir tu voluntad. La verdadera fe la unía, aquí en la tierra, al pueblo fiel; que tu bondad la una ahora al coro de los ángeles y elegidos.

–Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

–Amén –respondieron.

–Dale señor el descanso eterno.

–Y brille para ella la luz perpetua.

Las horas pasaban con lentitud, mientras las creyentes seguían entonando canciones cristianas, el llanto cada vez más tenue mientras el alcohol circulaba a raudales por el diminuto salón, para mantener despiertos el cuerpo y la tristeza. Mangué, como anfitriona, debía velar por que a los afligidos no les faltara de nada. Supervisaba pues al grupo de mujeres que freían alas de pollo y trozos de chicharro. Era en la cocina donde los ánimos estaban más alegres que en el salón; las mujeres se contaban historias y cotilleaban mientras comían y bebían sobres de vino tinto de la marca Covirán como si bebieran refrescos. Mangué entró en la caldeada cocina, y sirvió en una bandeja una ración de carne y pescado que le dio a su hija Soleil, que tenía la extraña costumbre de seguirla a todas partes como una sombra. También le dio un plato de yuca cortada, y las dos se dirigieron al abaá, donde los hombres acompañaban en su pesar al viudo. Entraron en la casa comunal donde la conversación corría de un campo al otro con el fin, quizás filantrópico, de ayudar al viudo a pensar en algo distinto que el cadáver vestido de inmaculado blanco descansando sobre la mesa del comedor. Cuestión delicadamente aludida a propósito de si el cuerpo presente debería ser o no expuesto en la mesa. ¡Sin el ataúd!, sentenciaron. La niña depositó la bandeja y el plato sobre la tosca mesa de madera, mientras precipitosamente, su madre regresaba a la cocina, de donde volvió con un cubo lleno de bebida alcohólica, platos de un sólo uso, y cubiertos. Y a su vez puso sobre la mesa los platos y los cubiertos. También los sobres de vino que unas manos avispadas se apresuraron en coger y poner a buen recaudo entre los tobillos. Algún que otro se quejó de no tener ningún sobre cuando otros tenían dos.

– ¿Alguien bebe cerveza? –Los jóvenes y los quejicas se pronunciaron, y ella pasó pues a entregarle una cerveza a cada comensal. Le entregó la suya a Petí, el hijo del presidente del Consejo de poblado. Las miradas se cruzaron mientras sus manos se rozaron en una leve caricia. Aquello le hizo sentirse acorralada. Se apresuró para salir del *abaá* arrastrando consigo a la niña. Dejó el cubo a la entrada de la cocina, y se fue corriendo al salón, a llorar lo suyo. Entró y se sentó al lado de su madre, que tenía al cadáver justo enfrente; y no pudo evitar el pensar que incluso muerta,

aquella mujer seguía haciéndole sombra. Suspiró y tragó bilis.

Dieron las cuatro de la mañana, la melancolía había menguado, y en su cupo quedaba tan poco que ni el alcohol podía combatir con el tedio de mirar durante horas el cadáver inflado de una mujer que en vida fueron pocas las que llegaron a cruzar más de un par de palabras con ella. La empatía y el sentido de la compasión que les había traído hasta ahí, ya no podían vencer al cansancio y el sueño, y el café que Mangué había estado sirviéndoles, tampoco parecía hacer efecto. Abang, una vieja viuda conocida por acudir a todos los funerales del distrito, y por su particular amor hacia la comida que en ellos se repartía, pues regresaba siempre a casa con un sobre vacío de vino tinto rebosante de comida, entonó una lánguida melodía; una canción antigua que hablaba de acompañar al muerto por el camino hacia el paraíso. El salón se impregnó de la mustia resonancia que desprendía el cántico. Mangué seguía con movimientos lentos de la mano la melodiosa canción. Contempló con ojos llorosos el cuerpo rígido y pálido que dormía en la mesa con una insipiente sonrisa que enmascaraba los estragos de la muerte, combatiendo con su calidez el frío del descansar eterno. El aura de paz que le había acompañado en vida seguía unido a su cuerpo, como si su alma no hubiese abandonado todavía el mismo. De pronto Mangué sintió revolotear en su vientre una furia de sentimiento de culpa, que había estado reprimiendo en toda la noche; y lágrimas brotando de una anómala tristeza en su pecho, cayeron sobre sus mejillas.

La canción estaba por la última estrofa, todos los presentes tenían la mirada fija en el cuerpo yacente. De pronto el cadáver se movió, convulso, espasmódico. Las mujeres profirieron gritos de horror. Miraban con ojos abiertos como platos agitarse la difunta. Luego se quedó quieta de nuevo. Los segundos se hicieron eternos hasta que los ojos de la muerta se abrieron de par en par. Tenía las pupilas completamente blancas. Las mujeres salieron despavoridas, empujándose las unas a las otras para salvar el pellejo. Abang, la anciana, tropezó con una silla y se cayó. La gente pasó por encima de ella, completamente absortas en su miedo. La anciana mujer, dolorida y asustada, consiguió a duras penas salir del lugar. Los alaridos desgarraban el silencio de la noche, y los hombres del abaá corrieron al encuentro de las mujeres pidiendo a gritos una explicación. Con gran dificultad, y atropelladamente, las mujeres consiguieron contar lo que acababa de ocurrir. Los hombres, aunque escépticos, no se atrevían a entrar en el salón para corroborar las palabras de las mujeres. Pero José entró. Con pasos seguros. Entreabrió la puerta principal que daba a la sala de estar, ésta, separada del comedor por una pared franqueada por una puerta mucho más ancha. En medio del comedor vio una escena que le pareció particularmente espantosa: su hija menor, Soleil, estaba de

pie frente al cadáver de su madrastra-madrina, con la mirada perdida en sus iris blancos y vacíos, sosteniendo en las manos el brazo derecho de la muerta. José corrió hacia su hija y la apartó del cadáver. Luego pasó la palma derecha sobre el rostro de la difunta cerrando de nuevo sus ojos. Se inclinó sobre ella y le susurró al oído en francés: descansa cariño mío, mi alma encontrará el camino hasta la tuya cuando me llegue el momento.

II

El viejo gallo tampoco había cantado aquella mañana. Mangué estaba despierta desde hacía buen tiempo, aunque no sabría decir si realmente había dormido algo. Cayó en la cuenta de que hacía mucho que no oía el canto del gallo ni lo veía por ningún lado. Desde el día anterior, que enterraron a Marie, Mangué tenía la sensación de estar siendo seguida por alguien. No solamente por su hija que, como siempre, la tenía pegada a las faldas, no, lo que sentía era una presencia extraña, algo oscuro que la vigilaba. Mangué abrió del todo la puerta de la cocina; evitando fijar la mirada en la tumba que descansaba a escasos metros. No sabría decir por qué la presencia de aquel montículo de tierra le provocaba tanta angustia. Tal vez aun temiera ver surgir el cadáver decrepito de su difunta rival; o simplemente porque era la primera vez que veía tan de cerca la muerte. Se le cerraba la garganta al pensar en que apenas unos días antes, la persona sepultada ahí había estado haciendo planes para viajar a Gabón. Salió con el orinal para vaciarlo en el patio trasero; y se encontró al viejo gallo decapitado y mutilado. Aquello le causó pavor, y se llevó un susto de muerte.

José se desesperó. Era la primera vez en varios días que pensaba salir. El dolor en el pecho le había ahogado por momentos, la melancolía y la añoranza habían hecho brotar lágrimas en los momentos más inesperados. La idea de haber perdido para siempre a su esposa se le antojaba como un sueño horrible y sádico del que terminaría por despertarse. Empujó la puerta que se abrió con un leve ruido estridente, y José volvió a pensar en echarle aceite a las oxidadas bisagras. Eran quizás las seis de la mañana, el sol seguía prácticamente oculto y sólo unos rayos perezosos alumbraban la neblina mañanera. Levantó la mirada y, entre la niebla que se disipaba, vio la escuálida silueta de una niña levantada sobre la tumba de su esposa. Achicó los ojos y el rostro de la niña se le hizo familiar, se trataba de su hija

Soleil. La imagen de su hija parada en la tumba le erizó los pelos de la nuca. Soleil siempre le había causado una sensación rara, como de un déjà vu. Tenía los mismos ojos que los de su padre, la misma mirada perdida y vacía que le avergonzaba reconocer que le daban miedo, el mismo miedo que siempre le tuvo a su padre. Se la acercó con pasos vacilantes, y cuando estuvo lo suficientemente cerca, se dio cuenta de que estaba susurrando aquella canción, la misma que entonces tarareaba su padre, aquella que le sonaba en sus pesadilla. Le puso la mano al hombro y la sacudió lentamente. Soleil alzó la mirada y lo miró con una sonrisa que le dejó con un mal sabor en la boca.

– ¿Qué haces despierta a estas horas? – Le preguntó, recibiendo como siempre un silencio sepulcral.

–Entra en casa –le dijo. Y la niña obedeció.

José se quedó parado hasta que la puerta se cerró detrás de ella. Entonces suspiró, y caminó hacia su coche. Le vino en mente después de tanto tiempo, el recuerdo de su padre; un cazador con escopeta, a quien no se le daban bien las trampas, pero con el arma de fuego..., era el mejor. Había sido un hombre excéntrico que vivía ajeno a todo cuanto pasaba a su alrededor, actitud que le había valido la reputación de brujo. Se decían de él tantas cosas que uno se perdía entre lo real y lo inventado. Pero nada parecía importarle, nada, salvo quizás su esposa, una mujer completamente opuesta a él; la única persona que conseguía sacar de él mucho más que monosílabos. La madre de José había sido realmente preciosa y lloró mucho su muerte, ahogada en el río. Esa muerte enloqueció a su marido, quien abandonó el pueblo y fue a construir una pequeña casa a unos kilómetros. A José aquel aislamiento le hacía sentirse cautivo. Pero con el tiempo, aprendió a distraerse con todo lo que tenía a su alcance. Así pues, se pasaba mucho tiempo hablando con los árboles y jugando al escondite con su propia sombra... Se acordó de aquella mañana, cuando el señor Abeso, hombre barrigón, nutrido de cerveza casera y de jugo de palma, se presentó temprano. Vestía una camisa otrora blanca, mas hoy asemejaba más a una segunda capa de piel asquerosa y sucia, y desprendía un olor a desechos de cabra secados al sol. Sobre la camisa descansaba una vieja y arrugada chaqueta que le confería un aire de vagabundo. Sus jeans desteñidos tenían pinta de no haber sido lavados en años, y su rostro, hinchado por el alcohol, tenía rasgos demasiado grandes e imperfectos para ser atractivos. Había venido a pedirle al padre de José acompañarle a verificar las trampas para panteras que había colocado. Él no tenía arma de fuego, y le preocupaba que uno de esos felinos atrapados siguiera vivo. Por si el animal seguía aún con vida, le vendría bien

el arma. Para gran asombro de José, su padre aceptó; pero se opuso a que él los acompañase. Reza la cultura popular que cuando el mal se acerca la gente siente alguna incomodidad, un mal presentimiento, un ojo parpadeante o algo por el estilo. Pero José no presintió nada de eso; aquel fue un día como cualquier otro, quizás aún mejor que los demás, pues no tenía encima a su padre, y pudo hacer todo lo que le vino en gana, lo cual no fue mucho estando solo, a tanta distancia del pueblo al que no se atrevía a ir por miedo a la reacción de su padre si se llegaba a enterar. Y las horas pasaron, el Sol descendió ocultándose detrás de las copas de los árboles ciclópeos del bosque. El crepúsculo anunciaba la llegada de otra noche de una oscuridad completa. El estruendoso ruido de una multitud de aves buscando revoltosas sus respectivos nidos, se oponía a la calma de la solitaria propiedad. José esperaba sentado en el abaá la llegada de su padre, estaba empezando a preocuparse por la tardanza. Eran ya las diez de la noche cuando vio subir por la pequeña cuesta que comunicaba con la carretera, dos siluetas que caminaban precipitosamente. El muchacho se puso de pie y fue a su encuentro. Más cerca de ellos se dio cuenta de que se trataba de Esono, el presidente de Consejo de su poblado, y otro hombre al que no reconoció.

–Buenas noches jovencito –le saludó el presidente del Consejo. José respondió con educación.

–No sé cómo decirte esto –empezó el señor pasándose la mano por la cabeza–, tu padre..., tu padre ha muerto.

Aquellas palabras le sonaron tan lejanas como si el que las pronunciaba estuviera en una dimensión distinta. No se lo podía creer. ¿Muerto? ¿Su padre? El shock le duró horas, sentía como si su cuerpo y su alma estuvieran entumecidos o anestesiados [...] Según le contó aquel señor cuyo nombre nunca llegó a conocer, su padre murió asesinado, una bala le atravesó el corazón. Abeso, su asesino, alegaba haberle disparado a una pantera que se le abalanzó, pero al acercarse después al cadáver de la fiera, comprobó que el animal se había convertido en su compañero de caza. Fue encerrado en la comisaría y tiempo después trasladado a la cárcel de Evinayong. Pero los rumores sobre la muerte de su padre no cesaron. Algunos apoyaban la versión del asesino, pues sabían sobre la reputación de brujo que tenía el muerto. Otros creían que había sido un ajuste de cuentas, pues desde hacía un tiempo circulaban rumores sobre la aventura que mantenía su padre con la mujer de su asesino. José nunca llegó a conocer la verdadera razón por la que había muerto su padre, nunca necesitó saberlo, abandonó aquella propiedad solitaria y no pensó en volver, pero volvió... Empero, tras la muerte de su padre, emigró a Gabón donde

tenía un tío materno residente en la capital de ese. Fue ahí donde tuvo por primera vez aquel sueño que siguió repitiéndose durante años. Estaba parado frente a una vieja tumba agrietada con profundos hoyos que dejaban entrever un putrefacto ataúd que él nunca se atrevía a mirar muy de cerca. Minutos después empezaba a sonar una canción desde las profundidades de la tumba, la melodía le resultaba familiar... ¿era la misma que cantaba su padre!: *Mira cómo descansan hijo, mira cómo duermen a mi alrededor, como reyes en sus palacios, mira cómo duermo yo, bajo ruinas corroídas por los bichos y el agua, mira cómo duermo yo, con mi cuerpo al descubierto, hijo, mira cómo duermo yo.* La voz que la entonaba era tan embaucadora que le daban ganas de acercarse para ver, pero entonces, cuando empezaba a aproximarse, se despertaba, siempre igual, sudado y jadeando. Pocos años después conoció a Marie, la hija de unos vecinos del barrio donde vivía con su tío. El barrio se llamaba Lálala, y ahí vivían muchos ecuatós³. Su amor afloró entre botellas de lait caillé⁴ y long-pain⁵ de mantequilla; y tras varios años de trabajo decidió casarse con ella y volver a su tierra, donde tenía una propiedad enorme.

El coche abordó la curva a una velocidad vertiginosa. José regresaba del país de los recuerdos, suspiró y aflojó la presión sobre el acelerador. Hacía mucho que no pensaba en cómo había muerto su padre, y no pudo evitar volver a preguntarse por si era cierto que pudo haberse convertido en felino. Suspiró ahora más profundamente, ¿de qué servía a estas alturas pensar en el pasado? Llegó a la ciudad de Evinayong. Hacía ya casi una quincena de años desde que había vuelto a su pueblo, y había abierto un par de abacerías. El negocio se lo llevaban unos extranjeros procedentes tal vez de Mali. Él nunca se había parado a preguntarles por su nacionalidad, total, para él, todos eran iguales. Tenía también un bar en el mercado, donde el alcohol se vende sólo, le había dicho su mujer cuando le comentó su nuevo plan de negocio. Estaba sentado en la terraza de uno de sus negocios, bebiéndose una cerveza, cuando un bocinazo lo sacó de sus cavilaciones; alzó la mirada, y vio a su amigo, el doctor Joaquín Nkua, un hombre delgado y larguirucho, con el que entabló amistad en aquella terraza cuando éste vino una tarde a por su dosis de whisky diario.

–Buenos días doctor, un poco temprano para venir por aquí, ¿no?

–¡Ah!, me hago cada día más viejo y mi paciencia con esa gente mengua cada vez más –contestó el hombre dejándose caer con un suspiro en la silla a la izquierda

³ Ecuatós, nombre con el que se referían despectivamente los nativos gaboneses a los emigrantes ecuatoguineanos.

⁴ Leche fermentada

⁵ Jerga barriobajera que en español equivaldría a decir pan largo.

de su amigo, no sabía cómo introducir el tema que le había traído por el bar a esa hora tan temprana.

—¿Otra vez te has peleado con los cubanos? —Le preguntó José tomando un buen trago de su bebida.

— Es que no soporto su ineptitud, y decir que ganan más que yo, tras más de diez años ejerciendo la medicina y debo seguir supervisándoles...—Hizo una pausa para aceptar la bebida que le ofrecía la camarera, como siempre, un chato de Tres Cepas con X-RAY—. Cada vez que hay un caso más complicado que el paludismo o la tifoidea —siguió despotricando el médico—, me mandan llamar, tengo que hacer su trabajo y el mío, ya estoy harto de verdad.

—¡Ah! Esos cubanos no saben nada. Mira que el otro día llevé a mi hijo Kevin porque tenía mucha fiebre y vomitaba todo lo que comía, la mujer esa ni siquiera le hizo ni los análisis ni nada, estaba ahí manejando su teléfono mientras le explicaba los síntomas, y de pronto, me entrega una receta que me costó diez mil. Mas encima, tras unos días de darle la medicación al niño, seguía igual. Al final tuve que llevarlo a la clínica del doctor Chang, y ya sabes cómo son esos chinos, por todo te cobran un ojo de la cara; pero bueno, sus medicamentos por lo menos son efectivos.

—Esos chinos también son uno ineptos, pero bueno la verdad es que todo este cachondeo viene de arriba y ahí nadie se mete.

— Exacto.

Permanecieron en silencio durante unos minutos mirando el pasar de la gente que hacía la compra.

—No sé cómo decirte esto José, es que..., bueno..., sobre la muerte de tu esposa hay algo que he descubierto.

José dejó con lentitud el vaso del que estaba por beber y le dirigió una mirada penetrante a su amigo. No se había dado cuenta hasta entonces, de que este tenía los ojos demasiado separados. Siguió en silencio y, con un ligero gesto, le instó a continuar.

—Los síntomas que presentaba tu mujer, los vómitos, los dolores estomacales, la diarrea, la irritación en la piel..., me recordaron un caso que había visto durante

mis estudios de posgrado en Cuba. –Hizo una breve pausa y miró a su amigo cuyo semblante se mantenía inexpresivo–. Creo que tu mujer pudo haber sido envenenada.

Aquellas palabras retumbaron en los oídos de José, haciéndose eco en su mente como un bucle en reproducción. Sintió un fuerte dolor en el pecho, justo antes de caer de la silla y golpearse contra el cemento como un pesado fardo.

Mangué estaba sentada en una de las rocas que bordeaban el río, mirando ensimismada a su hija sumergirse durante eternos minutos en el agua, mientras mantenía una conversación con su amiga Luisa.

– Ahora que ella ya no está, serás más feliz en tu matrimonio, ¿no? –Preguntó Luisa mientras aclaraba unas camisetas.

– Supongo que sí –contestó Mangué con poco entusiasmo.

– ¡Cuanta felicidad!, ¿eh? –Se rió Luisa. –¿Y qué pasa con Petí? –Preguntó con una risita.

– ¿Cómo que qué pasa con Petí?

– ¡Akie!, ¿ya no sois...? –Eso último vino acompañado de una estridente carcajada.

– ¡Hum!, búrlate de mí, *faa*. –le contestó Mangué con un deje de enfado en la voz–. Esa mujer me hace la vida imposible hasta muerta, ¡cómo la odio! No sé qué vio ese hombre en esa gabonesa.

Un silencio incómodo se instaló en el aire, Mangué se adentró en el río y se puso a chapotear en el agua dándole vueltas a su actual situación.

– ¡Osuiñ⁶! –Gritó una voz infantil que ella reconoció enseguida.

– ¡Pasa! –le gritó a su segundo hijo, Kevin. Se fue a la orilla y se ató la toalla sobre la ropa mojada. –¿Qué pasa? –Le preguntó al niño cuando lo tuvo cerca.

– Papá te llama.

– ¡Hum! ¿Y por eso te manda antes? Ya vengo.

⁶Osuiñ, palabra fang que equivale a río en español, es una expresión usada en los ríos para estar seguros de que están vacíos o a qué genero pertenece la persona que está en ellos en el momento.

– Ha venido con el tío Joaquín, parece estar enfermo.

Recogió sus cosas y le puso a la niña el mismo vestido sucio que había traído puesto. Se despidió de su amiga y caminó hacia la casa sintiéndose, como últimamente le pasaba, observada. Desde que le mandó llamar del río, su marido estaba raro, seguía cada uno de sus movimientos desde el abaá y no le dirigía la palabra. Cuando ella le fue a depositar la comida en la tarde, la agarró de la mano y le preguntó con una voz que le hizo sentir miedo.

– ¿Tienes algo que contarme?

– ¿Algo que..., que contarte? –El corazón le dio un vuelco, él lo sabía, lo sabía.

– Sí, algo que contarme con respecto a Marie.

– ¿Marie? Yo no sé nada de Marie –respondió ella soltándose del agarre para casi salir corriendo de vuelta a la cocina.

Aquella noche, como todas las demás, durmió sola. Durante los primeros años de matrimonio José dormía regularmente con ella; pero tras tener los tres primeros hijos, dejó paulatinamente de cumplir con sus deberes conyugales. Ella siempre había sospechado que la única razón por la que aquel hombre siguió visitando de vez en cuando su cama, era porque Marie se lo exigía, y nunca les pudo perdonar aquella humillación. Tuvo claro desde el principio, que para aquel matrimonio tan bien consolidado y lleno de amor, ella sólo era un sacrificio, un fin para conseguir lo único que les faltaba: hijos. Eso fue desde el principio lo único que les importaba de ella. Siempre odió a esa mujer que haciéndose pasar por buena, constantemente conseguía lo que quería de todo el mundo. Ella había sido feliz hasta que su madre prácticamente le obligó a casarse con un hombre que le doblaba en edad. Ojalá simplemente la hubieran dejado irse después de conseguir los hijos que querían, todo habría sido diferente. Se acomodó mejor en la cama y cerró los ojos, quizás aquella noche consiguiera dormir.

En la habitación contigua Kevin se despertó sintiendo unos tirones en el estómago, le dolía, rugía y se retorció como si en vez de intestinos tuviera una serpiente irritada. Tenía que ir siempre corriendo al baño situado al exterior de la casa. Miró a su hermano mayor que dormía a su lado.

– Junior, Junior –lo llamó en susurros, zarandeándole suavemente– Junior porfa, acompáñame en el baño.

Junior levantó adormecido la cabeza, y la volvió a dejar caer con pesadez en la cama.

– Junior no, chuco⁷, por favor acompáñame –le siguió suplicando. Sabía lo difícil que era despertar a su hermano; y pensó en pedirle ayuda a Juanín, el hermano pequeño, pero ya no le daba tiempo; si no corría al retrete enseguida se lo haría encima, y ya había pasado por esa situación antes, y se llevó tremenda paliza.

Tragando saliva asomó la cabeza en la oscuridad de la noche. Si antes le daba miedo salir al patio de noche, ahora el miedo se había cuadruplicado con aquella tumba que descansaba en medio del mismo. En el pueblo había oído a muchos decir que su madrastra era un alma en pena que seguía vagando por la propiedad, que por eso su cuerpo se había sacudido, pues no estaba del todo muerta. Muchos opinaban que la idea de su padre de enterrarla en medio del campo era descabellada y un acto de brujería. Kevin no sabía que tan ciertas eran todas aquellas afirmaciones; pero lo que sí sabía era que sentía un terror atroz. Pero las ganas de evacuación de su cuerpo pudieron con el miedo. Y haciendo acopio de todo su valor, salió disparado hacia el baño; y no fue hasta que estuvo en cuclillas encima del retrete, que se dio cuenta de que había estado reteniendo el aliento. Estuvo empujando con todas sus fuerzas durante eternos minutos; y cuando por fin se levantó, sentía una flojera en las articulaciones de las rodillas y un sudor frío bañaba su frente. Se acomodó la ropa y de nuevo fue consciente de que se encontraba solo y el miedo volvió a rugir en su interior. Abrió apresuradamente la puerta y salió al patio donde hacía mucho frío y se le puso la piel de gallina. Una sonrisa sonó de pronto. Miró a uno y otro lado y no vio a nadie. Echó a correr de regreso a casa, cuando unos fuegos fatuos se interpusieron en su camino. Bolitas diminutas de fuego contenido formaban un figura humanoide, de las que emanaba la risa, de cada una de las bolitas, y sonaba haciendo eco. El miedo le paralizó, se dejó caer y se tapó los oídos con las manos para no oír aquello que repiqueteaba a su alrededor como un espeso y profundo llanto, porque era como si las voces sonaran dentro de su propia cabeza. Y gritó, dejó salir todo el miedo que reprimía en su corazón con un alarido.

Mangué seguía dando vueltas en la cama cuando oyó el grito. Pensó que algo malo le había pasado a alguno de sus hijos, y salió corriendo del cuarto portando tan solo un pantaloncillo que en algún momento perteneció a su marido. En medio del patio encontró a Kevin sentado en el suelo abrazado a sí mismo y meciéndose mientras seguía gritando.

⁷Chico

– ¡Kevin! ¡Hijo!, ¡Dios mío!, ¡Kevin!... –Mangué se dejó caer al lado de su hijo y lo abrazó. El niño ahora temblaba susurrando palabras inaudibles.

– ¿Qué te ha pasado? ¡Ah! –Le preguntó con voz llorosa, zarandeándole pues no se decidía a hablar claro.

– ¿Qué pasa aquí? –Cuestionó José mientras les hacía levantar a ambos-. ¿Por qué gritas Kevin? ¿Y tú por qué estás desnuda?

– He oído el grito y..., y..., –intentó justificarse la mujer dándose cuenta de su desnudez.

– ¡Fuera!, ¡muff!, ¡vete a vestirte! –Rugió con enfado José; y Mangué corrió a vestirse.

– ¿Y tú por qué lloras? –Le preguntó a su hijo agarrándole de la barbilla y alzándole el rostro.

– Ella, ella..., –el niño temblaba como un flan. José lo llevó dentro. El resto de habitantes de la casa se había despertado.

Aquella noche José ya no consiguió pegar ojo, todo lo que estaba pasando le hacía sentir angustia. Algo iba realmente mal, primero el incidente con el cadáver, ahora lo que decía Kevin haber visto, y esa opresión en el pecho que le seguía a todas partes. De pronto le daba miedo estar solo en el cuarto que había compartido siempre con su esposa. Estaba en el sillón del salón mirando el cielorraso como si en él se encontrara la solución a todos sus problemas, Estaba echado boca arriba en el sillón, cuando escuchó un ruido raro. Le resultaba difícil captar exactamente de dónde provenía. Se sentó y miró a uno y otro lado. Iba a dejarlo pasar como una simple alucinación provocada por su mente cansada, cuando una luz proveniente de la habitación le hizo dar un brinco. Se levantó vacilando y se acercó al cuarto, la puerta se abrió, y una tumba abierta se materializó en medio de su cuarto, la tierra de los bordes era negra, estaba mojada y lucía removida, en la cruz que tenía por lápida había escrito un nombre ilegible por el moho y la suciedad que lo cubría. Se acercó, alargó la mano para limpiar la suciedad, y de pronto todo desapareció y él se encontró parado en medio de un cuarto a oscuras.

III

A la mañana siguiente José seguía con los nervios de punta. No había conseguido pegar ojo hasta bien entrada la mañana, y los sueños que tuvo fueron tan angustiosos, que despertó más cansado. Kevin se negaba a salir de casa y su zozobra había contagiado a sus hermanos. La única que parecía no darse cuenta de lo que estaba pasando era Soleil, pero eso no era nada nuevo. José subió a la ciudad a hablar con el Padre Juan, el párroco de la catedral de Evinayong. Le explicó todo cuanto había pasado desde que se enterró a su esposa.

–Ya te dije yo que enterarla en el centro de tu patio era un gran error –le reprochó el sacerdote tras oír su inverosímil relato.

– Era su última voluntad después de todo lo que sacrificó por mí. Creo que era lo menos que podía hacer. Además, Padre, aquella tumba me resulta familiar. Creo haberla visto antes.

El sacerdote quedó en ir al poblado aquel domingo para purificar el patio, y rezar por el alma de la difunta. José se pasó el resto del día en la ciudad, con miedo tal vez a regresar a casa.

Mangué estaba de los nervios, un miedo líquido corría por su piel en forma de sudor. No paraba de mirar de uno a otro lado en todo momento. Ya no podía soportar aquel sentimiento de angustia que se había impuesto en su corazón; como si una piedra enorme hubiera caído sobre sus pulmones, impidiéndole respirar. Sus hijos estaban igual de inquietos y asustadizos. Y todo aquello era por su culpa. Cogió a sus hijos y subieron juntos al pueblo. No quería seguir ni un segundo más en aquel lugar. Los dejó en casa de su madre, de la que se despidió con la excusa de tener algo de qué hablar con Luisa.

La casa del presidente de Consejo estaba pintada con una mezcla extraña de colores, una combinación de verdes que con los años habían adoptado un color anaranjado, del polvo que se adhería a las paredes. La parte baja del edificio era de un color verde intenso, como el de los bosques tropicales, mientras la parte de arriba era muchísimo más clara. A unos metros más allá estaba el abaá principal del poblado, donde acostumbraban a pasar el rato los hombres cuando no estaban trabajando ni de cacería. En aquellos años había muchos jóvenes en el pueblo. Muchos de los que se habían ido a Bata estaban de regreso, y trabajaban como obreros en la empresa constructora SOGEA SATOM, que tenía su sede en

Evinayong. Muchos habían abandonado los estudios para trabajar como peones; y ganaban unos 200.000 Francos al mes; y la mitad acababa en bares y en prostitutas. Petí era uno de ellos. Ella lo conocía desde cuando eran niños. Habían crecido juntos y se enamoraron, un amor adolescente que se quedó en pausa cuando él se fue a Bata a terminar el Bachillerato. Ella le esperó alimentando sueños de los dos juntos, pero entonces su madre la casó con José, y todos sus sueños acabaron en la basura. Cuando cinco años después de su matrimonio Petí regresó, ella intentó mantener las distancias, pero sin darse cuenta, acabó convirtiéndolo en su amante.

Tal y cómo lo esperaba, Petí estaba ahí, jugando al Akong con otros hombres. Se acercó a una de las esquinas y le hizo una señal. Él se dio cuenta de su presencia, dejó la partida, y vino a su encuentro.

– Hola preciosa –le dijo acariciándole la mejilla.

– Acompáñame al bosque, tenemos que hablar.

Subieron hacía la iglesia, una construcción de madera vieja y decadente, detrás del edificio había un pequeño bosque en el que se adentraron siguiendo el camino que llevaba al manantial. Cuando llegaron cerca del manantial tomaron un desvío que llevaba al campo de fútbol.

– ¿Tienes algo que ver con lo que le ha pasado a la gabonesa?

– ¿Por qué me preguntas eso? –Respondió a la defensiva y nervioso.

– Porque su espíritu anda por ahí asustando a mis hijos y haciéndome perder los nervios –le dijo ella con los ojos llorosos y la voz cascada por el llanto reprimido–. Dime que no le has hecho nada, porque yo..., yo ya no puedo con esto.

Petí la abrazó.

– Dime algo, por favor...

– Yo no tengo nada que ver con lo que le ha pasado.

Ella se apartó de él y lo miró a los ojos, no sabía si creerle. Le parecía demasiada coincidencia todo lo que había pasado. Unas semanas atrás habían hablado más o menos en broma de la manera de acabar con su matrimonio, de cómo envenenar a su marido, y ahora pasaba todo esto.

– ¿Me lo prometes?

– Te lo prometo –le dijo él volviendo a apretarla contra su pecho.

Regresó a la casa de su madre y se la encontró tumbada en uno de los camastros de la cocina. Se sentó en un banco al lado de la hoguera, al lado de su hija Soleil.

– Luisa te ha buscado aquí, ha visto a los niños fuera y ha pasado a ver si estabas.

– Ya, tu amiga también ha estado en mi casa anoche; me gustaría poder decir que no sigue por ahí.

Nchama se incorporó y miró a su hija.

– ¿Qué?

– Pues que estoy viviendo con un espíritu, ¿Kevin no te ha dicho que la vio anoche?

– Akie.- se asustó la mujer.

Su hija terminó de explicarle lo que había pasado, y su estupefacción fue en aumento. Nchama se quedó mirando con preocupación a su hija, que tenía unas ojeras horribles y temblaba ligeramente. Se levantó de la cama, había que hacer algo con aquella situación antes de que fuese a más.

Nzang Okeng era una mujer mayor, rondaría los setenta y tantos años. Vivía sola en una vieja casa que se caía a pedazos, en cuyo patio trasero había infinidad de plantas comestibles: guayabos, cañas, árboles de cacao..., Nzang Okeng tenía fama de bruja, que se había granjeado por su aprecio a la soledad, ese aspecto mugriento y vagabundo, el celo con el que guardaba su intimidad, y su muy mal carácter. Pero a pesar de todo lo que decía la gente, a ella acudían cuando tenían algún problema que los médicos no podían curar y que no fuera tan grave como para gastar dinero en una curandera de verdad. De joven había ingresó en una curandería con la esperanza de recibir formación; pero su maestra en las artes de la sanación le cogió manía y le impidió acabar su formación. Con lo poco que había aprendido, ayudaba a la gente del pueblo, sanaba las fracturas, las enfermedades nimias de los hijos..., y a cambio le daban lo que necesitaba para sobrevivir. Durante la colonia su marido tuvo una pequeña finca, cuyos árboles quedaron sepultados bajo la maleza después de que ingresara en prisión y muriese ahí. Y los niños del pueblo se adentraban en la finca en busca de frutas, situación que la

vieja no soportaba, por ello colgaba envueltos de hierbas raras en telas rojas, que al principio asustaba a los chavales, pero que con el tiempo dejó de importarles. En el pueblo, todos decían lo tacaña que era.

Nchama cruzó la carretera con su hija, llegando a la casa de la vieja Nzang Okeng. Estaba sentada en un banco bajo la sombra de un enorme árbol que se erguía en medio del patio delantero.

– Mbolán⁸ –saludaron a la vieja que las miró con un mohín de fastidio.

– ¿Qué queréis ahora? –Alguien ya no puede descansar, *jakie!*

– Necesitamos tu ayuda, es algo importante, es que...

– Todos necesitáis mi ayuda –le cortó la anciana–, después vais por ahí llamándome bruja, pero cuando necesitáis algo, a mí acudís; ya me he cansado de vosotros.

Las mujeres se la quedaron mirando perplejas, sin saber muy bien cómo seguir adelante con aquella conversación.

– ¿Qué hacéis ahí paradas como estatuas? ¡Hablad de una vez!, ¡hum!, me tapáis la vista.

– ¡Humm!..., bueno..., es que tenemos un problema con..., bueno..., con un espíritu –intentó explicar Nchama viendo de pronto lo ridículas que sonaban sus palabras.

– ¿Espíritus?

– No, no, en plural no –saltó a corregirle Mangué– Sólo uno, más bien el de mi suegra⁹.

Le explicaron el tema del cadáver. La anciana les escuchaba sin decir nada.

– Entonces si lo he entendido bien, la mujer de tu esposo vaga por tu casa –dijo por fin la vieja con un tomo sarcástico o burlón.

– No es una broma.

⁸Mbolán, palabra fang que en español significa hola.

⁹Suegra; para los fang la primera esposa es considerada como una madre para la segunda, por lo que ésa para referirse a ella utiliza la palabra suegra o mamá.

– Ya sé que no es una broma. He oído los rumores sobre lo que pasó en el velatorio, en este pueblo de chismosos todo se sabe –respondió la vieja con una mueca de desprecio–. En todo caso ahora no puedo hacer nada por vosotras, dejadlo para el domingo, que ahora ya tengo otras cosas que hacer.

Como si ellas no existieran, la mujer se recostó en su silla y desvió su atención hacia el otro lado de la carretera, como si pudiera ver algo que ellas no. Ahí estaba aquel gris, aquella frialdad, aquella mirada, esos ojos, un escalofrío le recorrió la piel y volvió a sentir sobre ella el dolor, la humillación. Se le escaparon de los ojos unas lágrimas traicioneras que se apresuró a limpiar. Al otro extremo de la polvorienta carretera Mangué vio a su hija, la niña estaba mirando hacia ellos parada en el borde de la carretera, como una estatua de cera movida por el viento.

Volvieron a casa en el coche de su marido cuando la noche ya se había adueñado del cielo. Él, receloso, no le dijo nada sobre el sacerdote, ella inquieta y cansada, no se acordó de hablarle de la curandera. Aquella noche, mientras Mangué se preparaba para dormir, la puerta de su cuarto se abrió y entró José. Ambos se quedaron quietos mirándose sin saber muy bien qué pasos dar, ella suspiró y se sentó en la cama.

– ¿Necesitas algo? –Se atrevió por fin a preguntar la mujer.

– ¿Qué pregunta es esa?, ¿acaso no es este mi cuarto y no eres tú mi mujer? –Le contestó él con otra pregunta, arqueando una ceja.

– ¡Hum! Ya..., como no venías antes... –Respondió Mangué en susurros. Y se dispuso a dormir, total, le venía bien tener a alguien, por si acaso, ya que con la luz de las velas no se sentía muy segura.

José contempló en silencio el montón de velas encendidas en la habitación, que ya parecía más bien un altar en la Pascua, pero no hizo ningún comentario. La luz era mejor que la oscuridad y sus tinieblas. Con cierta incomodidad se tumbó al lado de Mangué. Hacía prácticamente un año que no dormía en aquella cama. La noche fue cediendo paso a la madrugada mientras los esposos seguían dando vueltas en la cama sin conseguir conciliar el sueño. Ninguno se atrevía a decir nada aunque ambos sospechaban que el insomnio era mutuo. La cama de madera crujía a cada uno de los movimientos que alguno hacía para encontrar la mejor postura, ésa que le hiciera rendirse a los brazos de Morfeo. Su desvelamiento se debía en parte al miedo de lo que les deparaba aquella noche y a la situación tan inverosímil

de tener que compartir aquella cama por miedo a un fantasma. Las horas pasaron lentamente, los dos consiguiendo quedarse dormidos. Cuando sonaron las primeras notas, José creyó estar soñando, y siguió dormido. Pero la música fue tomando fuerza, una voz melodiosa entonaba aquella canción que parecía sonar en el pecho mismo de las paredes. La voz era masculina, grave y armoniosa, profunda y cargada de sentimientos. José se levantó helado de miedo. Aquella voz, aquella canción, aquella sensación..., se sintió otra vez un niño. Se abrazó a su esposa y lloró todas las lágrimas de su cuerpo. Todo era por su culpa, eso enunciaba aquella voz, cómo no lo vio antes. Mangué estaba estupefacta por la reacción de su marido, y el sueño se le volvió a escapar.

– ¿Qué pasa? –Le susurró al oído.

– ¿No lo oyes? –Le preguntó él atónito.

– No.

Su llanto se hizo más amargo, si tenía alguna duda, ya estaba resuelta. Todo era de su culpa, aquella tumba...

IV

Por fin llegó el tan esperado domingo. Mangué salió de la cama despacio, hacía unos minutos que su esposo se había quedado dormido y tenía miedo en despertarle. Desde el viernes que juraba haber oído la voz de su padre, José estaba ansioso, se pasaba las horas contemplando ensimismado algún punto fijo, otras veces murmuraba palabras que ella no lograba entender. Se estaba poniendo uno de sus cabas¹⁰ cuando vio pasar por la ventana la sombra de alguien. Aquello le pareció raro, pues no tenían vecinos. Se colocó el vestido y salió al patio. Decidió pasar por donde vio la sombra y comprobar que nadie anduviese revoloteando por ahí. Caminaba despacio por uno de los lados laterales de la casa cuando escuchó el cacarear adolorido de una gallina. Se dio más prisa. Cuando giró por la parte trasera de la casa, vio algo que la dejó helada. Sentada en suelo estaba su hija, con la gallina entre los pies. Y le arrancó de cuajo la cabeza y se bebió su sangre. Mangué

¹⁰Caba, vestido hecho con tela africana que las mujeres se ponen para estar en casa.

dio media vuelta en silencio y regresó a su cuarto. No podía dejar de pensar en lo que acaba de ver. El corazón le latía muy rápido. Pensó en todas las gallinas que se había encontrado muertas, sintió náuseas, casi devuelve. ¿Por qué su hija se bebía la sangre de las gallinas como si fuera un vampiro? Se sentó en la cama y ahí se quedó, lívida como una hoja de lámina blanca, con la mirada perdida entre los rayos de sol que se filtraban por los agujeros de la pared de madera. No pensaba en nada, no sentía nada, era como si tuviera el cuerpo entumecido, sólo la frialdad de unas lágrimas amargas al rozar la piel de su rostro la mantenían unida al mundo sensible. Se quedó así hasta que despertó unas horas después entre sábanas, no sabía cómo había acabado acurrucada en la cama.

Era ya de mediodía, su marido estaba sentado, como era su costumbre, en el abaá, contemplando la nada. Ella fue directo a la cocina, con la mente aun aturdida. No había visto a su hija, lo cual le aliviaba, pues no sabía cómo portarse respecto a lo que había visto aquella mañana. Tenía adosada al cerebro la imagen de su hija bebiendo de aquel animal muerto. Estuvo trasteando en la cocina durante un rato, preparando una sopa de cacahuete. A José le gustaba la comida tradicional, y ellas, incluso Marie antes de morir, procuraban no tener para él una simple salsa de tomate. Miró en la despensa por si aún quedaba alguna yuca. En toda la semana no había tenido la mente como para llevar a bien las tareas domésticas. Volvió a la cocina, miró hacia la esterilla que colgaba de las vigas del techo, encima del fogón. Se acercó hasta ella y alargó la mano. Tanteó para encontrar la yuca, y sus manos tocaron algo que crujió bajo su tacto. Quitó de su escondite el envuelto, lo abrió, y contempló con cierto recelo la banga. Durante los años que había vivido con su marido, sólo le había visto fumar en contadas ocasiones. Contempló detenidamente la droga, y se percató de su color inusual. Lo olisqueó. No olía más pestilente de lo normal. Recordó que unos días antes de la muerte de Marie, Petí le había hecho unas preguntas sobre su esposo, y estuvieron hablando de marihuana. ¿Sería posible?, ¿se habría atrevido?

El sonido de unos pasos detrás de ella le sorprendió. Se dio la vuelta y se topó de lleno con los ojos fríos de su hija; del susto se le cayó de la mano el envuelto. De pronto sintió que su consciencia se esfumaba, como si una nube de humo le tapara todos los sentidos, no veía, ni oía, ni percibía nada, el tiempo se detuvo y ya nada más sintió.

José estaba sentado en el abaá recordando aquel sueño que de pronto se había hecho tan real, cuando escuchó voces desde la carretera. Se levantó y fue a ver lo que pasaba. Un grupo de personas caminaba hacia su casa. Los reconoció a todos;

era gente del pueblo, su suegra Nchama enfilaba el grupo, acompañada de Nzang, la esposa del hombre que mató a su padre. José se la quedó mirando. Esa mujer ya nada tenía que ver con la joven hermosa que hacía más de 30 años traía locos a todos los jóvenes del pueblo. La procesión llegó hasta él. En ese momento el padre Juan bajaba del vehículo parroquial, acompañado de otro hombre.

– Hola chico –le saludó el jefe del poblado, que también formaba parte del grupo. José le devolvió el saludo.

– ¿Qué os trae por aquí? –Lo preguntó a todos y a ninguno, obviamente contrariado.

– Tu esposa me pidió ayuda respecto al problema que os aqueja –le contestó la vieja Nzang, y me he tomado la libertad de hacer venir estos testigos.

José estaba perplejo, suspiró con cansancio. Si aquella mujer podía devolverle un poco de paz, pues bienvenida fuera. Ya no pedía ninguna lógica ni nada, sólo paz, la tan soñada y espera paz. Su hija estaba cerca, contemplando a toda esa gente. La mandó a la cocina a por su madre. Esperaba a su esposa mientras contestaba a las preguntas del acompañante del Padre Juan, un tal padre Nsí, y de pronto, un estruendoso ruido proveniente de la cocina acalló toda la actividad que se desarrollaba en el abaá. Corrieron a la cocina todos, y se encontraron a Soleil en la puerta, contemplando a su madre, que convulsionaba en el suelo, vociferando cosas que nadie entendía.

– ¡Carguen con ella y llévenla al abaá! –dijo el padre Nsí a unos hombres jóvenes.

Mangué seguía agitándose violentamente. La sentaron en un banco y le agarraron los brazos y las piernas para que no se hiciera daño.

– ¿Quién eres? –Sorprendió a todos Nsang al preguntárselo a Mangué.

– ¿Cómo que quien es? –Respondió José con otra pregunta-. ¿No me has dicho que fue ella la que te convocó?

– Ella no es. ¿A qué no? –Volvió a interrogar a la mujer que seguía removiéndose.

Mangué abrió los ojos, a su alrededor todos tenían la mirada fija en ella.

– ¿Quién eres? –Volvió a hacer la pregunta aquella vieja.

A Mangué la cara de la anciana le sonaba ligeramente. Pero se sentía aturdida.

Hasta que progresivamente unos viejos recuerdos volvieron a su mente.

– Soy la mujer de esta casa –su voz le sonó ronca–. Y Marie sintió que estaba en aquel cuerpo, en el cuerpo de la mujer culpable de su muerte: Soy Marie –dijo.

Todos se la quedaron mirando atónitos, algunos retrocedieron. Nchama miró a su hija, que ya no era su hija, tenía los ojos blancos como las nubes en un día claro.

– ¿Por qué sigues aquí?

– Hace unas semanas, volviendo del bosque, me paré en el riachuelo que hay cerca del camino que lleva al campo de fútbol. Estando ahí oí unas risas, alcé el rostro para ver de quién se trataba, y los vi. Estaban abrazados. Me llevé una decepción. No podía creer que Mangúe le hubiera sido infiel a nuestro esposo, pero también la entendí, y me sentí culpable; pues sabía que mi marido le prestaba poca atención. Estuve pensando durante un tiempo en cómo arreglar esa situación, pero de pronto estaba muerta.

Todos se quedaron en silencio, mirando a aquella mujer que parecía querer saltar volando de la silla con esos movimientos raros que hacía. La estupefacción dio paso a los cuchicheos.

– Dices que estaba con alguien en las linderas del río –comentó el Padre Juan–. ¿Con quién estaba?

Otra vez el silencio, todos esperaban su respuesta, ansiosos.

– Él...–señaló a Petí.

El asombro fue a más, el muchacho se quedó helado, igual que su padre a su lado.

– ¿Es eso cierto? –Se lo preguntó a su hijo.

– Claro que no. Yo no..., no... –intentó decir algo.

Kevin, que estaba parado en la entrada del *abaá* y con el cuerpo rígido de miedo, recordó algo. Hacía como una semana, al regresar a casa porque se había sentido enfermo en la escuela, se encontró con Petí en el patio, y parecía venir de la cocina, lo que le pareció raro. Pero no lo comentó con nadie, pues su madre le dijo que había venido a dejarle unas cosas que le envió la abuela Nchama. Sumido en estos recuerdos, Kevin caminó despacio hasta su padre, que se encontraba sentado en un

banco, con la espalda apoyada en la pared de madera. Y le susurró al oído aquello a su padre. José sintió una furia emanar de su interior, toda su culpa y todo su sufrimiento se habían convertido en un fuego de rabia que le consumía el corazón. Se abalanzó sobre Petí y descargó en él todo cuanto sentía. Golpe a golpe le devolvió el dolor que él había causado en su corazón. Petí no se defendía, intentaba tan sólo protegerse. Los hombres le cogieron de los brazos e intentaron apartarlo, pero se revolvió gritándoles que lo dejaran matarlo. Petí sangraba a mares, su padre lo levantó del suelo y lo colocó detrás de él como medida de precaución.

– Este asunto será investigado –dijo con voz apesadumbrada el viejo jefe de poblado–; mañana a primera hora iremos a presentar la denuncia formal en la gendarmería de Evinayong. Esto, todo esto, supera mi competencia.

– ¿Quién me garantiza que su hijo no escapará esta noche? –Saltó José limpiándose la sangre de las manos.

– No lo hará, te doy mi palabra –respondió el padre de Petí.

Marie miraba la escena desde aquel cuerpo prestado. Y lloró por su marido, que exhibía unas horribles ojeras de cansancio, y lucía todo descuidado y flaco, ¿Qué iba a ser de él sin ella? Se le acercó y quiso acariciarle la mejilla; pero él se apartó para esquivar la caricia, y eso le partió el alma en dos. Abandonó apesadumbrada aquel cuerpo, pero no vio ninguna luz, no había aún libertad, volvió a sentir las cadenas, su ectoplasma volvía a estar encadenado a Soleil, miró a la niña desde arriba, desde donde flotaba, y aquella mirada parecía ver a través de ella, vio su sonrisa, aquella sonrisa que contempló antes de morir, aquella sonrisa...

Mangué se descubrió postrada en el suelo, a duras penas consiguió ponerse de pie, a su alrededor había tanta gente que se mareó, por poco vuelve a caerse, pero consiguió mantener el equilibrio.

– ¿Qué ha pasado? –preguntó con voz ronca y reseca.

– Tú...–susurró su esposo antes de darle una bofetada que la postró de nuevo en el suelo– eres tú, tú la has matado, tú me has arrebatado a mi Marie...

Mangué estaba confusa, sentía un dolor terrible en la mejilla a la que se llevó la mano y se la acarició mientras contemplaba con ojos llorosos a su marido, que no paraba de insultarla. Deslizó la mirada por el abaá y sus ojos se toparon con los de Petí. Todo magullado y manchado de sangre. Mangué se levantó instintivamente y

corrió a abrazarle, no se dio cuenta de su acción hasta que la voz enfurecida de su marido se levantó entre los murmullos de la gente.

– Ahí la tenéis, abrazando a su amante, en mi propiedad, sin ningún tipo de vergüenza. Ellos la mataron, ellos acabaron con mi Marie... ¡Asesinos!

Entonces todo pasó demasiado rápido, o quizás demasiado lento. José corrió hacia la casa y volvió portando en la mano la escopeta de su padre, esa con la que le habían asesinado. Apuntó con ella a los amantes, la gente prorrumpió en gritos, algunos salieron corriendo, el padre Juan se interpuso entre él y los dos jóvenes que seguían abrazados.

–Piensa en lo estás haciendo hijo –le dijo–, piensa en que es la madre de tus hijos, piensa en ellos, míralos...

José buscó con la mirada a los niños, los tres chicos estaban agazapados en un rincón del abaá con los ojos bañados en lágrimas, la niña no aparecía por ningún lado. Ante la visión de sus hijos bajó el arma.

–Vete. –le dijo a Marie–, no quiero volver a saber de ti, no quiero volver a verte en mi vida, vete y no vuelvas.

Cogió el arma y se fue a la casa, el padre Juan le siguió hasta el interior de la vivienda, le arrebató el arma de la mano y le dejó en el cuarto que compartía con su difunta esposa, entendía que quisiera estar solo. Volvió al abaá, y le pidió a la gente que volviera a sus casas.

– Llévatela –le dijo a Nchama– no conviene que él la vea.

– Pero padre es que...–intentó decir Mangué, pero el cura le interrumpió –vete hija, es lo mejor, puedes llevarte a los niños, pero haz que regresen antes de que anochezca, no vaya a echarles en falta y a venir a por ellos, así como está... , es capaz de todo.

La gente volvió al pueblo, en el abaá sólo quedaron los dos sacerdotes y Nzang.

– En esta historia hay más –dijo la vieja rompiendo el silencio.

–Sí –convino el padre Nsí–, pero por hoy es mejor dejarlo aquí.

– Yo no estoy tan segura –replicó sin entusiasmo la anciana poniéndose de pie–.

No estoy para nada de acuerdo...

Nzang volvió a su casa. En el interior de su cuarto, aquel cuarto que compartió con su marido, se abandonó a los recuerdos. Desde que había visto aquella mirada gris, no podía dejar de pensar en su pasado, en Marta, hacía años que no había pensado en Marta. El sonido del río al correr velozmente por su cauce, la sonrisa dulce de Marta que la sedujo, que la atrapó desde el principio. Podía sentir sobre sus carnes flácidas las caricias de sus manos frías, el sabor caliente de su lengua, recordaba cómo su corazón se abría entregándose a ella, tomando de lo prohibido. Con ella descubrió el placer de ser diferente. Los recuerdos buenos fueron sustituidos enseguida por los malos. Aquel día estaban como de costumbre en el río, se estaban besando. Marta tenía prisa y debía terminar de lavar la ropa, no se dieron cuenta de su presencia hasta que ya fue demasiado tarde, él las había visto.

— ¿Qué estáis haciendo?, ¡pervertidas! —Rugió aquella voz que ella nunca olvidaría.

Debieron huir entonces, volvió a pensar en ello, debieron huir. Ella había salido del agua y consiguió esquivar el golpe que él le iba a dar. Luego corrió, sin mirar hacia atrás, sin detenerse a esperar a por ella, sin pensar en ella. Quizás si hubiese vuelto, si hubiese huido, quizás... Pero huyó y ella murió, según dijo su esposo, ahogada. Nzang nunca se lo creyó, él la mató, pero ella no dijo nada, no podía, pues todo se sabría. Se levantó de la cama, como si eso pudiera parar el dolor que seguía ahí, como si eso fuera a acallar la culpa. Estaba dispuesta a olvidar, a regresar a su vida de siempre, y a no pensar más en Marta. Pero él no había olvidado, tenía que purgar aquella humillación, sí, él debía hacérselo pagar porque a su manera, aun extraña, él también la amaba, si es que lo que alguno de los dos sentía podía llamarse amor. Habían pasado meses, casi un año. Él se había mudado lejos, ya no era una amenaza, o eso creía ella. El llanto se le quedó estancado en la boca de la garganta, no quería recordar, no quería volver a sentir su peso sobre ella, su boca invadiendo la suya, su órgano entrando en ella con brutalidad, mientras le gritaba que sintiera lo que era un hombre de verdad, mientras le contaba cómo era su intimidad con ella, mientras le culpaba de su muerte. Nzang volvió a sentir las ganas de llorar, de gritar, todo fue por su culpa, tantas muertes..., ella sobrevivió como castigo, ella fue condenada a vivir, a seguir respirando cada día mientras la desolación ahogaba su corazón. Todos murieron por su culpa, Marta, Abeso, incluso él, ella marcó sus sinos. Ya era de noche cuando salió de la casa. Sentía una desazón enorme en su pecho, algo iba a pasar. Lo supo cuando escuchó aquel grito de dolor, aquel alarido que sólo podía significar una cosa: la muerte.

V

– ¿Cómo fuiste capaz de algo así? –Le decía Nchama a su hija con el corazón encogido de dolor—. Le eres infiel a tu marido, matas a tu suegra...

– Yo no he matado a nadie, te lo juro, yo no le hice nada.

– Tu palabra no vale nada, ¿es que no te das cuenta de ello? Tienes que pedirle perdón, algo habrá que podamos hacer –murmuraba la mujer para sí, caminando inquieta por la cocina.

– No, no mamá. No más, no lo voy a hacer.

– ¿Cómo qué no? Vas a perderlo todo, tonta, niña estúpida, vas a perderlo todo, tus hijos, tu vida, todo.

– Si he de perderlo lo perderé, pero no vuelvo, me niego a ser infeliz toda mi vida.

Nchama estaba a punto de gritarle a su hija la estupidez de sus palabras, cuando escuchó el grito, un bramido, seguido de otro, algo había pasado. Salieron apresuradamente de la casa y corrieron hacia la del jefe del Consejo, de donde procedía el llanto. Llegaron al patio y Luisa corrió hacia ellas, miró a su amiga con mirada abatida.

– Es Petí.

Mangué sintió abrirse la tierra bajo sus pies, y cayó en un abismo de dolor.

José seguía postrado en el suelo del cuarto de su esposa, viendo pasar las horas con parsimonia. Sentía como si mil hombres hubieran golpeado su corazón hasta dar con su alma y hacerla pedazos, como una flor en medio de un mar en tempestad, con las olas arremetiendo con cruel brutalidad contra ella, hasta dejarla desnuda, sin color, sin vida. Lloraba, como nunca antes en su vida había llorado, hasta sentir su cuerpo ligero y seco. Ya era de noche, lo supo porque la luz que se filtraba a través de la madera se había ido apagando paulatinamente, hasta dejar el cuarto en completa y absoluta oscuridad. Entonces salió a la calle. Como si alguna fuerza extraña se lo obligase, caminó como un zombi, con los ojos aun bañados en amargas lágrimas. En el patio hacía frío, un frío helado que se le metió en el cuerpo, que trepaba por su piel con una caricia gélida que le puso la piel de gallina. Sus pies descalzos se arrastraban por el suelo polvoriento, y cuan sonámbulo caminó hasta

la tumba de su esposa, y se postró sobre ella. Alzó la mirada y despertó del trance, le brisa traía consigo los sonidos de la noche, el cantar despreocupado de las aves rapaces nocturnas, que desde los árboles esperaban el momento de caer sobre su presa.

En un principio tenues, como transportadas por el viento, sonaron las primeras notas, tarareadas por las ninfas del bosque. A José le dio un vuelco el corazón, se levantó sintiendo unas repentinas náuseas y muchas más ganas de llorar. Aquello debía de ser una alucinación, un espejismo lírico provocado por su mente agotada, o simple masoquismo, pero de ninguna manera real. Pero las notas fueron cobrando fuerza, las voces convergían en una, aquella que él tan bien conocía. La voz canta con melancolía, transmite una desdicha en cada nota, en cada palabra: *Mira cómo descansan hijo, mira cómo duermen a mi alrededor, como reyes en sus palacios, mira cómo duermo yo, bajo ruinas corroídas por los bichos y el agua, mira cómo duermo yo, con mi cuerpo al descubierto, hijo, mira cómo duermo yo. José se dejó caer en el suelo, con el cuerpo temblando por el miedo. Solo eso te pedí hijo mío, solo un poco de dignidad en mi muerte, solo eso te pedí hijo mío y no fuiste capaz de ello. Mira cómo se regodean hijo, mira cómo duermo yo.*

El viento soplaba con más fuerza, haciendo crujir con furia las chapas de zinc que cubrían el techo del *abaá*. La música cesó, volvió de repente una calma fantasmal. José se levantó con cierto recelo, temeroso de lo que vendría a continuación su cuerpo delgado temblaba como un tallo mecido al viento, su respiración era errática, tenía la ropa cubierta de polvo. Miró a uno y otro lado y no vio a nadie. No sabía qué hacer, su mujer estaba en el pueblo y los niños también, dudaba de poder llegar hasta ahí, y no sabía si merecía la pena intentarlo, su coche seguía aparcado a un lado de la carretera, como siempre, pero no sabía con exactitud dónde estaban las llaves, seguía pensando en qué hacer cuando escuchó una voz infantil.

– Papá –la voz era la de una niña, pero él no la reconoció pues nunca antes la había oído–. Papá, ven.

Entonces la vio, parada en la lápida en forma de cruz, mirándole directamente a los ojos, con sus ojos fríos y cenicientos.

– Habla con él, Papá –decía la niña con una sonrisa angelical ofreciendo una mezquina paz a su rostro infantil.

– ¡Soleill!, hija, ¿qué haces aquí? –Se atrevió al fin a decir con voz rota un José

asustado.

– Ella me ha traído a ti, hijo –la voz seguía siendo la misma, pero había adoptado un matiz ronco –, ¿por qué me abandonaste aquí hijo?, ¿por qué te fuiste?

– ¿Papá...?

– Sí Pepín...

– ¡Ah! –el miedo se le atragantó en la garganta impidiendo a las palabras tomar forma.

– Intenté hacerte volver, pero no me hacías caso, te fuiste sin siquiera despedirte, me abandonaste en completa soledad, nadie lloró por mí, tú no lloraste por mí, y ella estaba ahí, torturándome cada segundo...

– ¿Ella? ¿Mi madre?

– Sí, me ha hecho mucho daño, yo no quise –el rostro de la criatura se mojó de lágrimas–. Ella me engañó, no quise, ella no me perdonó, tú me abandonaste. ¿Por qué no volviste? te hablé en sueños, te di esta niña, pero no volviste...

– ¿Cómo que me diste a mi hija? ¿A dónde tenía que volver?

– Ella es mi regalo para ti, mi castigo por tu indiferencia –miró la tumba– la amabas a ella, a mí no me lloraste, pero por ella has sufrido.

– Tú. Fuiste tú.

– Sí, ella me ayudó, ella sentía el dolor de su madre, tu indiferencia, ella sólo quería que su madre fuese feliz, pobre criatura.

– ¿Mandaste a mi hija matar a su madrina?

– No hijo, no. Ella sólo terminó lo que el amante de su madre no fue capaz de hacer, ellos querían matarte a ti.

– ¿A mí?

– Sí, a ti, para ser felices. El dolor siempre estará aquí hijo, este mundo no te merece.

Soleil se acercó a José, quien retrocedía a cada paso.

– No temas hijo, estaremos juntos todos, tú con ella, yo con tu madre, ella por fin me perdonará, sí hijo, sí lo hará, sólo ven conmigo.

José chocó con la pared del abaá, paralizado por el miedo. Veía cómo esos ojos de hielo se le acercaban con pasos decididos, era el fin, pero..., ¿era acaso aquello tan malo? Su existencia no era necesaria, sus hijos aprenderían a vivir sin él, Mangué deseaba su muerte, nada tenía de importante en aquel mundo mortal lleno de dolor y desdicha.

La niña estaba a unos pasos de él, vio brillar bajo la oscuridad la hoja de un machete, el miedo y el instinto le gritaban que corriera lejos de aquella muerte segura, pero su cuerpo se negaba a moverse, ya no podía ni llorar.

– José, mi José.

Alzó la vista y vio los fuegos fatuos sobre la tumba de su esposa, era ella, podía sentir el calor de su cuerpo, aquel calor que él conocía tan bien.

– Corre, vive.

El fuego corrió hacia él y le empujó, instándole a correr, a huir del arma, y como si su cuerpo respondiera a un estímulo, salió disparado hacia la casa, cerró la puerta tras sí. Buscó en el cuarto de su primera esposa el arma, no lo encontraba por ningún lado, la oscuridad parecía hacerse más densa, envolviéndole y entrando por sus fosas nasales para robarle la respiración. Trasteó para arriba y para abajo, el arma no aparecía por ningún lado. Escuchaba el sonido de un cuerpo arremetiendo con ímpetu contra la puerta, no podía creer que el cuerpo diminuto de su hija tuviera la fuerza de echar abajo la puerta, pero aquella no era su hija. Entonces se acordó de que el padre Juan le había quitado el arma aquella mañana, maldijo al cura soltando a tropezones un sin número de blasfemias. Salió del cuarto y fue a la sala de estar, la puerta parecía ceder con cada golpe. La bendita escopeta parecía haber desaparecido. Rezó por que al cura no se le hubiera ocurrido llevársela. Justo entonces vio sobresalir al otro extremo de uno de los sillones la culata del arma. Corrió para cogerla, la puerta se vino abajo, delante de él apareció la figura de Soleil, sus ojos habían adoptado el horripilante color amarillento de los de un felino. Se precipitó hacia el arma, justo cuando el machete se alzó y cayó sobre él. Consiguio esquivar el golpe, aunque el filo del arma blanca le rozó levemente el brazo, abriendo una herida superficial. Gritó de dolor manteniéndose lúcido, cogió

la escopeta, se apartó de la niña y apuntó el arma a su frente.

– ¡Deja en paz a mi hija! –Le amenazó a su padre.

– ¡No te atreverás! –Le retó el espíritu que habitaba aquel cuerpo de infanta.

– Deja en paz a mi hija –repitió José intentando mostrar firmeza en la voz.

La niña se rió, entonó con su voz angelical la misma melodía, acercándose al hombre cada vez más.

Su padre tenía razón, no podía hacerlo, no podía acabar con la vida de su hija, no podía arrebatarle la vida pues con ella se llevaría la suya. Sintió unas ganas de llorar que no pudo reprimir, dejó caer las lágrimas con impotencia. Con cada nota Soleil se acercaba más a él. Aflojó el agarre con el que sujetaba el arma, su vida no valía la de su hija. Se dispuso a dejarse ir, sintió como que algo caliente atravesaba su cuerpo, el silencio y la oscuridad le abrazaron.

Marie abrió los ojos, su Soleil, la niña a la que había acunado durante meses, la niña a la que tanto amaba, a la que cantaba las nanas que aprendió de su abuela, aquella criatura distante, no solo había arrebatado su vida, sino que también pretendía hacer lo mismo con la de su esposo, ella no podía verlo morir. Un disparo. El disparo resonó en las paredes de madera. Soleil dejó caer el machete, no sentía nada, sólo que sus fuerzas le abandonaban, Él ya no estaba, se había ido, afloró una hermosa sonrisa que le dio paz antes de que su cuerpo golpeará contra el suelo. Marie rompió a llorar, la agarró entre sus brazos y le cantó, como cuando era una niña. La ceniza de sus ojos se había evaporado como el humo, dejando tras sí un color oscuro como la noche, en esos ojos se vio Marie, como una bocanada de fuego.

VI

Han pasado meses, cuatro para ser exactos, pero el dolor sigue ahí, camuflado entre negra esperanza y frases vacías de autoayuda. Mangué ya no siente que su pecho se deshace en una enorme gota salada cada vez que intenta respirar. El llegar diario del Sol ya no le causa una honda depresión ni ganas de borrarse la mente y olvidarlo

todo. Ahora consigue sonreír con soltura, mantener una conversación sin perder el hilo para confinarse en el anhelo, en aquel quizás. Aunque aquella sensación amarga de que todo fue culpa suya sigue ahí; quizás si hubiese tenido el valor de lanzarse a lo desconocido, decirle que no a su madre, rechazar aquel matrimonio convenido y buscar por a toda costa el amor. Quizás si no hubiese hecho de su amado su amante, porque aunque su corazón estuviera con él, su alma estaba ya unida a su marido. Quizás si le hubiese contado todo a Marie, sin recelar de su bondad y sin miedo a pasar una prueba de amor, quién sabe, quizás si hubiese visto en las rarezas de su hija el mal de un virus del inframundo y no simples peculiaridades de personalidad. Tal vez, pero ¿de qué valía ahora pensar en el pasado?, recrearse en lo que pudo haber sido sólo condena al corazón a más sufrimiento. Mangué ya no es la misma de antes, pero ¿podría volver a serlo?, cuando perdió tanto y había sufrido de forma tan ruda. Pero sigue siendo madre, abandonó el pueblo, llevándose a sus hijos, pues ahí ya nada le quedaba. Se mudó a la ciudad de Evinayong al lado de su esposo, encarcelado por matar a su hija, sangre de su sangre, claro, pues la ley no contempla que un padre poseído por su esposa muerta, deba matar a su única hija, poseída ésta, por el alma cantor del abuelo muerto; todo para salvar su vida. Para que luego digan que en aquel pequeño país olvidado de la mano de Dios, la justicia no es llevada a cabo.



Poesía. Sección especial Raquel Ilombe

EN CLAVE POÉTICA



María Jesús Asangono Evuna

SUEÑOS DE AMOR

Mi vida transcurre en una ensoñación continua,
en ella vivo soñando despierta, con la cercanía de tu cuerpo
duermo fantaseando que solo me perteneces a mí.
Y así se me antoja vivir

Un día tras otro navego en mi mente de historias
donde siempre te convierto en Romeo para yo ser Julieta.
Relato que cuento eternamente en palabras dedicadas únicamente a ti,
un día tras otro y otro...

He soñado con tu boca, con tu aliento, rozando intensamente mi cara.
He soñado que compartíamos el mismo aire, la misma saliva
y el mismo deseo, ese que nos condenaba.

Hoy he soñado contigo y en un escenario dónde vuelves a ser mío.
En el que ni el tiempo ni las circunstancias han puesto un final;
interrumpiéndonos, alejándonos entre nosotros.

He soñado que me deseabas lo mismo que ayer,
que el rosa de tu boca comía el rojo de mis labios.
Cerré los ojos y te volví a ver tan nítido, tan claro
como si ese beso nunca hubiera acabado.

Cerré los ojos y lloré tu nostalgia, tus caricias.
Lloré por que mañana volviese a ser ayer.
Y cerré los ojos para volverte a ver.

Y mi vida transcurre siempre así...
en una permanente ensoñación
en la que todo lo que sueño eres tú.

TE AMARÉ SIEMPRE

Amaré siempre, ese paréntesis que enmarca tu cara,
de remolinos traviesos; efecto de tu alegría contagiosa.
Símbolo del preludio de tu carcajada, sonido que trae
ecos de una felicidad compartida y ahora perdida

Querré sin fin esa mirada intensa, taimada;
que sin pudor me provoca y me desarma
para únicamente llenarme de miles de deseos
de tenerte cien veces en mí,
revolcándonos ambos, perdidos en un bucle de gozo eterno.

Desearé impúdica esos momentos de íntima desnudez
de tener tu alma mojada en la mía.
dejando escapar en el confesionario del lecho
gemidos que son secretos que a duras penas contengo en el pecho.

Idealizar eternamente el sonido de tu palabra
que a cada sílaba me deslumbra
y a cada declaración tuya, me provoca amarte aún más.

Y mis sentimientos se visten de admiración
que es la seña que los caracteriza.

Amar por siempre el contorno de tu masculinidad,
ofrenda culmen de mis ambiciones.
Esa figura tóxica de fuerza que me vence en su cercanía
una y otra vez a cada beso, a cada encuentro.

Venerar el halo que desprende tu presencia
y que permanece en el aire cuando tus pasos te alejan de mi.
Apreciar el eco de tus susurros,
melodía de tu frenesí sexual
que suena incansablemente en mi conciencia.
Por encima de todo siempre amarte por siempre.

MADRE

Madre es el nombre glorioso del afecto y el dolor del gran amor que es crear vida.
Aliento tierno y palpitante de un ser que es sangre y causa del amor carnal.
Madre... sonido que traduce la entrega del propio cuerpo
para ofrecer el regalo de la misma vida a otro.
Ese vivir que estará tañido de miles de sacrificios, lágrimas, sonrisas y esperanzas.
Mamá, mamá, mamá... y entornas los ojos para con generosidad
recibir el regalo de escuchar el título de tu sacrificio
que te encadena sin remedio a otro ser.
Ser ese mártir que con mayúsculas goza del calvario de amar a un hijo

por que cada lágrima causada, sea enjuagada en el seno de su amor.
Y cuál es nuestro reposo más sincero sino el dado por ella.
Ese alivio buscado en la enfermedad, reside en el confort de sus senos.
Del nido que partimos al nacer, el primer hogar, es el calor de su vientre
Ella será nuestro guía en el camino de la vida, madre, mi madre.

TU AUSENCIA

La vida se vuelve un campo yermo
donde no crecerá la alegría ni brotará la inspiración en tu ausencia,
donde la fuerza de tu halo, esa que riega mi poesía
para que nazcan palabras de amor, no existe si no estás tú.
Poética bella que nace para coronar mi existencia con la guinda de tu amor.

Si tu luz no me guía ni me alumbra,
mi mundo se vuelve un horizonte de lóbrega perspectiva,
en que la noche más oscura nunca tendrá final
y mis sueños serán informes contando una historia inexistente
sin visos de acabar, un acorde monótono que se repite en mi cabeza.

La expectativa de no volverte a tener
es una lanza que tengo clavada en el pecho
y que únicamente yo puedo ver.
Qué es mi fe sino la esperanza de volverte a sentir,
esperanzas que se vuelven vivas de rojo intenso
al observar tu rostro iluminarse al encuentro del mío

y te sonrío sabiendo que pronto... ¿Te volveré a ver?

Tú último adiós se desvaneció como tantos otros adioses,
cientos de ellos convertidos en los acentos
que nos encadenan hasta el infinito.

Tu ausencia es morir y nos resistimos a esa muerte
que lleva inexorablemente a una reconciliación de pasiones
que se desgarran haciendo pedazos lo que somos,
y que auguran nuevas promesas de amor,
o quizás una nueva despedida
que nos encadene a nuestra eternidad.

LA AMISTAD

Y dices despreocupado que quieres mi amistad. ¿Para qué?,
Petición carente de todo sentido.

Y me preguntó de nuevo, ¿para qué?,
si mi amistad es una relación vendida a miles,
a ese que pague mejor y preste menos.
No quieras de mí lo que tan poco vale.

Deseas ser mi compañero de ficción; ¿para qué?
darme la mano en el escenario donde todos son
actores de segunda, tercera; y hasta cuarta
pero yo suspiro por que tú seas mi galán.

Deseas la tarjeta de visita a mi vida. ¿Para qué?
Si en vez de recibir mis besos
te conformaste con mi sonrisa de postín.
Pero yo te ofrezco algo mayor: mi alma
que es lo que con gusto te doy a ti hoy.
Exclusiva tuya y de Dios.

EL AMOR ROMÁNTICO

Aprendí a amar tarde, guiado de tu mano; esa mano firme de hombre
que me señala el camino en el que no me he de perder.
Y es desde ti que encuentro una nueva fortaleza
que me ofreces con tu amor romántico.

Ese tu amor, el que solo tú puedes dar, es el amor romántico.
Un sentimiento que campa a sus anchas por doquier
y que sin frenos nos arrastra por donde quiere,
como una quimera de dos cabezas:
egoísmo y pasión se miran a la cara sin contención.

Difícil moldear ese dualismo cuya verdad nunca se esconde.
Dirigirlo es guiar un barco sin timón a un puerto entre nieblas.
Sentimientos que fluyen solos contentándose
con engullir al ser amado: devorados tú y yo.

Ese amor romántico, que trae a partes dobles la felicidad y la desdicha.

Que no perece ni se desvanece al no ser correspondido.
Crece sin tierra como la mala hierba.
Ese amor que describe incansablemente al amado:
ese es el amor romántico.

EL ANHELO

Me llenaste como el engranaje perfecto, conectándote sin fisuras en los huecos de mi corazón.

Una vez dentro, cupiste y no quedó espacio para nada, ni nadie.

Llenaste mi copa de letras, de sentimientos, de emociones de amor.
Que brotaron al simple sonido de tu voz, que a mí se antoja única.

Me llenaste de todo lo que yo deseaba en el nombre de tu carne que arde ante mí,
y en el nombre de mi espíritu que suspira por ti.

Rebosaste saciándome plenamente como el amante generoso que eres,
que no invita a la tregua ni al descanso entre tu pecho y la pared.

Fluidos rebosantes se desparramaron como un río incoloro,
para enjuagarme y completar mi alma en puro estado de contemplación

Y estoy aquí para someterme al influjo de tu conjuro blanco.
Que me ahoga y a la vez me colma. Sustancia que es mi anhelo.

Y nadando yo en esa orilla, nacieron las flores de mi amor
en cuyos bordes la arena era fina de pasión.

Y en él se imprimían nuestras pisadas
en el éxtasis, a cada noche, a cada entrega

¿Y me preguntas si quiero más de esto?
¡Cómo no quererlo y anhelarlo!
Si tú eres mi dador más poderoso.
El que me llena con generosidad y abundancia.
Y me preguntas si quiero más: ¡Sí quiero!

LOS HIJOS DE LA PATRIA

Los hijos de la patria van de mil en mil, van juntos porque tienen hambre.
Sus estómagos están llenos de rabia, rencor y odio.
Pero dicen que es por sus ansias no saciadas.
El duende los observa y de pena les sirve amor, unidad y justicia.
Pero los hijos de la patria tienen hambre, el apetito eterno que jamás se sacia,
y como jauría desbocada corren buscando su próxima comida.
El duende mágico, adalid del blanco, azul, rojo y verde
les da lágrimas negras que al caer convierten en oro el camino
por el que han de pasar los perros.
Que aúllan de rencor porque tienen hambre.
Son hermanos unos de otros y entre todos se consumirán,
tienen gula y se comerán.

Beberán voraces la sangre del otro. Porque su apetito es infinito.
El duende da cobijo a su infierno, da refugio a su locura,
pero el anhelo les ciega y de un bocado zampan al duende
y con él nuestra patria muere.

MALA

Quiero ser mala como la primera mujer, Lilith;
y así atraerte a mi redil para que te alimentes
de esta fruta fresca que lleva tu nombre: Adán.
Y así hundir mi cara en tu edén,
para con fuerzas respirar los bosques verdes
que son la esencia de ese paraíso que es tu sexo.

Quiero ser mala como la hechicera
y enredarte en mil conjuros
que te despojen de toda voluntad
y que tu único deseo sea vivir doblegado
bajo la altura de mi cintura.

Que me ames obligado, con el afecto cedido.
Que si has de vivir y respirar, sea únicamente de mi mano,
esa mano incansable que tanto te sabe describir.

Quiero tener la fuerza de los dioses
para poner tu vida a merced de mi destino.

Y ser esa dueña que te comanda
para dirigirte siempre a mi lecho.

Ojalá fuera yo tan mala como la diabla Astartea
y que juguemos juntos al juego del engaño
en un laberinto en el que yo sea tu pasado y futuro.
Y que eternamente vivas retozando en mi mundo

Quiero verte llorar para luego beber tus lágrimas.
Verte sufrir para luego consolarte.
Quiero poder odiarte para después con gusto amarte.
Quiero que te duela tanto no tenerme
como a mí me duele dejar de amarte.

DULCES PECADOS

Pechos de manzanas caramelizadas y gominolas de chocolate.
Ese es el sabor del pecado en el paraíso terrenal donde pecó Adán,
y donde yaces hoy tú, entre mis senos.
En mí se reafirma tu masculinidad, motivo único de tu retorno.
Ese dulce que nunca te sacia y que al probar,
te convierte más en mío y yo tuya.
Esa felicidad que otros aprecian
refleja la visión de las pinceladas del olor que impregnas.

Y como hombre descubriste la fruta prohibida,

manzanas de azúcar y amor que maduran apernadas en mí.
Trayendo mil y un placeres, fruta vedada por ser mujer de otro.
Mas cada bocado es un sabor que sin remedio te consume.
Y por el cual no vale pedir perdón a Dios
porque tú eres la misma serpiente,
la alegre compañera del pecado.

Fruta de gusto insaciable y tierna dureza
a la que rendido te entregas cada noche.
Amarme como nadie lo hizo, es tu verdadero destino.
Arte y entrega en el calor de la cópula,
en que ambos perdimos todo el miedo a amarnos.
Sin miedo a los que juzgan ni a la vida ni a la muerte

LOS AMANTES

Amante, palabra vil entre otras, de raíz pura, esencia misma de Dios.
Porque es de un amor sin condicionantes que nutre la vida de aquellos que se aman.

Pureza en el dar por dar, grandeza en el llanto por el adiós.
Estado permanente de emociones agitadas, que es la única verdad de ser amantes.

Como el caballero dispuesto a darlo todo a cambio de poco o nada,
presto a regalar una sonrisa y como recompensa una única mirada de la amada.

Viajero incansable que se dispone como nadie, a recorrer mil leguas en pos de una exigua aventura.

Porque su equipaje está henchido de felicidad, de promesas vanas de una cita a escondidas.

Y perdonen los que no entiendan este canto al amor más puro y transgresor.
El canto a ese amor que nunca está cansado, ni es condesciende ni exigente.

Ese amor que para siempre quiere dar mucho más que menos.
Dar aquello que sabe que no alcanza tener para dar.

¿Y de no ser así, habría el mismo Dios concedido a Salomón, el Rey,
el don de crear los versos más hermosos jamás dedicados a una mujer, su amante?

De cien amadas esposas, la pasión más grande sentida recayó en ella,
su Reina amante, musa e inspiración de poesía
“Cantar de los Cantares”, los santos versos de Dios.

LA HISTORIA DEL MAR Y LA PIEDRA

Ella es una pieza solitaria que se yergue en el horizonte.
Su cuerpo, fino, se dibuja a contraluz como lo que es,
una piedra negra, única en su plenitud.
Fuerte en cada átomo de su cuerpo, inteligente,
que se resiste como puede al tiempo inclemente,
al cielo, a las bestias y al amor de su vida

que bate y bate, susurrando su canción eterna de amor.

Y es que el mar la tiene seducida, rendida
en la inmensidad de las olas y entre sus sacudidas.
El mar con sus miles de leguas la acaricia y la lame.
Ese agua salada de amor que a cada embate la carcome.

Cómo no acariciar y jugar con esa piedra,
que parece brillar intensa ante sus caricias
de esas aguas azules, que cuanto más la abrazan,
más se consume ella al amor.

Sí, ella permanece altiva a sus embistes,
inerte, pero de alma noble y ardiente,
que ante la fuerza y el poder del océano
se entrega a su Señor que todo lo abarca
y que todo lo devora, incluida ella.

El mar creyó que su amante, la piedra, no tenía alma.
Un alma tan fuerte como porosa. Receptiva.
Tan honda como agrietada. Abierta.
En ella cupo todo el vasto amor del Mar
que guardaba en ella al ponerse el sol.

Y en cada noche de pasión
intercambiaban espuma por arena.
A cada segundo ella se deshacía,
la piedra negra perdía su corazón.

Y esa es la vida de las rocas en el mar.
El drama que reducirá una vida, un amor
a un simple recuerdo en la arena.

Los enamorados que al atardecer observan la mar,
sobre la arena dejaron grabadas sus pisadas
que apenas notaron sus lágrimas.
Por lo alto en el cielo surcaron las aves
que se posaron en la playa buscando sustento
y estas no vieron sufrir su alma convertida en polvo

Acaso alguien la vio llorar.
Los marineros que anclaron a su costado,
y no la vieron sangrar.
Nadie entre el cielo y la tierra vio el dolor de la piedra
Que se volvió fina arena por amar al Mar.

TU GRACIA

Qué grácil es tu caminar que a cada zancada
despierta mis sentidos de mujer.
Movimiento rítmico que es un avance
hacia las mil y una noches de pasión.
Y..., en ese momento, tu presencia ágil me advierte en un instante
que nunca he de saciar mis ansias de tus encantos.

Qué hermosura el arco que se forma entre tus piernas.
Figura varonil que aviva mil furias, mil bestias
que se me antojan apaciguar en ti.
Y... mientras te pienso,
el espacio entre nuestros cuerpos se desvanece.
Distancias cortas que acrecientan mi sed por tu pecado,
sentimiento de culpa que se vuelve inmenso como el mar.

Qué bello es, ese ritmo que marcan tus pasos
compás que reafirma tu presencia.
Y en tus movimientos espero poder calmar mis deseos de hembra.
Y... es en este punto de locura que con certeza
he de perderlo todo por desearte y amar tanto tu gracia.

VETE SI QUIERES

Vete si quieres...
Me dices mientras tus brazos como tentáculos me atrapan
al pasar cerca de tu cuerpo para oler mi piel,
esa que siempre te recuerda.

Vete si quieres...
El sonido de tus palabras me clava profundamente al suelo,
en un abrazo de arenas movedizas que se tragan mi deseo.
Y al quedarme clavada tan cerca de ti

lo que éramos pasa, como una suave brisa por mi mente,
refrescando mis anhelos más ardientes.

Verte es un destino que se mofa alto y claro.

Vete si quieres...

Tu orden me ancla todavía más a ti, me inmoviliza
mientras como en un sueño mis latidos se aceleran
y mi actividad cerebral baja y en ese momento soy feliz.

¡Vete ya!

Pero el sonido de sus palabras me retiene como una nana,
la musicalidad de tus palabras me adormece aún más.
Irme es imposible porque en ese preciso instante,
sentirte tan cerca me encadena al dulce recuerdo de tu sexo
y me detiene.

Y me ordenas que me vaya...

Pero el sutil agarre de tus dedos
me tiene atada con grilletes a tu torso
mientras creces firmemente detrás de mí.

Vete si quieres.

Me susurras tenuemente mientras sueño.
Tu voz se escucha despacio y casi callada.
Me condicionas..., te burlas...

Vete si quieres.

Pero bien sabes que no me quiero ir.

EL AVE FÉNIX

Amor, pensabas darme la última estocada,
como los toreros, por la espalda.

Con la cobardía cosida en hilos de oro sobre un traje de luces,
sin avisar, sin valor, peor, sin corazón.

Solo que yo nunca tuve el alma de toro
que deja su sangre en la arena de la plaza.
Sino soy una mujer fuego,
que vuela al abrigo de tu sexo.
Y por la fuerza de mi propio impulso,
despego y me elevo sin mirar atrás.

Pensabas que era una mujer como aquella..., débil.
¿Por mi amar sin condición?
Date cuenta que el amor más puro
es el que nace de mi corazón.

De entre las aves nunca fui gavián, sino Ave Fénix,
que renace siempre de sus cenizas para conquistar el mundo.
Que cobra vida para brillar más fuerte,
con su propia luz, ave de luz incandescente,
como la de una estrella, única entre muchas.
Estrella que no hallarás en otra.

¿Pensaste que cortabas mis alas y mermabas mi voluntad?
Pero yo volaba siempre más alto, por encima de tu alcance.

Y cantaba canciones con el poder del amor que me nace
dentro de mí a través de ti.

Pero siempre con una nota más alta,
esa que no alcanzas oír.

¿Pensar que tú eres el centro?

¿Cómo ser mi esencia si siempre fui tu universo?

Tú el astro que órbita sin parar mi estrella.

Porque me sabes en verdad el centro de tu mundo.

Confirmando con ello que nunca fui débil,
sino un pilar, un mástil de tu vida.

CERTAMEN LITERARIO

12 DE OCTUBRE,
DÍA DE LA HISPANIDAD

Publicación que recoge las selección del Consejo Editorial del
“Certamen Literario 12 de Octubre, día de la Hispanidad”,
convocado por el **Centro Cultural de España en Malabo**
en **octubre de 2019**



MINISTERIO
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA
Y COOPERACIÓN



aecid



Cooperación
Española